



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

### **Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

### **About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>











HARVARD  
COLLEGE  
LIBRARY

**Preservation facsimile  
printed on alkaline/buffered paper  
and bound by  
Acme Bookbinding  
Charlestown, Massachusetts  
2003**







**Harvard College Library**



**GIFT OF**

**LUTHER S. LIVINGSTON**

UN VIAJE

▲

VENEZUELA

POR

MODESTO GARCÉS

~~~~~  
1890  
~~~~~

**BOGOTÁ ( COLOMBIA )**

**LIBRERÍA COLOMBIANA DE CANACHO HOLDAN & TAMAYO,  
CALLE 12, NÚMERO 178**

**Harvard College Library**



**GIFT OF  
LUTHER S. LIVINGSTON**

UN VIAJE  
▲  
VENEZUELA

POR  
MODESTO GARCÉS

~~~~~  
1890  
~~~~~

BOGOTÁ ( COLOMBIA )  
LIBRERÍA COLOMBIANA DE CAMACHO HOLDÁN & TAMAYO,  
CALLE 12, NÚMERO 178



UN VIAJE  
A  
VENEZUELA

POR

MODESTO GARCES

---

1890

---

BOGOTÁ ( COLOMBIA )  
LIBRERÍA COLOMBIANA, DE CAMACHO BOLDÁN & TAMAYO  
CALLE 19, NÚMERO 178

SA 9678.90

~~SA 9678.90~~

Harvard College Library  
Nov. 10, 1914  
Gift of  
Luther S. Livingston,  
of Cambridge



## A LOS INGENIEROS COLOMBIANOS

Queridos colegas:

A vosotros dedico este pequeño trabajo.

No contiene novedades científicas de ningún género. Es simplemente un relato de viaje, escrito en momentos de ocio para colaborar en los *Anales de Ingeniería*, importante publicación que sostenéis por amor á la ciencia y para honra del país.

Como vuestra profesión os hace obreros interesados en el conocimiento de todo campo de trabajo, posible es que os agrade la lectura de estas páginas, en las cuales encontraréis, á ese respecto, algunas indicaciones sobre las regiones orientales del país, tan ricas como extensas, y de donde el esfuerzo humano, bien dirigido, puede derivar grandes é inmediatos resultados, tanto para el individuo como para la colectividad nacional.

También encontraréis breves descripciones de la vecina república de Venezuela, especialmente de algunas industrias que han tomado allá considerable vuelo, como la minería y la agricultura, cuyos resultados, comparados, colocan á nuestra patria en nivel inferior.

Vicios de educación, formados á fuerza de charlatanismo esterilizador, hacen creer á muchos de nuestros paisanos que vanos viento en popa camino de la civilización, y no falta quien diga, actualmente, que el progreso nos abrumba y el aliento divino nos protege de un modo milagroso. Pero lo cierto es que en Colombia todo está embrionario, y que el empirismo y la rutina siguen dándole una fisonomía en la que los rasgos literarios se adunan con los supersticiosos.

El lento desarrollo evolutivo del país no depende de otras causas, y ya debiera, como el viajero extraviado en medio del desierto, detener la marcha, orientarse y seguir el rumbo del espíritu moderno, que está basado en el cultivo de las ciencias positivas y de aplicación á las industrias.

Hoy, como antes, las sociedades científicas y los gremios obreros están tan poco favorecidos en el país, que se hace preciso una propaganda de confraternidad entre ellos para influir eficazmente en el porvenir.

Aceptad los votos que hago por la prosperidad de nuestro gremio.

M. GARCÉS.

# UN VIAJE A VENEZUELA



## DE BOGOTÁ A VILLAVICENCIO

### I

Corrían los primeros días del mes de Agosto de 1885. Cansas que no queremos expresar aquí nos obligaron á recorrer la región oriental de Cundinamarca, atravesar los Llanos de San Martín y una parte de los de Casanare, navegar los ríos Meta, Vichada y Orinoco, y visitar varios Estados y Territorios de Venezuela. Relataremos lo que vimos y observámos en ese viaje, lleno de peripecias, y haremos brevemente las indicaciones que el deseo de servir á la patria nos sugiera.

### II

Es tradicional, desde los tiempos de la conquista, la indole pacífica y laboriosa de los pueblos que demoran al Oriente de Bogotá, hasta los Llanos, y que forman hoy centros productores de importancia y aun lugares de veraneo para las familias de la capital.

La distancia entre Bogotá y Villavicencio, primera población llanera, es apenas de veinte leguas colombianas, que se pueden recorrer por varios caminos seccionales hasta Quetame, punto obligado de la vía, para seguir después la falda izquierda de las escarpadas vertientes del Rionegro hasta Servitá, donde una ramificación de la Cordillera, denominada Buenavista, cambia el rumbo general del río hacia el Sur, como dos ó tres leguas antes de llegar á Villavicencio.

De Bogotá á Quetame, la vía principal pasa por Chipaque y Cáqueza, poblaciones importantes. Hay otra vía bastante buena, que pasa por Fómeque, población igual-

mente importante, y como las otras, notable por su agricultura, abundancia de recursos, clima muy sano y agradable. Por ambas vías el terreno se presta para obtener, con suaves pendientes, mejores caminos que los que hoy existen. Escogimos esta última vía, guiados por un amigo muy conocedor de la comarca; pero en la cima del páramo de Cruzverde desviámos á la derecha, por una de las varias sendas que van á buscar el río Cáqueza. De lo alto de los contrafuertes del páramo dominámos el valle de este río, y descendimos por entre surcos de frescas y ordenadas sementeras de cereales, que forman bellissimo panorama, grato á la vista por su color verde esmeralda y grato al espíritu por ser el testimonio y el fruto del trabajo honrado.

Nos detuvimos á almorzar en casa de un anciano, quien nos recibió con el piadoso saludo *alabado sea Dios*. De noventa años de edad, ciego y algo enfermo, revelaba placidez de espíritu y candor infantil. Refiriónos varias anécdotas de los tiempos de la guerra magna, relativas á la comarca, llenas de patriotismo y de virtud. Muy agradecidos nos despedimos de aquellas buenas gentes, dudosos de si serán mejores las costumbres de antaño ó las de ogaño.

A las cinco de la tarde llegámos al río Cáqueza y á las siete de la noche al paso de Rionegro.

Años antes habíamos viajado y aun residido en esos sitios, ocupados en la construcción del puente de hierro que mandó levantar en 1872 el Gobierno Nacional en aquel paso del río, y en la del camino á Villavicencio. Volvíamos, pues, á lugares conocidos, llenos de gratos recuerdos, donde muchas gotas de sudor derramámos en la primera edad de la vida.

Con mucha pena encontrámos sustituido el puente de hierro por la rústica tarabita, montada sobre los estribos de mampostería que construimos y que se conservan intactos. El puente estuvo en servicio más de doce años, y á causa—según se nos informó—del paso desordenado y en tropel de una partida de ganado, se dobló y cayó al río.

Notable falta hace el puente en aquel río impetuoso que todos los años causa víctimas en el vecindario y en los transeúntes que tienen necesidad de atravesarlo. Hasta un deber de humanidad cumplirá el Gobierno mandándolo reconstruir. El gasto apenas excederá de \$ 8,000 en papelmoneda. Debe tenerse en cuenta, además, que esta es la

vía más corta de Bogotá al río Meta, llamada á mantener un gran tráfico comercial.

### III

Los terrenos sedimentarios que cubren las montañas, cerros y colinas que en caprichosos grupos descienden de los páramos de Chingaza y Suinapaz, están cruzados por numerosos torrentes que se precipitan á hoyas profundas y descubren masas de rocas primitivas, transportadas en los levantamientos de aquellos terrenos, que forman con el Rionegro las vertientes principales del río Meta.

A un kilómetro abajo del paso de Rionegro, en la vía de Cáqueza, brotan en las vegas del río las aguas termales de Quetame, consideradas como una panacea por los vecinos del lugar, y que son efectivamente muy buenas para curar enfermedades de la piel, afecciones reumáticas, úlceras, etc. La experiencia ha demostrado que esas aguas obran vigorosamente en baños y lociones. Un análisis científico pondría en evidencia sus propiedades medicinales y el régimen terapéutico que debe observarse al usarlas, para no exponerse á los accidentes que han ocurrido por su enérgica acción.

El camino de herradura entre Quetame y Villavicencio es uno de los mejores que tiene la República, y está relativamente provisto de recursos. Son notables los sitios de *Trapichito, Naranjal, Las Marcellitas, Monterredondo, San Miguel, Chirajara, Susumuco y Servitá*. En varios puntos se han tajado peñas verticales que descienden hasta el fondo del río, y el camino, en forma de cornisa, semeja en algunos sitios balcones atrevidamente colocados para admirar el fragoso cauce y las turbias ondas del Rionegro, que ruedan, en forma de reventones, hasta Servitá, donde el río cambia de rumbo, hacia el Sur, para salir á los Llanos con menor velocidad y más suave pendiente; luego se subdividen las aguas por la llanura y van á confundirse con las del río Humadea, para formar, con otros tributarios notables, como el Guayurivía, el Guatiquía, el Guacavía y el Humea, el gran río Meta, receptáculo común de todas las aguas que descienden de la Cordillera oriental de los Andes, en una extensión de más de seis mil leguas cuadradas. Recibe también el Meta otros ríos tributarios de la extensa

región del Sur, y entra al caudaloso Orinoco "con una profundidad de 60 pies y una latitud de más de 1,000 toesas."

En Servitá el camino abandona las vertientes del Rio-negro, y cruza, con rumbo hacia el Este, el alto de Buenavista, para descender á Villavicencio.

En Buenavista empieza el viajero á admirar la magnificencia de los Llanos. De repente se descubre á su vista un horizonte ilimitado. Paisajes iluminados por espléndida luz se destacan, con vivos colores, en el fondo azulado de la atmósfera. Como anchas fajas de plata se dibujan los ríos, en medio de la espesura de los bosques y de extensas sabanas. Mantos de gasa blanca semejan las nubes en algunos sitios, y en otros, figuras fantásticas cubren y limitan el horizonte visible. El sol, por las densas capas de aire, se ve como en el mar bajo el influjo de los rayos rojos, y la diversidad óptica de la atmósfera presenta cambiantes efectos de perspectiva aérea.

El viajero que observa en el alto de Buenavista las vivas tintas de la aurora ó del crepúsculo, siente renacer las primeras impresiones de la vida. Si nos fuera dable sustraernos por algún tiempo á la universal influencia de la atmósfera y al contacto de los cuerpos, ¡qué viva impresión recibiríamos al volver á percibir la dulce variedad de los colores, el efecto mecánico de los sonidos, el deleitoso baño de oxígeno en nuestros órganos, en una palabra, las fruiciones arrobadoras de todos los sentidos! El ejercicio constante de éstos modifica las vivas impresiones que debieran causarnos. Influencias especiales pueden, sin embargo, reavivarlas, como sucede en el alto de Buenavista, donde se experimentan un bienestar orgánico y una excitante alegría en el alma, como influencia de aquella espléndida naturaleza.

Al descender, las capas de aire se hacen más y más densas; las aves y los insectos se multiplican; la vegetación es más vigorosa; las aguas abundan, y todo anuncia la fecundidad de los Llanos. Yá en el pie de la Cordillera y en el comienzo de la inmensa planicie oriental se encuentra Villavicencio, importante metrópoli de haciendas, hatos y fundaciones, que un escogido personal de hombres abnegados y laboriosos ha establecido en las comarcas vecinas, y que, no muy tarde, llegará á ser una gran ciudad.

#### IV

El antiguo Territorio de San Martín—que ha vuelto á ser parte integrante de Cundinamarca—comprende una extensión de cuatro ó cinco mil leguas cuadradas, en su mayor parte tierras planas compuestas de bosques y sabanas, con una capa vegetal de más de un metro de espesor, regadas por grandes ríos y numerosos arroyos y *caños* que forman inmensa red de vías de comunicación fáciles y económicas, y que al propio tiempo las fecundizan con notable cantidad de sales, cal, mica y otras sustancias fertilizantes. La altura de tan extensas regiones está comprendida entre 200 y 300 metros sobre el nivel del mar, y la temperatura media es de 80° del centígrado.

Algunos viajeros ilustrados han opinado que los Llanos orientales de Colombia estuvieron cubiertos por un mar de agua dulce, que desapareció por un cataclismo y dejó abundante légameo y otros sedimentos depositados en su lecho; pero si se recorre toda la región oriental hasta las costas graníticas de las Guayanas, se observa idéntica formación en el subsuelo y en la superficie, con levantamientos apenas sensibles, que no forman sistema y menos han podido servir de barrera á las aguas estancadas en un mar interior. En el lecho del Orinoco y de sus grandes afluentes, se descubren las rocas graníticas que sirven de base á todo el continente de América. Levantamientos y aun hundimientos lentos han podido verificarse, y las aguas de la atmósfera, en épocas prehistóricas, mucho más abundantes que ahora, formaron los grandes depósitos de terrenos sedimentarios que cubren las rocas primitivas.

Al Sur de Villavicencio el Territorio de San Martín se extiende hasta el río Guaviare, y más al Sur siguen hasta el Napo las extensas comarcas planas del Caquetá, que pertenecen al Cauca.

El Guaviare es uno de los ríos más notables que descienden de la Cordillera oriental. En su largo curso atraviesa las más fértiles comarcas del centro del continente, hasta San Fernando de Atabapo, donde encuentra al Orinoco, que desciende del Oriente, y lo obliga á variar de rumbo y aun cambia el color á sus aguas. Por estas consideraciones pudiera creerse que el Guaviare es el origen de aquel gran río del mundo.

En la inmensa región del Sur, algunos establecimientos agrícolas é industriales prosperan á esfuerzos de empresarios inteligentes y amantes del trabajo. Las poblaciones de los distritos de San Martín, Arama y Colombia sirven de centro á su escaso comercio con el Tolima, Cundinamarca y aun con los territorios de Amazonas y Alto Orinoco. Pero la acción de la gente civilizada es todavía muy pequeña comparada con la inmensidad de esas comarcas pobladas de bárbaros, con exuberantes riquezas que reclama la civilización.

Al Oriente de Villavicencio, y sobre el plano inclinado que va hasta los puertos de Pachaquiario y boca del Rionegro por la fecunda sabana de Aplay, y al puerto de la Cruz, pueden establecerse buenos caminos carreteros que facilitarían notablemente el comercio de importación y exportación por el Meta.

## V

Hasta Cabuyaro vino un vapor grande de río el año de 1858, y es posible que la navegación por vapor pueda hacerse sin inconveniente hasta la boca de Rionegro, seis miriámetros arriba de Cabuyaro. La boca de Rionegro dista unas treinta y ocho leguas de Bogotá, de las cuales se recorren diez y ocho leguas planas hasta Villavicencio, y veinte por un buen camino de herradura, muy superior al que hoy existe entre Honda y Bogotá.

Conocidas estas ventajas, si el Gobierno de Venezuela decreta el libre tránsito para las mercancías que se importan á Colombia por el Orinoco, lo probable es que el comercio obtenga grandes economías por la vía del Meta, con la rebaja del 40 por 100 que otorga la ley en la aduana allí establecida, y que por ese medio empleen á progresar rápidamente las regiones orientales del país.

Como asunto de grande importancia nacional, y para fomentar ese comercio por la vía del Meta, el Gobierno de Colombia debiera recabar del de Venezuela, por medio de una Convención ó Tratado especial, el libre tránsito del Orinoco, en términos más ó menos idénticos al que existe para la navegación del Zulia por la vía de Maracaibo. Respecto á la navegación del Orinoco y el Meta no hay dificultades, ni obstáculos mayores que los que presenta el río Magdale-



na. En Puerto España y en Ciudad Bolívar se encuentran embarcaciones de toda especie, casas comisionistas muy respetables y toda clase de recursos para establecer un tráfico corriente y menos costoso por la aduana del Meta, para el comercio de Cundinamarca y Boyacá.

También llegan todos los años buques pequeños de vela, de los que navegan el Orinoco, hasta Pachaquiario por el Rionegro, y por el Humadea suben hasta Jiramena, puerto situado al Sudeste de Villavicencio, con comunicaciones fluviales á otros lugares de la región del Sur.

En los Llanos se intentará algún día el arreglo de canales que sirvan para que las embarcaciones del Meta lleguen al pie mismo de la Cordillera, y como también será posible construir un ferrocarril de Bogotá á los Llanos, por esa vía podrá un viajero, en un día de marcha, estar surcando las aguas del Meta, en dos ó tres las aguas del Orinoco, y en cuatro ó cinco las aguas del Atlántico; y las mercancías podrían salir del interior y llegar á él con rapidez y grande economía, con sólo un trayecto de veinte leguas por tierra y lo demás en continuada locomoción marítima y fluvial.

El porvenir de las regiones orientales es, pues, muy li-sonjero; su importancia se aumentará día por día, con mayor rapidez si el Gobierno le dedica la atención que merece.



## DE VILLAVICENCIO Á MEDINA

### I

La salina de Upín es una de las mejores riquezas naturales que ostenta el Territorio de San Martín. Probablemente los indios explotaban esta mina de sal en el sitio de *Cumaraí*, punto cercano que conserva ese nombre. Dicha salina dista de Villavicencio unos dos miriámetros al Norte, y el camino sigue por el pie de la Cordillera, cortado á cada paso por corrientes de aguas más ó menos abundantes, cristalinas y potables, si se exceptúan las del riachuelo *Cumaraí* ó *La Salina* y las del río Upín, que descienden de los bancos de sal gema bastante salitrosas. El río Guatiquía se atraviesa á corta distancia de Villavicencio, por un puente especial llamado la *cabuya*, del mismo sistema de la tarabita indígena, mejorada y corregida. La cuerda fija es un cable de alambres muy resistente; el gancho es una polea que rueda suavemente sobre el cable fijo, la cual sostiene una oroya cuadrangular por cuatro cuerdas que van atadas al gancho de la polea. Esta oroya va y viene de un lado á otro del río por cuerdas que se halan del uno ó del otro extremo de la *cabuya*; de manera que el paso no es posible cuando del lado opuesto no hay quien hale el aparato. Pero esto no es inconveniente para los llaneros, pues todos nadan muy bien, y no hay río que respeten para atravesarlo á brazo ó montados en pelo en los caballos que tienen adiestrados en esa operación.

Saltmos de Villavicencio á las doce del día, y á pocos minutos estuvimos en el Guatiquía y lo atravesámos por la *cabuya*. Esta especie de puente ha sido costeado por el señor Doctor Emiliano Restrepo E., adjudicatario de los terrenos que se extienden en la ribera izquierda del Guatiquía, los cuales antes eran baldíos, y hoy constituyen una valiosa hacienda llamada *La Vanguardia*, con magníficos potreros de guinea, sembreras de caña, plátanos y maíz tan lozanas, frescas y vigorosas, como las que se dan en el

valle del Cauca. Esas tierras estuvieron cubiertas de selvas seculares y vírgenes hasta hace veinte años, y son hoy ricos campos cultivados debido al esfuerzo de tan inteligente y laborioso colombiano, quien, atraído por la magnificencia y fertilidad de los Llanos, visitó sus comarcas, escogió aquel sitio y ha fundado en pocos años una valiosísima propiedad. Ejemplo elocuente y práctica demostración de lo que pueden conseguir otros individuos que tengan amor al trabajo, y quieran ir resueltos á aplicar sus fuerzas é inteligencia en una ocupación reproductiva.

Viajábamos por los Llanos en los meses de invierno, que son allí los comprendidos entre Abril y Noviembre de cada año. El Guatiquía estaba, pues, crecido; y aunque pasámos por la *cabuya* sin inconveniente, hubo necesidad de pasar las caballerías *á ladera*: operación que consiste en botarlas á nado, tirándolas del lado opuesto con una sogá que debe ser manejada por persona experta, porque un descuido puede causar la pérdida de la bestia, si se enreda en la misma sogá ó es arrastrada por los tumbos de la corriente, ó por las piedras y troncos que bajan por el río.

## II

Las casas de *La Vanguardia* están situadas como á un kilómetro hacia el Norte del paso del Guatiquía. Las grandes dehesas de guinea estaban cubiertas de ganado cebado de superior calidad; en otros potreros vimos también ganado vacuno de cría, muy sano y robusto, caballos y mulas de servicio en igual estado. Llama la atención la limpieza de la piel de todos los ganados, su mansedumbre y tamaño; lo que prueba la excelencia de los pastos, y, probablemente, la influencia de la sal que se puede dar á los ganados, porque una arroba (12½ kilogramos) vale allí veinticinco centavos.

A poco trecho de las casas desaparece el ancho horizonte de las rozas de *La Vanguardia*, y la selva tupida y frondosa cubre el camino y todos sus contornos. Aunque éste sigue por el pie de la Cordillera y aprovecha los declives naturales, el fango había convertido en altibajos peligrosos casi toda la vía. A cada paso nuestra cabalgadura daba volteretas, hacia esfuerzos poderosos y juegos de equilibrio para no hundirse ó caer en el fango. Ese camino no es,

pues, de *invierno*, sino de *verano*; y tanto por esto como por la dificultad del paso de los ríos y por las copiosas lluvias del invierno, la salina no puede ser visitada por los compradores de sal sino durante los meses de verano.

Del otro lado del riachuelo de Cumaral, á mano derecha, nos detuvimos en la única casa que encontramos en medio de aquellas selvas. Pedimos algo de comer, y fuimos sorprendidos con una comida abundante y sabrosa: sopa de tortuga, pescado fresco exquisito, plátanos fritos, huevos, mazamorra con leche, y panela melcochada. Un laborioso agricultor se ha establecido allí hace algún tiempo y hoy nada en la abundancia de frutos. Visitámos á la ligera las plantaciones de caña, yuca, plátano, etc., y quedámos asombrados de la feracidad de aquellas tierras. Vimos cañas de 3 y 4 metros de largo, blandas y jugosas, y mazorcas de maíz que pesaban más de medio kilogramo.

Antes de anochecer nos despedimos de aquellas gentes hospitalarias, y á las siete de la noche llegámos á la casa de la salina, donde sólo hallámos dos individuos que custodiaban los intereses nacionales. El estado ruinoso de la casa y el idéntico de los guardas, nos dejaron comprender desde luego el abandono y descuido en que ha estado aquella inmensa riqueza natural, tan mal manejada y peor explotada.

### III

La salina de Upín extiende hoy únicamente su consumo á la escasa población del antiguo Territorio de San Martín, que no pasa de 10,000 habitantes, y ha estado manejada por administradores encargados á un tiempo de la explotación y de las ventas de la sal. Queremos suponer que todos los administradores fuesen hombres honrados, y que el escaso producto anual ha sido el verdadero. Cuando el Gobierno Nacional administraba aquel Territorio, el producto de la salina no siempre alcanzaba á cubrir los gastos de los empleados, y creemos que nunca se ha llegado á un producto bruto mayor de \$ 8,000 al año. Bien pudiera, pues, el Gobierno prescindir de esa renta y *ceder la salina por algún tiempo á una compañía colonizadora* de aquellas comarcas, si se organiza sobre bases satisfactorias y con personal competente. Esta fue la primera idea que nos ocurrió al visitar la salina, al observar la inmensa riqueza depositada allí por

la naturaleza y al comprender la necesidad de un impulso en favor de la colonización y desarrollo industrial de los Llanos. Tal medida sería una de las más eficaces que, á nuestro juicio, acelerarían ese desarrollo industrial y levantaría la importancia de comarcas tan fértiles y ricas, casi olvidadas y escasas de población por ser poco conocidas. Veamos las ventajas que esta medida produciría. Con la cesión de la salina de Upín, no sería difícil organizar una compañía anónima con \$ 100,000 de capital, y bastantes acciones para interesar mayor número de personas. Con ese capital la compañía compraría un vapor de capacidad suficiente para navegar el Orinoco y el Meta, de Ciudad Bolívar á Cabuyaro ó á la boca del Rionegro, y ocho ó diez embarcaciones menores, también de vapor, en forma de remolcadores ó lanchas adaptadas á la navegación de los principales tributarios del Meta, el Arauca y el Apure. En Cabuyaro y otros puntos del Humea, el Rionegro, el Guatiquía y en dondequiera que fuese conveniente, se establecerían colonias con gentes que se podrían llevar del Tolima y de Cundinamarca, de puntos cálidos, donde millares de gente labriega soporan una vida miserable, por falta de tierras libres para trabajar, y que con poco esfuerzo y poco gasto se trasladarían á los Llanos. Allí la compañía emplearía toda esa gente en sacar caucho, por ejemplo, que lo hay en abundancia, y que si no se trabaja hoy es por falta de brazos y lugares poblados. En poco tiempo los colonos pagarían los gastos de su traslación é instalación en las colonias; quedarían dueños de una casa y de una extensión de terrenos baldíos, que la compañía podría encargarse de hacerles adjudicar en propiedad.

Hemos indicado el caucho como artículo de exportación más conocido y abundante; pero hay muchísimos otros que desde luego pueden también explotarse: la zarzaparrilla, los aceites de copaiba, de ceje, bálsamos y resinas, plantas textiles y medicinales, y todo lo que brinda aquel privilegiado Territorio; y no habría tampoco dificultad en establecer grandes plantaciones de cereales, como el maíz y el arroz, que dan ciento por uno. Una dirección inteligente y activa haría producir á los colonos cantidades considerables de artículos de exportación; y aun se podrían fundar hatos valiosísimos de que la compañía quedaría dueña al terminar el tiempo de su contrato con el Gobierno.

La exportación, como se comprende, tiene en aquellas

regiones valor y halago peculiares, atendida la proximidad de las vías fluviales ya mencionadas.

Pero el principal negocio de la compañía sería la explotación de la salina de Upín en grande escala. Entendemos que ésta no expende más de cuatrocientas toneladas al año. Con vehículos apropiados, el consumo de la sal de Upín se centuplicaría, al llevarla á Casanare por el Meta y sus afluentes, á todos los Estados y Territorios de Venezuela regados por el Meta, el Arauca, el Apure y el Orinoco, tales como los Estados Lara, Zaira, Guzmán Blanco, Bolívar y los Territorios del Alto Orinoco y Amazonas. Una de las más notables y sólidas riquezas de Venezuela está vinculada en la cría de ganados, precisamente en los Estados cuya región meridional riegan los ríos que la compañía podría hacer navegar por sus vehículos de vapor destinados á transportar la sal de Upín. Hoy todos esos Estados y Territorios venezolanos, y Casanare en gran parte, consumen sal de Curazao ó de las costas de Barlovento en Venezuela, la que se transporta con gran riesgo en buques de vela, primero por las costas marítimas y después remontando el Orinoco por centenares de leguas; así es que el precio de la sal es muy alto, y á veces excesivo. Cuando estuvimos en Orocué, la sal no estaba escasa y vimos vender la arroba á seis pesos. A este precio vendió también unas arrobas de sal gema de Upín el dueño de la embarcación en que hicimos el viaje desde Cabuyaro, y observámos que esta sal no la estiman en Casanare inferior á la de grano traída de Venezuela.

La salina de Upín está situada en terrenos esquistosos, y contiene ricos yacimientos de hulla, arcilla de diferentes clases y maderas de excelente calidad. Fácil y económica sería la compactación de la sal si así quisiese prepararse para el consumo.

Cuando visitámos la Salina vimos allí sal compactada en una rústica hornilla, como por vía de ensayo, de superior calidad.

Empleámos algunas horas en recorrer, al día siguiente, parte del inmenso banco ó loma de sal en que se ha dado principio á la explotación por el sistema que se llama á *tajo abierto*. La formación se extiende al Norte y al Sur con indicaciones de ser una mina inagotable, y la parte laborada hasta ahora en la superficie de un costado del banco descubierto, es insignificante. El sistema de explotación es

tán rústico cómo dispendioso, si bien es cierto que para la cantidad de sal que exige el pequeño consumo actual, no se necesitara otra cosa. Con una explotación en escala mayor pudiera fácilmente establecerse el sistema de galerías en socavones convenientemente abiertos, tanto para la economía de la extracción como para la comodidad del transporte y aun para evitar el contrabando. Una compañía como la que hemos indicado podría hacer esto y abrir buenos caminos hasta los ríos Guatiquía y Guacavía, y escoger en ellos puertos hasta los cuales navegaran con seguridad las pequeñas embarcaciones que habrían de conducir la sal al río Meta. Estos caminos, hacia las sabanas de Cumaral y Presentado, irían por un suave plano inclinado y no medirían en cualquiera dirección más de tres y medio miriámetros.

La bodega de la Salina estaba llena de sal. Del rústico edificio rodeado de maderos y cubierto de paja se derramaban las lajas de sal por entre los palos apartados á causa de la presión del gran depósito. Todo estaba, pues, á merced de los guardas y bajo la garantía de los malos caminos.

#### IV

El mismo día regresámos á *La Vanguardia*, con intención de volver á Villavicencio; pero al llegar al paso del Guatiquía hubimos de desistir y nos vimos forzados á retroceder y tomar el camino que de *La Vanguardia* parte, con dirección á Medina, por las sabanas de Cumaral. Nos reunimos con varios amigos, y anduvimos algunas horas de la noche hasta llegar al riachuelo de la Salina, que atraviesa también este nuevo camino. La noche estaba lluviosa y muy oscura. Agrupados resolvimos pernoctar en aquel sitio al pie de robustos árboles que nos cercaban en todas direcciones.

Dos horas después cesó la copiosa lluvia. Del ruido de la borrasca solamente quedó el bramar de las ondas del vecino arroyo cuya creciente iba tal vez á inundarnos. Afortunadamente no sucedió así; la noche recobró su natural calma y serenidad, y sólo subsistieron los ruidos producidos por el aura de las selvas, como ecos misteriosos que parecían imitar lúgubres quejidos, causados por los bejuocos y las ramas de los árboles con el peso de las gotas de

agua. De repente empezamos á distinguir franjas de una luz fosforescente, vaga é indefinida, como estrías de un rayo de luz dentro de una cámara oscura. El tupido follaje de los árboles nos impedía mirar el cielo. Creímos que la luz de las estrellas producía aquellas franjas luminosas, por no estar visible la luna. Pero las fajas de luz se aumentaban y se unían y formaban yá una ola de fuego creciente y en movimiento, como llamas de petróleo, por entre los troncos, las raíces y las hojas que tapizaban el suelo. Aunque entumecidos por la humedad, nos incorporamos y dimos algunos pasos acercándonos al sitio iluminado. Distinguíamos bien los bejucos colgantes y los árboles que quedaban á distancia. Las llamas de una cámara ardiente habrían producido allí el mismo efecto, y más de una vez creímos ver la imagen de Plutón en los infiernos, y sombras negras que ágilmente se movían. Al acercarnos el fuego se extinguía; retrocedíamos y volvía á aparecer. Cogimos una hoja seca iluminada y se apagó al instante; pero bien pronto sentimos el hormigueo de unos animalículos sobre la mano, que daban luz ó la extinguían á su voluntad, muchísimo más viva cuando se ponían en contacto, como entregados á voluptuoso deleite. Eran de forma lenticular como el comején, más pequeñas, y al estregarlos producían olor sulfuroso.

Conversábamos muy quedo con un compañero que teníamos al lado, cuando sentimos las pisadas lentas de un animal que se acercaba por el lado opuesto. Quedámonos quietos, convencidos de que no podía ser un jaguar ni otra fiera temible, pues era pequeño y largo como una iguana. Luego que llegó al sitio iluminado, se quedó quieto y agachado é inmóvil como un tronco, aunque la luz se había alejado. Poco á poco volvió á iluminarse el sitio y aun el cuerpo del animal. Tenía la lengua fuera, larga y aguda, que brillaba con luz diamantina. De repente la engulló tragándose todos los animalillos que la cubrían y volvió á sacarla; la cubrió nuevamente, y repitió la operación de tragarse los animalillos como cincuenta veces. Hastiado yá se levantó, dio unos saltos, produjo ruido y desapareció. Ese animal es el *Myrmecophaga Jubata*, que vulgarmente llaman *cachicamo* ú *oso hormiguero*, porque hace igual operación con las hormigas. Pero aquel animal nos privó de la belleza que estábamos contemplando, pues los animalículos se ocultaron ó no volvieron á brillar en el resto



de la noche. Esto lo observámos en las primeras horas del día natural correspondiente al 16 de Agosto de 1885.

V

Cuando los primeros rayos de la aurora empezaban á iluminar el horizonte, innumerables aves entonaron variados cánticos, como mensajeras de la proximidad del nuevo día. Yá con luz suficiente enallámos nuestras cabalgaduras y seguimos la marcha. A las nueve de la mañana estábamos en la sabana de Cumaral.

Salir de un mar de fango en medio de una selva espesa á un horizonte despejado y un suelo firme cubierto de gramíneas, es un placer positivo, así como oír el canto del gallo de una próxima habitación humana y ver el ganado que padece indiferente en la llanura. Del centro de la sabana divisámos una casa rodeada de frescas sementeras. Al llegar á ella recibíonos con franqueza un llanero de pura raza : hombre de enérgica mirada, nervudas formas, agilidad instintiva, con lenguaje lacónico y expresivo, brindónos hospitalidad, sin preocuparse por nuestra llegada. Después de almorzar, y como á la una de la tarde, continuámos la marcha con dirección al Norte, guiados por un baquiano. Sea por la falta de tráfico ó por la feracidad del terreno, las huellas del camino se borran en largos trechos y es fácil extraviarse de la senda que debe conducir al viajero al paso de los ríos, arroyos y corrientes que con frecuencia tiene que atravesar. Mucho recordamos aquella tarde fresca y embellecida por panoramas de una variedad sorprendente. El sol empezaba á ocultar sus rayos tras altas nubes suspendidas en las crestas de los Andes, y derramaba luz de variados colores en las faldas ondulantes; las arrugas de la montaña, cubiertas en parte de espeso bosque y en parte de un manto de gramíneas de color de esmeralda, dan á aquellos sitios una suavidad y un encanto indescriptibles; del pie mismo de la cordillera se desprenden inmensos surcos de montañuelas y morichales, que dibujan el curso de las aguas hasta confundirse con los bosques de la lejana selva. Lentamente el sol se ocultaba y la difracción de la luz cubría los variados paisajes de colores de topacio y escarlata. Aquellos lugares más parecen un sueño que una realidad. Las casas de los llaneros se di-

visan en sitios apartados sobre las eminencias del suelo ó en los ángulos del bosque, escogidos para aprovechar los potreros naturales de la sabana, que deslindan las *matas* ó morichales formados en los bajos ó partes más húmedas del terreno.

## VI

El camino de Cumaral á Medina corre, por lo general, al pie de la cordillera. De trecho en trecho las partidas de ganado vacuno destacan sus variados colores en el fondo verde de las praderas; el humo lejano de las casas se levanta como gufa del viajero en el extenso horizonte, y el bramido de los toros y el ladrar de los perros anuncian las habitaciones humanas que no se divisan á lo lejos. Ibamos interesados en continuar el viaje y llegar en el menor tiempo posible á Medina. Después de recorrer unas cuatro leguas desde Cumaral, llegámos al río Guacavía, casi entrada la noche. Cerca de la ribera, en una casa habitada por varias personas, solicitámos un baquinano para el paso del río, que en esa época de invierno pudiera estar muy crecido ó no tener buen vado. Los dueños de la casa se excusaron al principio; pero éramos bastantes los que viajábamos, y probablemente para evitar la importunidad de tantos huéspedes, resolvieron al fin ir á guiarnos. Efectivamente, el vado era muy peligroso; había que pasar casi diagonalmente el río, remontando contra la corriente. La violencia de las aguas en la parte más honda del cauce arrastró á varios jinetes, y tuvieron que nadar sobre sus caballos. En estas faenas y peligros avanzó la noche, y colocados en medio de los vericuetos de la ribera opuesta, había que continuar el viaje hasta salir siquiera á un horizonte despejado.

El caudal de aguas del Guacavía es bastante considerable. Puede tener una sección mojada de 40 metros cuadrados en esa época del año, y la pendiente con que bajan sus aguas en ese punto nos pareció de medio por ciento.

Sabíamos que el sitio denominado *El Boquerón* distaba unas tres leguas. A pesar de la oscuridad de la noche avanzámos como una legua, por en medio de barrancos y cañadas profundas que hacían peligroso el tránsito. Al salir á una sabana limpia, cubierta materialmente de luciérnagas, resolvimos aliviar la fatiga y dormir sobre la espesa

capa de gramíneas que nos ofrecía el suelo. ¡Qué descanso tan positivo brinda la tierra al viajero fatigado! Ni los temores del jaguar, que tiene allí sus dominios, ni los de la cascabel y tantos reptiles é insectos como la naturaleza reproduce en aquellas comarcas, vinieron á turbar el sueño producido por un verdadero cansancio. Las cabalgaduras encontraron también en aquel sitio abundantes pastos que las repusieron para la marcha del siguiente día.

El copioso rocío de la noche empapó nuestros vestidos, y al despertar nos sentimos completamente mojados. Yá la aurora vibraba sus lucientes rayos y ceñía su diadema luminosa, cuando estuvimos listos para continuar la marcha. ¡Cuán bellos y atractivos volvían á presentarse los panoramas del día anterior! Amenas colinas, arboledas que descienden en caprichosos giros de altísimas montañas, risueñas praderas que van á perderse en los confines orientales, invitan á residir en aquellos sitios encantadores. Más de una vez hicimos propósito de volver á ellos y aun de fundar alguna habitación. Estos mismos propósitos hicieron nuestros compañeros de viaje. Y aquellos sitios feraces, regados por innúmeras corrientes de aguas cristalinas, están en terrenos baldíos que la Nación regala á los que vayan á poblarlos. Con el hecho de establecerse allí puede un individuo quedar dueño de toda la tierra que pueda ocupar. ¡Por qué no van á esos sitios las gentes que vegetan en las ciudades, repetinos, ó los que viven miserablemente como arrendatarios en las regiones pobladas del país! Probablemente es la falta de conocimiento de aquella región, ó la falta de buenos caminos que faciliten el viaje, y las falsas relaciones de la insalubridad del clima. Si aquellos climas fuesen malsanos, todos los que viajábamos en esa época nos habríamos muerto, andando día y noche, mojados y mal alimentados, y sin embargo ninguno enfermó durante la correría.

Muy temprano llegámos al sitio denominado *El Boquerón*, de donde se desprende un camino que va á Cabuyaro sin tocar en Medina. De *Boquerón* á Medina hay cosa de cuatro leguas, y como á la mitad de la distancia se atraviesa el río Humea, que tiene un caudal de aguas mayor que el Guacavía. Varios otros riachuelos se atraviesan también, con abundantes aguas y pendientes fuertes. A cortas distancias del camino y en la parte alta el terreno brinda sitios muy aparentes para el cultivo del café, con

la temperatura que se quiera, y en la parte baja, el cultivo del cacao, la caña de azúcar, el arroz, el tabaco, etc., darían pingües resultados. Respecto de la cría de ganados nada dejan que desear esas comarcas. La naturaleza ofrece allí todo lo que exigen las industrias. Motores hidráulicos pueden establecerse en todas partes. Hay carbón mineral, fuentes saladas, y aun se dice que existen fuentes de petróleo. La parte ocupada y explotada por los pocos pobladores actuales es relativamente pequeña. Algunas plantaciones de café había establecidas, y el fruto es de excelente calidad, muy solicitado en los mercados de Venezuela, por donde se exporta como café venezolano. En Medina, como es natural, abundan relativamente los víveres. El plátano, la yuca, el maíz, el arroz, la panela, etc., se consumen allí, frescos y sabrosos, á precios baratos. Fue en ese lugar de los Llanos donde encontramos víveres más abundantes.

Medina, aunque es todavía población pequeña, está llamada á ser una gran ciudad. El sitio pintoresco en que se halla, ya en el asiento de los Llanos, la bondad y suavidad de su clima y la abundancia de elementos creadores que la circundan, prométenle creciente progreso. Entendemos que los ríos que hienden la cordillera por esa parte son menos abruptos en su lecho que el Rionegro y el Guatiquía en Villavicencio, y que permiten en su más largo curso desarrollos fáciles para buenas vías de comunicación. Ellos recorren una extensa región rica en minerales preciosos (1) y valles fértiles cuajados de densas poblaciones indígenas de Cundinamarca y Boyacá. Lo natural es suponer que los frutos de exportación y los minerales abundantes de esas comarcas busquen salida por los ríos navegables y tributarios del caudaloso Orinoco.

---

(1) Recientemente se han descubierto cerca de Gachalá filones muy poderosos de galenas argentíferas.

## DE MEDINA Á OROCUÉ

### I

Aun cuando nuestro viaje fue motivado por la guerra civil que desgraciadamente ocurrió en 1885, la narración que hacemos en casi nada se refiere á los sucesos de la campaña, y por esto omitimos pormenores que acaso echarán menos algunos de nuestros compañeros de viaje. Sirva esto de excusa para con ellos, y sirva además para explicar la rapidez de nuestra marcha y la falta de datos científicos é importantes á la Geografía del país. No teníamos ningún instrumento para medir distancias, alturas sobre el nivel del mar, temperaturas, ni para hacer observaciones de ningún género; lo cual fue para nosotros una verdadera contradicción, por haber tenido que recorrer hasta Venezuela, en el alto Orinoco, las regiones más desconocidas de la parte oriental de Colombia, en las cuales interesan al amor patrio las controversias sobre límites y el valor intrínseco que representa aquel extenso territorio. Día llegará en que el país dirija sus miradas hacia aquella tierra de promisión, envíe exploraciones científicas y ejerza sobre ella de algún modo su acción civilizadora. Si para entonces vivimos aún, de buen grado asociaremos nuestro pequeño contingente, pues las gratas impresiones que sentimos al atravesar aquellos campos, hoy desiertos, son de las que el hombre desea sentir una y otra vez.

En Medina apenas nos detuvimos hasta el día siguiente. Conservámos recuerdos gratos de la benevolencia de muchas personas que allí conocimos. La población entera se manifestaba dispuesta á servirnos, como si el sentimiento de hospitalidad fuese distintivo feliz de sus habitantes. El señor D. Eduardo Mamby vivía entonces en Medina. Los generosos servicios y méritos reales de aquel héroe del trabajo nos produjeron profunda simpatía. Su temprana muerte fue una verdadera desgracia para aquella región, en donde él fomentaba industrias de valía.

De Medina á Cabuyaro hay próximamente catorce leguas, distribuidas así: cuatro hasta Noguaya, seis de Noguaya á Macapay, y de allí cuatro á Cabuyaro. El primer día nos quedámos cerca de Nognaya y al día siguiente llegámos á Cabuyaro. Lejos yá de la cordillera, empezámos á sentir las novedades sorprendentes del desierto territorio. Después de atravesar numerosas corrientes de agua, que riegan ventajosamente las tierras, el viajero entra en extensas sabanas cruzadas por bosques que se extienden en laberinto ilimitado hacia el Oriente. Era yá de tarde cuando vimos enlutarre el firmamento en pocos minutos. El sol se transparentaba como una gran bola de hierro incandescente. A una quietud aparente de la atmósfera sucedían ráfagas de viento que doblaban las espigas de los *pajonales* y producían silbidos agudos y penetrantes. Las vacas mugían y buscaban el abrigo de los bosques y de los morichales. Un gran espectáculo ó fenómeno atmosférico íbamos á presenciar: ¡el chubasco! meteoro majestuoso y temible en los Llanos.

Apenas tuvimos tiempo de llegar á una casa pajiza que por allí encontrámos. El baquiano que nos acompañaba pudo desensillar las bestias con algún trabajo y dejarlas entregadas á su propia suerte. Los dueños de la casa se arrinconaron como asustados y apagaron el fuego que ardía en un fogón dentro del edificio. El huracán arrebata con horrible estruendo. Grandes goterones descendían con velocidad y peso aterradores; luego venían gruesos chorros, como si poderosas duchas lanzasen el agua con gran presión. Esto nos llenó de asombro, como fenómeno raro y difícil de explicar por otra causa que la de la velocidad del agua llevada por el viento. Uno de esos chorros atravesó el techo pajizo y abrió ancha grieta. El viento silbaba y parecía arrancar la casa de su sitio; las corrientes aéreas, cruzadas á veces, levantaban en espirales algunos despojos del suelo; pero la principal fuerza impulsora daba siempre una resultante que iba de Oriente á Occidente. Parte del techo cedió al fin al furor del huracán y el aguacero empezó á mojar todo lo que adentro había. Pocos minutos después el meteoro había terminado sus terribles efectos. Duraría poco más ó menos un cuarto de hora. Los estragos y la calma subsiguientes parecían exhibir á la naturaleza fatigada por un esfuerzo supremo.

Después tuvimos ocasión de soportar otros dos chubas-

cos, uno en el Meta y el otro en el Vichada. Más adelante describiremos especialmente este último.

Los vientos alisios son corrientes aéreas bien conocidas y estudiadas por los meteorologistas y navegantes. Esos vientos son, indudablemente, los que originan chubascos en los meses de Julio, Agosto y Septiembre con más frecuencia, así como la regularidad de las dos estaciones de invierno (lluvias) y de verano (sequía), tan marcadas y constantes en los Llanos. La inmensa barrera que presenta la cordillera oriental recibe el choque de estos vientos, los cuales, saturados de las aguas del Océano evaporadas por la acción del sol, depositan en ella, en eterna transformación, el caudal de aguas que alimenta la inmensa red hidrográfica de los ríos Orinoco y Amazonas. Los alisios recorren antes de llegar á los Andes centenares de leguas por regiones planas, donde acaso modifican su temperatura por el caldeo de los rayos del sol directos y reflejados, y al desequilibrar las corrientes aéreas producen esos meteoros temibles, acompañados muchas veces de tempestades espantosas. Teniendo, como tienen, los alisios y contraalisios causas permanentes que los originan, tales como los movimientos de rotación y de traslación de la tierra, y la acción directa del sol sobre la zona tórrida, deben ser también permanentes los efectos que esas corrientes aéreas producen. Durante seis meses llueve mucho en los Llanos y en la cordillera; los ríos crecen y se desbordan; las tempestades y los chubascos, que son verdaderos huracanes, se repiten con frecuencia, y las brisas y los vientos varían, aunque siempre con una resultante al Occidente. De tal modo es fija la estación de las lluvias que ya se ha establecido la costumbre de bajar las embarcaciones únicamente en esa época del año, pues no hay vientos fijos que se opongan; y aunque la velocidad de las aguas de los ríos no pasa de una á dos millas por hora, se aprovecha la fuerza de las corrientes con ayuda de remos. Lo contrario sucede durante los otros seis meses: las brisas son fijas y las embarcaciones suben rápida y cómodamente con velas. El que contraría este orden se expone á mil peligros y á no llegar á su destino. Se entiende que esto se refiere á las embarcaciones menores que surcan el Orinoco, el Meta y sus tributarios. Los buques de vapor pueden subir y bajar en toda época del año.

## II

En el camino de Medina á Cabuyaro no encontramos otra contrariedad que la del chubasco indicado, y el paso de algunos caños crecidos, especialmente el Cabuyarito, cerca de Cabuyaro. Estos caños son verdaderos ríos, aunque sus aguas parecen estancadas á causa del poco declive del terreno y descienden suavemente en plano inclinado en esas sabanas hasta las riberas del río Meta. Un tranvía ó un ferrocarril podría hacerse allí con más facilidad que en la sabana de Bogotá.

Muy pocas fundaciones ó hatos vimos, pues están disminuidos á grandes distancias. En largos trechos el trillado del camino desaparece completamente.

Cerca ya de Cabuyaro, el baquiano nos mostró á lo lejos un tigre echado cerca de la ruta que debíamos seguir. A los gritos del llanero el tigre se levantó cautelosamente y se dirigió á un bosque inmediato. Con la cabeza baja y la cola arqueada parecía un jaguar pequeño y poco temible; pero el baquiano lo calificó de los de peor condición, como tigre negro ya bien formado. Refiriéndonos que un día uno de esos tigres, acosado por varios llaneros montados, que querían enlazarlo, arremetió contra ellos, saltó á una de las ancas de los caballos y desgarró mortalmente al jinete; los otros volvieron sobre la fiera y lograron ahorcarla enlazándola con sus sogas.

Muchas anécdotas se refieren de los tigres por allá, y sean unas verdaderas, otras falsas, lo cierto es que sí causan víctimas humanas y á las veces hacen estragos en el ganado. En los días en que viajábamos, una tigre había matado á cuatro hombres que por ir reunidos quisieron cogerle dos cachorros que llevaba. Acometiéronse con tal furor, que aun defendiéndose heroicamente los hombres con armas blancas, todos cuatro fueron despedazados; la fiera también quedó muerta en el campo. Los llaneros á nada temen y viven siempre en lucha con los elementos y las fieras; hombres estóicos que manejan la vida con soberano desprecio, son ágiles, inquietos, recorren el desierto y lo dominan con su audacia y su valor; mueren generalmente típicos, pues no esquivan soportar las lluvias ó atravesar los ríos á nado aunque estén sudando por la fatiga ó por los



rayos de un sol abrasador. En compensación son libres, muy libres; su trabajo es bien remunerado; disfrutan de bienestar y de independencia envidiable. Aunque sus comidas son frugales, no las cambiarían, en días de festejo, por las más exquisitas de un restaurante de París. Situada al rededor de una hoguera, ó tendidos en sus *chinchorros*, comiendo *carne á la llanera*, son más felices que los cortesanos en espléndido banquete. Gustan muchísimo del café y lo toman á porrillo.

Los llaneros gozan y son felices pastoreando sus ganados. Cuando quieren derribar una res la colean de á pie ó de á caballo, con una destreza admirable. La operación consiste en alcanzar al animal en la carrera, tomarle la cola y darle un tirón de sesgo que le hace perder el equilibrio y caer. Alcanzar á un venado en su carrera, matar tigres, montar bestias *chúcaras* y colear el ganado son ejercicios que debe saber á la perfección el llanero para ser digno de su nombre. Con soldados de esta especie fue con los que el ínclito Páez ejecutó las portentosas hazañas de *Guasualito*, *Las Queseras* y *Mata de la Miel*. El llanero es y será invencible en sus dominios. Por lo demás, es hombre de buenas costumbres, inteligente, franco en su trato, honrado y cumplido en todo. Es un tipo distinguido y eminentemente americano.

### III

Cabuyaro es apenas un bosquejo de población. La plaza y las pocas casas que la forman distan como unos doscientos metros de la orilla del Meta, y están situadas en una loma casi plana que hace el terreno allí un poco más alto que en los contornos. El Meta es más ó menos como el alto Magdalena ó el río Cauca en el valle; sus vegas, cuajadas de bosque, le dan mucha semejanza á este último río, aunque las aguas son algo más claras, y descienden más lentamente, con una velocidad de menos de dos millas por hora. Con lecho de arena, barrancas altas y firmes y buenos fondeaderos á la orilla, su caudal de aguas permite la navegación de buques de vapor que calen en invierno seis ó siete pies, y tres ó cuatro en verano. Cabuyaro está tan bien situado, que todo progreso relativo de los Llanos, se hará sentir allí. El día en que haya navegación regular en el

**Meta, será un puerto de la mayor importancia. Más de una vez hemos pensado en que Cabuyaro llegará á ser el centro de las operaciones de una ó varias compañías industriales que se organicen para explotar las grandes riquezas del territorio de San Martín.**

Yá hemos apuntado antes la idea de establecer colonias en las orillas del Meta, con gentes traídas de las riberas del Magdalena, donde hay tanta miseria y los pobres no tienen tierras libres para trabajar. En Cabuyaro podrían establecerse con grandes facilidades las primeras familias, y empezada la obra con esos brazos, la sola explotación del caucho daría desarrollo á todas las demás industrias y á la explotación, en escala creciente, de otras riquezas naturales estancadas por la falta de población.

Hasta Cabuyaro y aun hasta otros puntos más altos del territorio de San Martín ha avanzado la inmigración venezolana. Los dos comerciantes de alguna significación que allí conocimos, eran venezolanos; á ambos les debimos atenciones y servicios espontáneos. El venezolano en Colombia y el colombiano en Venezuela cree estar en su propia patria, pues las costumbres, el idioma y el afecto recíproco impiden se establezcan diferencias notables de extranjería. Las guerras civiles de uno y otro país han impulsado corrientes de inmigración entre ellos, pero la venezolana es más notable, especialmente en el territorio de Casanare.

Sábese que las inmigraciones contienen siempre gérmenes fecundantes de progreso. No emigran los pusilánimes ni los holgazanes. El emigrante es persona que busca con interés el trabajo, y con propósitos abnegados llega generalmente á la meta del que espera y confía en sus propias fuerzas; no teme los peligros, ni vacila ante dudoso cálculo; es el moderno conquistador que la civilización acepta y para quien la fortuna bate sus doradas alas. En Casanare han hecho fortuna muchos venezolanos, y su ejemplo atrae, como es natural, á otros inmigrantes. ¡Que sigan esas corrientes benéficas para ambos países! ¡Que se den cita en esas vastas regiones el trabajo reparador y el amor á la Libertad!.... Cuando Inglaterra, en el largo y penoso alumbramiento de las sabias instituciones políticas que ahora disfruta, se agitaba en guerras civiles, más bárbaras y crueles que las nuestras, millares de sus habitantes emigraron á sus colonias de América y crearon la gran república

Americana, patria de la libertad y encarnación de la tolerancia en lucha tenaz con las preocupaciones de los siglos. ¡Por qué no ha de haber en esta figura de corazón que se llama América del Sur, sitios apropiados para que se obren todos los portentos del genio reformador de la humanidad! Las pampas de Buenos Aires, después de las brutalidades de Rosas, han dado tan fecundante savia, que hoy reciben y retornan riquezas incalculables y se preparan á presentar al mundo el grandioso espectáculo de otra nación republicana que, en pocos años, se eleva á la altura de las naciones civilizadas de Europa, sin otra fuerza impulsora que la libertad y sin otra escuela de enseñanza que la democracia. No es imposible, pues, que los Llanos de Venezuela y Colombia, tocados por la vara mágica del progreso, conviertan sus extensas regiones, hoy desiertas é insultas, en poblaciones importantes y centros industriales semejantes á los de la República Argentina. Sin otra ventaja allá que la del clima cambiante de la zona templada, los Llanos tienen terrenos más feraces, mejor regados por las aguas de sus ríos y con productos naturales más abundantes. La industria pecuaria puede desarrollarse en los Llanos tanto como en las Pampas. Aquí como allá el Territorio es plano, accesible á los ferrocarriles, los ríos son igualmente caudalosos y navegables por buques de vapor. Sólo falta, pues, un poco de acción en los gobiernos para fomentar y aun proteger el interés individual, la gran palanca del espíritu moderno. En Venezuela algo se está haciendo para fomentar compañías industriales, con buen éxito.

#### IV

Antes de llegar á Cabuyaro nos despedimos de todos los amigos que tomaron la vía de Upiá para salir á Miraflores. Hicimos el resto del viaje, hasta la Guayana de Venezuela, en compañía de nuestro buen amigo el Sr. Tomás Sánchez, á quien tributamos aquí público testimonio de gratitud por su solicitud abnegada, sin la cual tal vez hubiéramos perecido á manos de los indios ó habríamos quedado largo tiempo en las soledades del territorio del Vichada.

Preparada la canoa (ó *curtara*, como la llaman en Venezuela), y listos los dos bogas con su tren de palancas,

remos y canales, nos embarcamos temprano y emprendimos viaje para Orocué. Las emociones de un viaje compen-  
saban las privaciones é incomodidades que le son consi-  
guientes. Aunque no llevábamos recursos, íbamos forzados  
por la situación á seguir adelante. A pesar de esto, el viaje  
nos fue grato, y nunca faltó la benevolencia de los llane-  
ros en nuestras más urgentes necesidades.

Arrastrados por el lento curso de las aguas del Meta, di-  
visábamos bien la espesura de los bosques de sus riberas.  
De vez en cuando hacíamos penetrar una palanca en el  
fondo del río, para sondearlo, y en todas partes aquella, de  
más de cuatro metros, no era suficiente á alcanzarlo. Ha-  
cía la ribera izquierda predominan las sabanas, muy ex-  
tensas, y sitios primorosos como para puertos del río; de  
trecho en trecho veíanse sementeras muy lozanas y dehe-  
sas de pastos naturales. Varios ríos notables desembocan  
al Meta por dicha ribera, antes de llegar á Orocué: el Upla,  
el Cusiana, el Cravo, con agua suficiente aun para remon-  
tar por algunas leguas pequeños buques de vapor, y mu-  
chos otros ríos y riachuelos. En la ribera opuesta todo  
está desierto y solitario; selvas espesísimas cubren el hori-  
zonte, y pocas corrientes de agua acrecientan el Meta por ese  
lado. Las tribus de los Goahibos, Achahuas, Sálivas, etc.,  
son las ocupantes de aquella extensísima región, compren-  
dida entre los ríos Guaviare, Meta y Vichada; más de  
30.000 aborígenes continúan allí su vida nómada y salvaje,  
casi sin otra barrera que el río Meta; y aunque no son fe-  
roces ni crueles, porque á veces roban ganado ó buscan,  
usando de represalias, algún botín seguro, se los hostiliza  
á balazos, y con ellos se han hecho carnicerías espantosas.  
Esos infelices, así abandonados y perseguidos, son una  
afrenta para todos los colombianos.

Recientemente hemos visto una comunicación oficial  
del Ilustrísimo Sr. Obispo de Tunja, José Benigno, que  
dice, á propósito de misiones, lo siguiente:

“ Por lo que respecta á las misiones de Casanare, será conve-  
niente que la autoridad respectiva dicte disposiciones especiales  
que pongan á los infieles á cubierto del odio y persecuciones que  
no pocas veces sufren de varios de los ricos y hacendados que  
mantienen allí sus empresas comerciales. Es voz común que no  
sólo los hostilizan y ahuyentan, sino que han cometido con algu-  
nas tribus atentados bárbaros y salvajes, y llegado hasta darles  
muerte, sin más motivo que alguna extracción ó hurto hecho

por esos infelices, llevados de la necesidad. Si hay que trabajar para despojar á los infieles, que llaman salvajes, de sus malas é inveteradas costumbres, no menos empeñada lucha hay que sostener para enfrenar la crueldad y codicia de muchos inhumanos que se engalanan con el pomposo título de civilizados, y sin embargo forman por allá sus logros y ganancias sobre las ruinas de los principios más elementales del derecho natural.”

En la boca del Manacacías, el más notable río que desemboca al Meta en la ribera derecha, hay un pequeño pueblo de indios, muy bien situado para que algunos misioneros ú otros agentes pagados por el Gobierno se encargaran de catequizarlos y atraerlos á la vida civilizada. El mejor medio sería poner un almacén de sal, que podría distribuírseles en cambio de frutos, para estimularlos al trabajo. Los indios serían los mejores peones para extraer el caucho, la sarrapia y todos los productos naturales de las montañas; sabiéndolos manejar son más bien sumisos que rebeldes. Si han cometido algunos actos de barbarie, ¿cómo no disculparlos siendo bárbaros que aplican motivadas represalias? Acostumbrados á vivir de la caza y de la pesca, en montañas fértiles y ríos caudalosos, muy poco tienen que hacer para conseguir sus alimentos; de manera que su vida nómada y vagabunda los hace holgazanes y sin ningunos hábitos de trabajo. Cultivan en pequeñas sementeras ó *conucos*, la yuca amarga con que preparan el cazabe y el *mañoc*, y probablemente de la misma yuca ó de alguna palma silvestre preparan una bebida fermentada con que se eubriagan de un modo brutal. Hay algunos indios, en cada tribu, que hablan lo suficiente el español para hacerse entender de los *racionales* (1), y conservan entre ellos tradición de sus relaciones con los antiguos misioneros de Camanare. Cuando algún racional penetra hasta sus chozas ó caseríos, le presentan sus hijos y piden para ellos las aguas del bautismo. No es, pues, difícil atraerlos á la vida civilizada y aprovechar sus servicios para la ocupación y futuro desarrollo de aquellas valiosísimas comarcas. Colombia rinde pleito-homenaje á sus derechos sobre esta región, y gasta en ello sumas fuertes por la vía diplomática. Más acertado sería gastar esos dineros en la ocupación material y efectiva de los Territorios, ejerciendo actos de jurisdicción y fomentando empresas colonizado-

---

[1] Con este nombre, usado en los Llanos, designan á las gentes civilizadas.

ras ó compañías industriales que harían indiscutibles sus derechos.

No sabemos la distancia aproximada que hay entre Cabuyaro y Orocué. Apenas recordamos haber navegado tres días á veces remando con empeño, y haber pasado dos noches en las playas del río. El viajero tiene que someterse al itinerario de los bogas. En la playa húmeda, deslizante y expuesta á una inundación repentina por la creciente del río, el viajero pasa la noche según y como vaya provisto de elementos de abrigo. Para nuestra hamaca los bogas clavaban palos en la arena á la distancia conveniente; luego adoptábamos un mosquitero de mangueras á los lazos de la hamaca, y sobre la cuerda que sostiene el mosquitero, colocábamos el encauchado para favorecernos de la lluvia y del sereno. A este tren de abrigo que nos proporcionamos en Cabuyaro debimos el haber podido soportar la plaga del zancudo en toda la correría. La primera noche los bogas enterraron superficialmente los palos, y ya avanzada la noche y con un fuerte aguacero, cedieron aquéllos y nos hundimos en el arenal. A la noche siguiente reclamábamos de los bogas que nos quedásemos en una de las riberas del río; pero nos convinieron de que eran preferibles las playas de las islas, para estar menos expuestos á los ataques de los indios, del tigre y aun de las culebras.

En todo el trayecto que recorrimos del río Meta no se hace sensible ningún cambio en el desnivel de su cauce, el cual conserva un rumbo casi fijo hacia el Nordeste, con curvas muy amplias y constantes ventajas para la navegación.

Al tercer día debíamos llegar á Orocué, si había buen tiempo y no teníamos alguna demora inesperada. El día anterior nos detuvo por algunas horas otro chubasco, pues aunque este meteoro dura por lo regular poco tiempo, en los ríos las aguas se agitan tan fuertemente, que no es posible navegar en pequeñas embarcaciones sino después de que se han reposado lo suficiente. A pesar del empeño tomado para la llegada á Orocué, la noche empezaba á cubrirnos de tinieblas y los bogas divisaban á lo lejos una playa en que á su juicio debíamos pernoctar; pero bien pronto divisaron también una partida de indios que remontaba el río y que probablemente llegaba á la playa elegida.

—Hay que seguir adelante, nos dijeron los bogas, pues

los indios son peligrosos, nos han visto yá y se preparan á molestarnos esta noche. Activáronse los remos, y á poco rato oíamos la algarabía de los indios, que en lenguaje monosilábico nos saludaban ó nos amenazaban; y como avanzábamos en opuesta dirección, pronto estuvimos frente á ellos y distinguimos que llevaban en las canoas mujeres y niños. En pocos minutos los dejámos atrás y los perdimos de vista; pero siempre había el peligro de que dejaran sus mujeres y niños y viniesen á buscarnos más abajo, si no para atacarnos, á lo menos para pedirnos ó quitarnos lo que llevábamos.

V

Los bogas calculaban una distancia de tres leguas hasta Orocué, desde el sitio en que encontrámos á los indios, y por tanto podíamos llegar antes de las nueve de la noche. Efectivamente, más ó menos á esa hora nos aproximámos al puerto y empezámos á oír la voz de número que pasan los soldados en el servicio de campaña. Indudablemente Orocué estaba ocupado por una fuerza disciplinada; pero podía ser amiga ó enemiga de la causa política á que pertenecíamos; en el primer caso, íbamos á ser bien recibidos; en el segundo, podíamos correr muchos riesgos. ¿Qué hacer en tal situación? Breves momentos teníamos para deliberar, yá que era inevitable el arribo de la embarcación. Resolvimos deshacernos de todo indicio de nuestra personalidad caracterizada en uno de los dos partidos que entonces se disputaban el poder, y con nombre supuesto declarar que viajábamos huyendo de la guerra y en asuntos puramente comerciales. Cerca de la orilla respondimos á la voz del ¡quién vive! y vimos el grupo de soldados que nos aguardaban, arma en mano. Al tocar en tierra, el oficial ordenó que saltásemos afuera para ser reconocidos, y á la vez mandó á sus soldados que sacasen todo lo que dentro de la canoa iba. En seguida fuimos conducidos con nuestro compañero de viaje á presencia del Jefe de la fuerza, quien, atacado de una fiebre violenta, nos recibió acostado y de muy mal humor. Hicimos preguntas y más preguntas con descortesía vulgar, con amenazas brutales, y dio orden de que nos pusiesen en el cuartel, privados de comunicación, y de que nos registrasen de pies á cabeza. Nos despojaron de cuanto llevábamos: reloj, revólver, cartera, ropa, etc. Por

rables en pedir la adjudicación de sus tierras, y no han podido conseguirlo por ser muy defectuosa y llena de inconvenientes la legislación vigente sobre baldíos.

A tal punto ha llegado el descrédito de pedir adjudicaciones, que ya nadie quiere arriesgar su dinero y su tiempo en tales solicitudes; pero todos desean la propiedad, todos anhelan por ella y todos tienen recursos para pagar el precio de las tierras ocupadas por sus hatos. Desde luego es claro, evidente, que siendo propietarios los ocupantes, mayor sería la confianza en el trabajo, mayor el esmero en los cultivos y más fecundo el desarrollo de las industrias. Por otra parte, si se establecen facilidades para adquirir en propiedad las tierras, muchos irían halagados con la seguridad de trabajar en terreno propio, enajerable á su voluntad, y en el que no sean pérdidas ni la mata que cultivan con esmero, ni las mejoras de todo género que establezcan. En fin, todo el mundo sabe que la propiedad es el más poderoso estímulo y atractivo del trabajo.

El medio que queremos indicar para la fácil venta de los baldíos en San Martín y Casanare, es el mismo que ha empleado la República Argentina para la movilización territorial de las Pampas, y Venezuela para la venta de sus Territorios en Guayana. El Gobierno contrata la venta condicional de cierto número de leguas cuadradas, mil, por ejemplo, con un individuo ó compañía respetable, á precio fijo la legua cuadrada. Este individuo ó compañía contrata con los ocupantes, les mide las tierras y les otorga escritura de propiedad, de acuerdo con las condiciones de venta estatuidas con el Gobierno. Una de estas condiciones debe ser que tan luego como el contratista con el Gobierno pague la suma correspondiente á cada lote parcial, la venta se hará real y efectiva, irrevocable y perpetua. Así la tramitación se reduce á vender el Gobierno, por medio de agentes, esos baldíos, sin trabas y dificultades, que lleven la oferta al teatro mismo del pedido de esas tierras. Otra de las condiciones que debe establecer el Gobierno es que las mensuras sean practicadas por Ingenieros ó Agrimensores oficiales, con título legítimo de sus respectivos grados.

Se requiere desde luego una ley especial que faculte al Poder Ejecutivo para hacer las ventas indicadas, ó someter á la aprobación del Congreso los contratos que se celebren previamente. Indirectamente hemos venido insinuando estas ideas al Gobierno, sin ningún resultado hasta



las mercancías que llegan del Exterior con destino á Colombia, aunque tienen que remontar por muchas leguas el Orinoco y después el Meta, son recibidas sin ninguna dificultad y entregadas á los agentes que deben enviarlas á su destino, no obstante que en Venezuela las leyes fiscales son muy restrictivas y severas. Pero hasta ahora sólo ha otorgado permisos especiales. Concederá también la franquicia absoluta, si el Gobierno de Colombia la solicita.

En Orocué, como en Cabuyaro, las ventas por menor se hacen á precios muy altos, tanto en víveres, que son relativamente escasos, como en mercancías extranjeras. El azúcar, por ejemplo, vale á cinco reales la libra, y un pan vale un real; las zarazas y lienzo ordinarios se venden á cinco reales la yarda.

La riqueza principal de Casanare es la ganadería. Todos los años los dueños de hatos sacan sus cosechas y obtienen una renta considerable. De Casanare venían antes grandes partidas de ganado á lo interior de la República, que daban carne abundante y barata; pero desde la aparición del papel-moneda casi todo el ganado se lleva á Venezuela, donde lo pagan en oro y á buenos precios.

## VI

Vamos á indicar aquí uno de los medios que el Gobierno pudiera emplear para fomentar la riqueza en los Territorios, especialmente la que dimana de la industria pecuaria, industria bien conocida y acreditada allí, fácil, segura y al alcance de todo hombre de trabajo. Sabido es que los Territorios de San Martín y Casanare son muchos miles de leguas de terrenos baldíos, de los que apenas hay insignificantes lotes adjudicados á la apropiación individual. Cuando una persona quiere establecerse allí, ocupa la extensión que juzga suficiente para el pastoreo de sus ganados; al aumentarse éstos ensancha sus dominios, si yá desde antes no lo ha hecho de acuerdo con los dueños de otros hatos vecinos, y en pocos años, por el progresivo desarrollo del ganado, el individuo está rico. En Casanare hay hatos que ocupan varias leguas de extensión, lo que equivale á decir que tienen muchos miles de reses. Pero estos primeros ocupantes desean, como es natural, poseer en propiedad todas las tierras que trabajan. Muchos de ellos han gastado sumas conside-

## DE OROCUÉ A MAYPURES

### I

Situados en Orocué, é imposibilitados para continuar viaje por el Meta, pues el mencionado Soler podía volver á tomarnos presos, no nos quedaba otra solución que regresar á lo interior del país ó penetrar en las regiones del Vichada en busca de una salida al río Orinoco. Lo primero era repugnante á nuestro carácter; lo segundo era difícil y arriesgado. Optámos por lo último. A Orocué habíamos llegado el día 27 de Agosto por la noche, y el día 1.º de Septiembre resolvimos ir al Arrastradero, lugar situado en la ribera opuesta del río, á pocas leguas arriba de Orocué. Aquel caserío se denomina también *San Pedro de Arimena*, y debió de ser lugar escogido por los misioneros que residieron en Casanare hasta el siglo pasado. Por una irregularidad administrativa el Arrastradero está bajo la jurisdicción de las autoridades del Territorio de San Martín, aunque pertenece geográficamente al Territorio de Casanare. Ese caserío está en el teatro mismo de los indios, se hace con ellos algún comercio, y los *racionales* que allí habitan saben hablar sus dialectos.

Antes de llegar al Arrastradero remontámos durante algunas leguas el río Cravo, hasta San Pablo, hacienda valiosa de los señores Reyes. En la desembocadura del Cravo vimos los restos de un vapor echado á pique por el choque contra un tronco, á causa de haber querido su capitán forzar, sin práctico, la barra del río. Los que conocieron el vapor aseguran que era grande y que efectuó varios viajes.

El Arrastradero tiene una posición especial respecto del *divortium aquarum* del Orinoco y el Meta: apenas una legua de distancia habrá entre la ribera derecha del Meta y el curso de *caños* formados que van á ser tributarios del Orinoco por el río Vichada; así es que las embarcaciones menores son arrastradas desde el Meta á las aguas del Vichada, y viceversa, como en un verdadero istmo. Los indios sacan al Arrastradero *mañoc*, cazabe, resinas, aceites y especial-

mente *chinchorros de cumare*, algo de sarrapia; pero todo en pequeña escala, pues desconfían de los *racionales*, y aun los temen. Son muy posos los indios que se atreven á salir, pero siempre con recelo, y como no hacen ningún uso de la moneda, que les es indiferente, en los cambios salen ellos perdiendo y no tienen ningún estímulo. En aquel punto sería muy fácil hacer labor humanitaria y civilizadora con los indios.

El Corregidor del Arrastradero era un señor Gondelles, á quien llaman el *Maestro Jesús*; hombre ignorante, pero de talento poco común, ha hecho fortuna cambiando á los indios sus productos por baratijas; viaja con frecuencia á Venezuela, y era el único habitante de allí que conocía el Vichada. En esos días tenía un viaje listo para Urbana, por el Meta, y mucho se empeñó en que nos fuésemos con él; decía que él había remontado una vez el Vichada y no le habían quedado ganas de volver, pues los peligros constantes y la escasez absoluta de recursos hacían penosísimo el viaje; que era mucho mejor el Meta para ir y venir. Razón tenía el *Maestro Jesús*, y nosotros bien sabíamos que el Meta es la vía corriente, por donde se viaja con más comodidades y menos peligros; pero el Comandante Soler andaba por ella y no queríamos hacer lo de las mariposas que buscan el fuego para perecer en él.

Resueltos á seguir por el Vichada, nos ayudó con buena voluntad á preparar el viaje; nos buscó dos prácticos hasta Caquevá, una canoa, bastimentos suficientes, y nos hizo indicaciones muy adecuadas. Una india *nueva* (decía) es un auxiliar poderoso, pues son leales en la primera época de sus amores, sirven mucho y lo salvan á uno de muchos peligros. Refieren que él ha tenido más de cien indias, y con ellas otros tantos hijos, y que la fortuna lo ha seguido siempre en sus empresas. Mostrónos en la huerta de su casa unos árboles de sarrapia, todavía nuevos, y pensaba poner si quiera cien árboles para vivir de su renta. Efectivamente, cien árboles de sarrapia pueden dar al año cien quintales de fruto, que valen no menos de \$ 8,000.

La sarrapia es el fruto de un árbol del género de las *Papilionáceas leguminosas*. Se conoce en botánica con el nombre de *dipterix odorata*. Vulgarmente tiene varios nombres: *cumarú*, *cumarama* y *serapia* en el Brasil; también la llaman *haba de tonca* (*Faba tonca*). Es árbol coposo, semejante al mango, de rama abierta, hojas opuestas y lan-

ceoladas, que abunda á las orillas de los ríos tributarios del Orinoco; su flor es semejante á la de la haba, el chocho, el cachimbo, etc.; da un fruto oblongo, á las veces cónico, que se madura y cae al fin de la cosecha. La cáscara del fruto cubre una almendra rugosa, aromática, que se usa en la fabricación de varias drogas, perfumes, rapé, gotas amargas, y que mejora el gusto del tabaco.

En Casanare la están cultivando con esmero algunos hacendados, y es posible que llegue á ser artículo notable de exportación. En Venezuela tiene monopolizada la exportación de este fruto una compañía autorizada por el Gobierno. Es libre la recolección del fruto en las montañas, pero con la condición de venderlo á la compañía que lo exporta. En Ciudad Bolívar lo pagaba esta compañía á cinco reales la libra.

En el Vichada abunda la sarrapia, especialmente en la ribera izquierda y en toda la extensa región ocupada por los indios Cuivas, que está demarcada por los ríos Meta, Vichada y Orinoco, la cual hace parte del territorio en disputa con Venezuela. Los Cuivas son feroces, viven completamente aislados y sin relaciones con gente civilizada. En ocasiones invaden otros territorios, y aun han atacado las embarcaciones en el Meta y en el Orinoco. En esa región hay extensas sabanas, que divisámos en lontananza, y aun se distinguía el humo de sus pueblos y caseríos. En la correría íbamos advertidos de huir más á estos indios que á las otras tribus.

Un comerciante inteligente podría hacer buenos negocios en el Arrastradero, y acaso lograría establecer un comercio activo de sarrapia con los indios, para exportarla por el Magdalena ó por el Orinoco, como fruto colombiano.

## II

Lo teníamos ya todo listo para salir del Arrastradero el día 4 de Septiembre. Desde Orocué viajábamos con el señor Luis Macary, ciudadano francés, que ha servido como soldado de su patria en Asia, Africa y América. Residente en Bogotá por algún tiempo, nos conocía de nombre, y quiso acompañarnos á Venezuela. Pesaba también sobre él una fatal sentencia: la de andar, andar y andar, como el Judío errante, porque si se detenía en una ciudad, engordaba

extraordinariamente y se veía obligado á volver á emprender marcha para adelgazarse, como en efecto se adelgazaba en los viajes. Buen panadero y buen cocinero francés, adondequiera que llega tiene ocupación y relaciones. Aunque ha viajado mucho, le sorprendían todas las novedades de los Llanos, su magnificencia y las riquezas naturales que encierran. Hablaba con frecuencia de los caimanes, de los *tembladores* (1) y de los caribes, alimañas verdaderamente terribles en los Llanos. “Un día—nos refirió—vimos destrozarse en pocos segundos un caballo por los caribes. Metieron el caballo á un *caño* para darle de beber y lavarlo; en los ijares tenía algunas rasgaduras sanguinolentas causadas por las espuelas del jinete. Tan luego como el agua cubrió los costillares del caballo, dio saltos y corvetas y salió materialmente comido de ambos lados y con los intestinos fuera, de lo cual murió á poco rato.”

Estos caribes son peces pequeños que muerden y cortan como con dos cuchillas de navaja afilada el pedazo que cogen, y como andan siempre en partidas, acude cada cual á morder donde se vierte sangre. Es un pez temible y voraz que abunda en los ríos de Oriente, así como el temblador ó pez eléctrico, especie de batería viviente que descarga á su voluntad una corriente poderosa al ponerse en contacto con un cuerpo conductor; derriba hasta un buey, un caballo, con su descarga. El temblador ataca, y cuando toca un animal en el agua, es casi seguro que lo hace perecer ahogado.

Los caimanes tenían al señor Macary alarmado, pues le llamaba la atención que fuesen más feroces que en otras partes. Un hecho reciente, ocurrido cerca de Orocué, lo preocupaba mucho. El señor N. N. llegó á un *caño* que tenía que atravesar en uno de los botes de cuero que allí usan (especie de zurrón redondo, medio fruncido, que alcanza á flotar con el peso de un hombre sentado adentro) el cual halan por una cuerda y da paso al viajero. Para tirar la cuerda, el señor N. N. ordenó al peón que llevaba consigo, un llanero, que pasase á nado el *caño*; el llanero se arrojó al agua, y un caimán sobreaguado le salió al encuentro; intentó aquél regresar á la orilla, mas el caimán, veloz y hambriento, le embestía con furor, y habiéndole cogido una pierna trataba de hundirlo; pero el llanero

---

(1) Es la trinielga ó torpedo, llamado también pez eléctrico,

luchaba, y ayudado por el patrón que halaba fuertemente la cuerda que el otro iba á conducir, logró llegar á la orilla, y allí, á palos y cuchilladas, obligaron al feroz caimán á largar la presa.

Al despedirnos del Arrastradero, y para dejar en el ánimo del lector impresiones vivas del grandioso espectáculo de los Llanos, de su magnificencia y de la grande importancia que tiene ante la consideración del patriotismo, insertamos en seguida algunos párrafos del interesante informe que en 1870 presentó á la Cámara de Representantes el distinguido abogado de la República, Doctor Emiliano Restrepo, en el cual, con pinceladas maestras, completa el cuadro de nuestras pálidas descripciones y aviva el interés que se merece la más bella, más rica y *más olvidada* región del país.

### III

“En el mes de Diciembre del año próximo pasado hizo el infrascrito un viaje á Villavicencio y sus contornos. Se esmeró en conocer á fondo la primorosa región que forma la parte oriental de la República, y trajo de allí la convicción de que la Nación ha tenido á sus puertas, sin sospecharlo quizá, una comarca de fácil civilización, de fertilidad bíblica, superior en condiciones de todo género al rico valle del Nilo, al no menos espléndido del Danubio, y tan extensa, que será capaz de contener, de alimentar y de enriquecer toda la población de la América del Sur.

“En efecto: figurémonos una comarca de 100 leguas de ancho, de 250 leguas de largo, con una temperatura media de veintiocho grados del termómetro centígrado, con una ligera inclinación de uno por ciento, cruzada por millares de ríos y de *caños*, la mayor parte de ellos navegables por medio del vapor, constituyendo la más privilegiada red hidrográfica, y formando toda en su conjunto una extensísima llanura, donde se alternan caprichosamente anchas zonas de bosque con grandes praderías de ricos pastos naturales, capaces de contener y alimentar por centenares de miles, por miríadas, rebaños de ganado lanar, vacuno y caballar: pampas sin fin, donde el sol, como en el mar, sale al nivel de los ojos del observador, y donde una naturaleza generosa acumuló, con loca prodigalidad, todas las riquezas tropicales de los reinos animal y vegetal.

“Esas selvas seculares, que se levantan sobre las más ricas capas de humus, cuya fertilidad no agotarían ni los siglos, ni el más perseverante trabajo humano, están pobladas de riquezas que se escapan á los cálculos más fríos del espíritu, y que sobrepujan

á las creaciones fantásticas de las delirantes imaginaciones. Allí crecen, hasta tomar proporciones colosales, el cedro caobo, el laurel, el diomate, el oloroso, el granadillo, el brasil y el guayacán de variadas clases. Bajo esos tupidos ramajes abunda la ipecacuana, y la zarzaparrilla escala, en multiplicadas espirales, las más elevadas copas de los árboles. Allí abundan el cumare, cuya fibra formaría un rico artículo de exportación, el árbol de la copaiba, multiplicadas resinas, el árbol del caucho, y una variedad inmensa de palmeras, muchas de ellas que dan la más dura macana, y entre todas el gigantesco cornecto, que se eleva á una altura de 28 metros, y cuyo tronco, recto como una flecha, no tendría rival para las construcciones.

.....

“ La cordillera que limita por el Occidente tan magnífica región descansa, en su base más avanzada, sobre un banco de sal gema, de excepcional pureza, de tal manera abundante, que millones de consumidores en decenas de siglos no llegarán á agotarlo.

“ Ese banco es conocido en Cumaral y en Upín, y es de tan sencilla y tan poco costosa explotación, que un millar de arrobas de *ajua* de primera calidad se obtiene con un gasto de dos ó de tres pesos.

“ Proverbial es la rápida reproducción de los ganados en aquella comarca, los cuales se multiplican, como en otros tiempos los descendientes de Abraham, de Isaac y de Jacob, como las arenas del mar ó como las estrellas del cielo. Conocidas son también las magníficas calidades del ganado vacuno de aquella región.

“ Así pues, la industria pecuaria, la agricultura de las tierras calientes y la exportación de maderas de ebanistería y de multiplicados y valiosos productos naturales, adquirirían en aquella comarca, una vez colonizada, una importancia de primer orden, dando ocasión á la formación de capitales como hasta ahora no los ha habido en el país.

“ Allí esperan la voz de la civilización y del cristianismo, para entrar en la vida civil, las numerosas tribus de aborígenes, dóciles por carácter, que demoran en la extensa región que media entre el Humadéa y el Orinoco, á lo largo del Vichada y del Guaviare.

“ Allí una gran mesa de riqueza latente se ofrece al trabajo para remunerarlo con usura, aguardando sólo que el hacha del colono pueble con sus ecos la inmensidad de las selvas, para entrar en la circulación universal.

“ El día en que una gran parte del grupo de población que vegeta hoy en la miseria, en la desnudez y el embrutecimiento sobre las crestas y en las altas mesetas de los Andes, descienda á aquellas portentosas llanuras, guiada por hombres emprendedores

y secundada por los capitales que aquí viven del agio y de la usura, agotándolo todo, para regenerarse por medio del trabajo, para elevarse por medio de la industria, para hacerse verdaderamente poderosa y grande, haciéndose rica. —eso día será un bello día para el país, porque será el primero de una nueva y fecunda era, semejante á aquella que viene formando la marcha triunfal de la Unión Americana en el camino del progreso.

“ El cuadro que he venido desarrollando no está exagerado ni con un solo golpe de pincel. Por el contrario, es muy inferior á la realidad de los hechos: y eso porque mi espíritu no alcanza á abarcar los limitados horizontes que guarda el porvenir, y un porvenir no muy remoto, para aquellas regiones, cuando haya echado raíces en ellas la generosa y fecunda civilización industrial del siglo xix.

“ Tengo convicción de que el inmenso y fertilísimo valle del Mississippi es inferior, bajo todos aspectos, á nuestras llanuras orientales. El sistema hidrográfico de ésta no cede en nada al de aquella feliz comarca. Las riquezas naturales de nuestros Llanos son cien veces superiores á las de la bella región cantada por Chateaubriand, y en cuanto á fertilidad, ni el Egipto, en sus más felices años de inundación, las sobrepujaría. Pues bien: la Unión Americana, pobre aún en capitales, con una población muy poco superior á la nuestra, y cuando apenas principiaba á restablecer las fuerzas que le agotó la larga guerra de su independencia, compró á la Francia, por ochenta millones de francos, ese valle del Mississippi, para convertirlo luego en el asiento de esos numerosos Estados llamados del Sur y del Oeste, que han surgido allí como por encanto, en poco más de setenta años, y que han hecho del pueblo Americano el primer pueblo del mundo, y entre tanto, ¿qué hacemos nosotros con nuestras privilegiadas regiones orientales, con esa región paradisíaca que, como regio patrimonio, nos dio la Providencia? Vegetar en la miseria, á sus puertas, viviendo entre montañas que nos aprisionan y que aprisionarán el progreso. Mantenerlas convertidas en la mansión de los jaguares, ó dejar que sus inmensos contornos sean recorridos por tribus nómades, á las cuales ni de lejos señalamos el camino de la civilización. Algo más que eso hacemos. Miramos con estúpida indiferencia la progresiva invasión que de esa comarca hacen nuestros vecinos del Brasil, y toleramos en silencio el crecimiento y la difusión de aquel pueblo sobre nuestro territorio, preparando así, con nuestro abandono y con nuestra criminal indolencia, la pérdida definitiva de nuestras importantes fronteras orientales, y consintiendo en que, de hecho, se nos excluya de las aguas del Orinoco, del caño del Casiquari, del Rionegro, del Amazonas y de sus numerosos afluentes. Estamos abandonando la herencia de nuestros hijos, su patrimonio en el porvenir; y, más desdichosos que Esaú, no pedimos en cambio ni siquiera un plato de lentejas.



“ Pero eso no puede, no debe continuar siendo lo que es. Es preciso que salgamos de nuestra apatía y que velemos, no tanto por nuestras actuales comodidades como hombres, como por nuestros destinos como pueblo. Es preciso que llamemos á la vida de la civilización y de la industria la comarca donde más tarde ha de estar el asiento del gran pueblo colombiano. Es preciso que aclimatemos una numerosa población en nuestras llanuras orientales, fijándola allí por medio de la propiedad territorial y vinculándola al suelo por medio del trabajo regiamente remunerado, para hacer de ella un antamural contra las incesantes invasiones del Brasil; para que grite la voz de ¡atrás! á esos tenebrosos usurpadores, que avanzan sobre nuestro territorio protegidos por la inmensidad de los desiertos que de ellos nos separan.

“ Es preciso que nos apoderemos, por medio de los misioneros, de las numerosas tribus que pueblan lo más avanzado hacia el Oriente de nuestros Llanos, para incorporarlas en nuestra nacionalidad y servirnos de su valor en la defensa de nuestro territorio.

“ Es preciso que hagamos desaparecer el desierto que nos separa de la Guayana, creando allí un pueblo que más tarde pueda gritar con autorizada voz, con la voz del poderoso, á nuestros inquietos vecinos de Venezuela, algo parecido, pero en otro orden de ideas, á lo que los sectarios de Mahoma gritaban á los pueblos que invadían: ‘paso, civilización, ó muerte.’

“ Si, el gran porvenir de la República está en nuestras regiones orientales. Allí se levantará, en el transcurso de los tiempos, un pueblo semejante al que en poco más de medio siglo ha conquistado para la industria, para la civilización, para el establecimiento de la raza humana, el inmenso valle del Mississippi. Día vendrá en el que nuestros descendientes, habitando esas regiones cruzadas por ferrocarriles, pobladas de ciudades florecientes y ricas en producciones de todo género, que lanzará sobre los mercados del mundo la más febricitante actividad, se admiren de que nosotros, sus padres, sus antepasados, hayamos vegetado en la miseria por más de tres siglos á las puertas de una comarca en nada inferior á las más ricas y poéticas regiones del Yemen.

“ Una sonrisa de compasión, tal vez de desprecio, asomará á los labios de nuestros hijos cuando comparen su suerte con la nuestra; como la sonrisa de desdén que el hijo de Inglaterra del siglo XIX pasea por sus labios cuando compara su suerte y la grandeza de su país con la suerte de los *pictos* y la pequeñez de la *Britania* en los tiempos de éstos.”

IV

El día 4 de Septiembre, por la mañana, salimos del Arrastradero á tomar la barqueta en el *caño* Caracaraté, el cual, en esa época del año, tenía agua suficiente para bajarse por él hasta el río Muco, tributario del Vichada. La corta distancia de una legua entre aquellos dos puntos se recorre por una sabana limpia, circundada de morichales, que hacen un paisaje vistoso y alegre. Dudoso es por allí el curso de las aguas, pues unas bajan al Meta y otras van al Vichada, y no parece difícil que haya *caños* que se comuniquen ó puedan comunicarse á cortas distancias por canales de derivación. Como á las nueve de la mañana nos embarcámos; á poco trecho el *caño* se convirtió en pintorescas lagunas, abundantes en aves corpulentas unas, ágiles y veloces otras, y todas con variados plumajes y cantos agrestes embelesadores. A los disparos de las escopetas, nuevas bandadas se levantaban en los contornos, y ruidos como misteriosos repercutían en las selvas inundadas. En algunos puntos era difícil romper el tupido follaje de las plantas acuáticas, amorosamente entrelazadas, y en otros los juncuales silbaban al roce de la canoa, deslizada suavemente al empuje de las palancas. De repente aparecía el cabrilleo del agua en movimiento, cuyo curso, variable y caprichoso, nos servía de guía. A veces penetraba en selvas seculares, de árboles corpulentos, en donde más de una vez perturbámos el reposo ó la marcha de las dantas ó tapires y de varios otros cuadrúpedos; á las veces el agua reposada hacía perder el rumbo á los prácticos y llegábamos á praderías inundadas, en las cuales se orientaban para seguir la ruta. El fulgor de los rayos solares daba á aquel laberinto vegetal un encanto indescriptible; el agua con sus reflejos multiplicaba la luz y la descomponía en tintes de variados colores. Aunque los zarzales y la cortadera incomodaban en algunos parajes, no menos que los bejucos y las telas de araña con que tropezábamos, el espléndido día nos llenaba de gozo y nos presagiaba tiempo bonancible en el peligroso viaje. Tarde ya los rayos oblicuos del sol doraban las imágenes lucientes que el espejo de las aguas reflejaba, y en sus variados cambios parecían fantásticas figuras. El éxtasis había embargado

nuestros sentidos en aquellas soledades vertiginosas, cuando los prácticos nos advirtieron que habíamos llegado al término de la primera jornada. La canoa llegó, efectivamente, á un ribazo del río Muco, en la desembocadura del *caño* Caracarate, y allí debíamos quedarnos en un rancho de vara en tierra, abandonado, que los prácticos nos mostraban en la ribera. No había tiempo que perder. La luz del día iba á terminar, y el rancho necesitaba exploración, pues las culebras, las arañas, los sapos y otros reptiles podían tener en él residencia. Una hoguera permanentemente durante la noche era también obligada precaución, pues las fieras respetan el fuego en medio de las tinieblas. En poco rato el rancho quedó por nuestra cuenta, después de matar algunos bichos, entre ellos una araña del tamaño de un pollo y que relucía con un color de terciopelo carmesí. Instalamos nuestras hamacas, comimos el flambre que iba preparado, y con una espléndida hoguera que defendía la puerta del rancho, nos entregamos "á los brazos de Morfeo."

Juzgamos que de aquel punto al Arrastradero no hay más de seis leguas por el camino que tienen los indios por tierra (1).

Al amanecer del siguiente día continuamos viaje por el río Muco, andando algo más de cuatro millas por hora con la sola velocidad de las aguas. El cauce de este río es muy semejante en dimensiones al del río Bogotá en el centro de la sabana, pero sus aguas son claras y sus riberas bordadas de árboles de tupido follaje. Llamónos mucho la atención el número considerable de *macaurelas*, culebras venenosísimas que se posan enrolladas en los nudos de ramas de los árboles; son de color plumizo y muy dormilonas. Uno de los prácticos decía que para subir el río había que traer varas largas con horquetas para echarlas al agua, muertas ó vivas. A uno y otro lado del río, extensas llanuras se dilatan y forman ondulantes campos de verdura, con largas fajas de morichales que parecen vallas ó divisiones de grandes potreros de pastos naturales.

---

(1) En lo sucesivo, las distancias que indiquemos se refieren al curso de los ríos, muy tortuosos en aquellas tierras planas en todas direcciones. Lugares habrá que tengan poca distancia en línea recta por tierra, pues varias veces vimos que el sol estaba de frente por la tarde, en frente de estar atrás, puesto que viajábamos al Oriente; debido esto á curvas muy ceñidas de los ríos.

Habríamos andado seis leguas cuando empezamos á encontrar algunos *corucos* de indios, ó pequeñas sementeras de maíz, yuca y plátano. Cinco leguas más abajo los prácticos determinaron llegar á unos ranchos de indios Sálivas, á quienes aquéllos conocían. Tomando las debidas precauciones, salimos á tierra, caminamos un trecho corto y llegamos efectivamente á los ranchos. Una india, casi desnuda, estaba tendida en un chinchorro con un niño de pechos, y al vernos se llenó de terror pánico, y salió corriendo y dando gritos alarmantes. En vano los prácticos se empeñaron en llamarla para hacerse reconocer. Este incidente nos hizo temer algún infundado desagravio de los indios; pero mientras deliberábamos aparecieron al borde del bosque, y un poco abajo, dos, sin mostrar afán ni despecho. Al llamarlos, se adelantó uno y mostró más bien cariño que desagradó. Entendía algo el español y hablaba su dialecto con los prácticos, quienes le ofrecieron sal en cambio de frutos. Aceptó y se fue á traernos algunos plátanos y *ayuyamas*.

El *Maestro Jesús* nos había aconsejado que llevásemos dos arrobas de sal para cambiarla por los frutos de los indios. Esta indicación fue tan conveniente, que á ella debimos nuestra salvación en aquel viaje tan peligroso. Los indios se desviven por la sal. ¿Y cuál es el animal de los vertebrados, que no la necesite? La sal es probablemente el gran regenerador de las especies, y por esto abunda en todos los continentes y los mares. Todos los cuadrúpedos, los peces, hasta las aves buscan las tierras salitrosas para alimentarse. El hombre no puede acostumbrarse á vivir sin esta base esencial á sus transformaciones orgánicas; así es que los indios, privados de este elemento de vida, hacen, por conseguirla, excursiones y ataques atrevidos, ó salen á cambiarla por sus frutos.

Las abundantes minas de sal que el Gobierno tiene en los Territorios le dan, pues, el medio más eficaz, fácil y barato de atraer á los indios, civilizarlos y ponerlos al servicio de las comarcas orientales; ora para defenderlas de las usurpaciones del Brasil; ora para ejercer actos de jurisdicción y de dominio; ora para enriquecer al país fomentando allí industrias que darían provechos maravillosos.

Acaso nuestra insistencia en estas indicaciones parezca impertinencia, porque el país no ha fijado su

atención en lo que valen sus derechos sobre aquellas comarcas, ó porque el período biológico que recorre lo fuerza á meditar y atender más otra clase de intereses; pero ¿por qué el lector ha de negarnos su indulgencia en un asunto de interés patriótico, que ha sido el propósito esencial de esta narración de viaje?

En aquellos ranchos de miserable aspecto no había nada que indicase una residencia definitivamente establecida. Había, sin embargo, pocas gallinas, unas matas de tabaco, vasijas de loza vidriada con dibujos y un chinchorro en cada rancho. Ni un árbol frutal, ni una sola mata de flores vimos cultivada entre los indios.

Después de media hora de espera llegaron los indios con sus mujeres y dos niñas como de tres á cinco años; pidieron el bautismo para las pequeñuelas, y las bautizamos con mucho gusto. A tiempo de ir á embarcarnos nos reclamaron algo que no comprendíamos, y los prácticos nos advirtieron que había que regalar alguna cosa á las recién bautizadas, pues los indios tienen la costumbre de hacer bautizar sus hijos cuantas veces los sacan adonde hay *racionales* para obtener un regalo después de esa ceremonia. Les dimos dos pañuelos y quedaron contentísimos.

Los prácticos querían llegar ese día á Chavilonia, distante aún once leguas del lugar en que estábamos. Remando con empeño llegamos á aquel punto como á las siete de la noche.

## V

Encontrámos en el río algunos indios que navegaban en barquetas, y, aunque en sitios apartados, alcanzamos á divisar también muchas casuchas y conucos. Los indios saludan con la voz *yacó*, y la respuesta es *ge*; hablan poco, y sus palabras son generalmente sonoras; andan siempre armados de flechas, y en su aspecto meditabundo revelan tristeza y sufrimiento. Son, en verdad, muy desgraciados. Sin abrigo, soportando voraces plagas, ni de día ni de noche tienen alivio. Las picaduras de los zancudos, tábanos, mosquitos, jejenes, etc., les forman una especie de costra callosa en la piel. Hombres y mujeres apenas se cubren un poco abajo de la cintura con pieles, plumas y corteza de árboles especiales. En las márgenes

del Vichada algunos indios jóvenes y arrogantes se cubren con tela del pelo de sus amadas, bien tejida y adaptada por un cordón del mismo pelo, en forma de paupanilla.

En Chavilonia encontramos ganado, dos casas pajizas embarradas y algunas herramientas de agricultura; dos de las familias indígenas residentes allí están medio civilizadas, y sirven á los demás indios para llevar sus productos á Orocué y al Arrastradero.

Cuando llegámos á Chavilonia el ganado bramaba mucho, y preguntámos cuál era la causa. Dijéronnos que por la plaga y por estar reunido en un corral estrecho, cerca de las casas, para evitar los ataques nocturnos del tigre y de otras tribus de indios. Nuestro arribo no causó sorpresa á los indios, antes bien nos recibieron con muestras de simpatía. Dejaron libre una parte de la casa para que colgáramos las hamacas, y nos ofrecieron cazabe de maíz, plátanos y carne de un animal de monte que tenían colgada en una vara sobre el fogón.

Había una india atacada de fiebres en un rincón de la casa, y le suministraban pociones de yerbas medicinales. Los indios tienen sus curanderos ó médicos, quienes gozan de gran prestigio, y saben todos los secretos y propiedades de las plantas medicinales que emplean; pero no pudimos averiguar si conservan aún la ley de matar á los médicos cuando no sanan al enfermo, como lo acostumbraban sus antepasados, según lo refiere el Padre Fray Pedro Simón en el siguiente pasaje de su interesante obra titulada *Noticias Históricas de las Conquistas de Tierra firme*:

“Usaban de médicos para sus enfermedades, á quienes llamaban Piaches, que es lo mismo que en otras partes Mohanes, y en éstas del Reino, Jeques; el médico había de dar sano al enfermo que tomaba entre manos, á quien le pagaban muy bien su trabajo; pero si el enfermo moría, pagaba el médico con la vida; costumbre que si hoy se usara entre nosotros, pienso no hubiera tantos que se atrevieran á serlo, en especial en estas tierras de las Indias, donde por haber pocos que lo sean con fundamento, sin tener ninguno, no hay pueblo que no esté lleuo de ellos, tomando á porfía el matar más el que más puede y menos sabe.”

Lo cierto es que curan con vegetales toda clase de dolencias, especialmente las picaduras y mordeduras de animales venenosos.

De Chavilonia á Chaquev, en la desembocadura del Muco, en el Vichada, hay algoms de cincuenta leguas por el curso de aquel río, y directamente habrá apenas veinte leguas de distancia. Nosotros empleamos tres días en todo este trayecto. En el primero bajmos  Manoriva, pueblecito de indios piapocos, de buena índole y más laboriosos que los otros. Al siguiente día llegámos  Curaro 6 Carin, y nos detuvimos algunas horas en Caarito, donde logramos matar un venado de piel casi blanca. Lo divisamos sobre una de las muchas prominencias que tiene por all el terreno, y aguard a que llegara uno de los prácticos  tiro de escopeta para matarlo. El señor Macary ponder muchísimo la carne de este animal, por cierto muy delicada y sabrosa, y con su buen gusto francés preparó un *cocido* y un *asado  la gauloise*. No todo había de ser rigor en medio de aquellas tierras tan fecundas como aterradoras. La animalidad se siente all en constante agitación en todos los elementos: en el agua, en el aire, en la tierra, en las selvas se devoran los animales unos  otros, y aun el hombre tiene all, para baldn de sus instintos bestiales, indios antropófagos que con ferocidad acechan y se comen  sus semejantes. La lucha por la vida se desenvuelve con toda su instintiva realidad. Situado uno en medio de aquel horrible escenario, no sabe qué resolver: si regresa, malo; si continúa, peor. Ibamos  llegar  Chaquev, último sitio de los conocidos y relacionados con el vecindario de Orocué; pero de all en adelante qu nos aguardaba en la obligada ruta del Vichada?  El abismo de lo desconocido!  La inmensidad del desierto con todos sus terribles encantos! No nos pesa, sin embargo, habernos arriesgado, sin recursos, en aquel viaje tan lleno de peligros, y aun volveríamos  hacer la travesía llevando suficientes recursos y un número de compañeros capaz de penetrar sin peligro en todas las poblaciones de los indios.

Serían como las cuatro de la tarde cuando llegámos  Chaquev, el día 9 de Septiembre. A poca distancia arriba de la desembocadura del Muco, la canoa desvi por un *caño* de la ribera derecha, y después de atravesar un manglar arrimmos  una barranca arcillosa, ó sea al puerto, donde había algunas balsas y barquetas. El sitio de las casas que ibamos á buscar dista como un kilómetro de ese puerto; pequeñas lomas rodeadas de pantanos forman la parte alta, en donde ha existido el pueblo  caserío de Chaquev.

Como no llevábamos otro equipaje que un poco de sal y comestibles, los dos prácticos pudieron cargar con todo en un solo viaje y dejar amarrada en el puerto la canoa.

## VI

El aspecto de Chaquev es triste y melancólico. Bosques y pantanos rodean aquellas lomas bajas y solitarias. Ruinas de casas diseminadas indican que han existido all bastantes pobladores; pero la rudeza del clima, por una parte, y por otra las facilidades que para comerciar con los indios presenta el río Guaviare, distante de aquel punto apenas cuatro ó tres jornadas—según informes—así como las facilidades que tienen aquellos de viajar por tierra al Arrastradero, han hecho decaer el comercio de Chaquev, muy halagador, no obstante, para los valerosos pobladores que en él residen. Efectivamente, los productos de los numerosos indios que rodean a Chaquev son los más afamados, ya sean artefactos, como chinchorros, barquetas, esteras, etc.,  productos alimenticios, como cazabe y *maoc*, de reconocida superior calidad. Los indios lo cambian todo por sal y por baratijas, y sus productos se venden a muy buenos precios fuera de all, dejando a los negociantes crecidas ganancias. Nuestros dos prácticos iban halagados con la que se prometían al regresar llevando cazabe y *maoc*. Bien lo merecían aquellos hombres abnegados y resueltos.

Dos únicos pobladores conocidos había en Chaquev, llamados Salustiano Cabeza y Domingo López, ambos padres de familia, hombres robustos y fuertes para el trabajo. Nos alojamos en casa del primero, quien nos refirió que en tres años había matado cerca de la casa 47 cascabeles, bien desarrolladas. López vivía a alguna distancia, en la margen misma del río Vichada, y entrambos se apoyaban en sus empresas agrícolas, en las cuales, decían, las cosechas eran muy abundantes. Al contemplar el herosimo de esos hombres, los admiramos y aplaudimos. Hoy, después de cuatro años, los admiramos más y les deseamos todo el bienestar que se merece el humano esfuerzo en el campo heroico del trabajo.

Había otro poblador situado del otro lado del río Vichada, casi frente a Chaquev; se llamaba Cayetano Do-



mínguez, también hombre muy laborioso; pero dos días antes de nuestra llegada había sido villamente asesinado por un negro llamado Dámaso Colnieles, que había llegado allí por la vía del Guaviare en calidad de comisario enviado por autoridades venezolanas. Este bandido sedujo á la mujer de Domínguez, una india, y mató á éste alevosamente, dándole por la espalda unas cuantas puñaladas. En seguida recogió cuanto en la casa había y se fue con la india por el Vichada arriba, quién sabe para dónde. La sangre estaba aún fresca en el patio y en el cercado, pues el infeliz trató de huir y quedó ahogado en ella. Cabeza y López estaban muy consternados, lo mismo que los indios vecinos, varios de los cuales habían seguido en persecución del asesino, con resolución de flecharlo donde lo encontrasen.

Hasta Chaquevá el dominio de Colombia es palpable, y así lo reconocen los indios y las gentes que pueblan y recorren esos sitios. ¿Por qué manda el Gobierno venezolano comisarios á ese lugar? ¿Y si esto sucede por el Vichada, qué no sucederá por el Guaviare arriba? El *uti possidetis* que, respecto de límites por esas regiones, está bajo el arbitraje de España, es el que se refiere á la línea del Casiquiare al Rionegro, el Orinoco hasta la boca del Meta; pero de ningún modo es dudoso el dominio hasta Chaquevá y aun en todo el curso del Guaviare; así lo sostiene Colombia con legítimos títulos que están sometidos al arbitramento del Gobierno español. Prejuzgar el dominio es usurpar, y la usurpación puede ser una falta de los gobernantes, más que el sentimiento de un pueblo hermano y amigo.

Esto hará comprender la urgencia que hay de que el Gobierno colombiano atienda de algún modo á aquellas comarcas, pues los deberes de una nación son más severos y urgentes cuando se trata de impedir la usurpación de su territorio.

Hasta cierto punto el Brasil y Venezuela tienen razón en venir probando dominio en territorios que Colombia mantiene abandonados. Entre esos dos países se ha establecido desde 1859 una Convención de límites fijos y permanentes, en cuya demarcación se han respetado poco los títulos de Colombia sobre la región del Amazonas hasta el Orinoco, y no sabemos que nuestro Gobierno haya protestado ni hecho sentir de modo alguno la acción de sus derechos en esa parte, al firmarse y ratificarse aquella Convención, hoy un tratado definitivo sobre límites.

Pero se dirá: ¿qué medios tiene Colombia de impedir las usurpaciones y ejercer actos de soberanía en esas regiones? Si los tiene, y con mejores elementos que sus vecinos. Venezuela, por ejemplo, ha cedido por cierto número de años á una Compañía francesa la explotación de los productos naturales que contienen los Territorios del Alto Orinoco. Esa Compañía ha hecho gastos de consideración en exploraciones y en el establecimiento de colonias agrícolas; ha puesto en servicio de sus intereses lanchas de vapor que recorren el Orinoco y varios afluentes, entre éstos el Vichada y el Guaviare, y aun se prometía poner líneas férreas en los cortos trayectos de los saltos de Maipures y Atures. Conocimos en Trinidad al Agente principal de esa Compañía, el señor Leford, quien nos dijo que desde el primer año habían exportado caucho por valor de \$ 50,000 en oro, producto que tenía muy satisfecha á la Compañía. Esta hará sus excursiones *ad libitum* en todas aquellas regiones, parte de las cuales serán territorio colombiano, cuyos productos irán ensanchando el dominio venezolano.

Colombia puede hacer lo mismo, abriendo un concurso entre nacionales y extranjeros, ó autorizar á sus agentes diplomáticos y consulares para explicar el negocio y presentar facilidades á los capitales extranjeros que buscan esa clase de especulaciones. El negocio es más halagador en Colombia que en Venezuela, por varias razones: el caucho abunda más; el *chiquichique*, la lana vegetal, las resinas, aceites, maderas y todos los productos de esas regiones tienen un campo más extenso y sus montañas y bosques están vírgenes; tiene ríos igualmente navegables en todas direcciones, y principalmente bancos inagotables de sal gema, que pueden explotarse en grande escala y darse al consumo en Venezuela y aun en el Brasil. Si á esto se agrega la rica región de los pastos, el carbón mineral, el petróleo y los otros ricos minerales de la Cordillera, el negocio sobrepuja toda comparación y despierta fundadas esperanzas. Lo que falta es, pues, estudio, actividad y empeño para dar vida industrial y progreso á las regiones orientales. A tal punto ha llegado el descuido de nuestros gobiernos en esta interesante cuestión, que el de Venezuela ha alegado el abandono absoluto como un título por nosotros mismos presentado á su favor.

Chaquevá es un puesto avanzado y de la mayor importancia para todo proyecto de colonización y explotación.

Con vías fáciles por los ríos Muco, Vichada y Guaviare, puede decirse que está en la parte central ocupada por los indios. Algunos misioneros y otros agentes del Gobierno, ó unos contratistas que pusieran allí almacenes de sal y de otras mercancías, podrían, con inteligencia y actividad, derivar grandes utilidades. Poco harían los misioneros como simples propagadores de la fe, pero asociados de agentes emprendedores, y con los elementos indicados, harían fecunda labor y un gran servicio nacional.

## VII

En Chaquevá, el río Vichada tiene un caudal de aguas tan considerable como el del Meta en Cabuyaro, ó como el alto Magdalena en Purificación, lo cual se hace inexplicable aceptando el curso del río formado en la parte plana de los Llanos, al Sur del Meta, que es como lo marca la carta corográfica de la República. En esa región, relativamente estrecha entre los ríos Meta y Guaviare, no hay montañas altas, ni puede haber vertientes abundantes. Es casi probable que el Vichada sea alguno de los ríos que, bajando desde la Cordillera Oriental; se tenga como tributario de aquéllos, ó puede estar formado por aguas derivadas del Guaviare. En Chaquevá fuimos informados de que existen *cachos* que permiten pasar embarcaciones del uno al otro de estos ríos, y aun nos aconsejaban que preferiéramos la vía del Guaviare. El supuesto error en la demarcación del curso del Vichada no tiene nada de extraño en aquellas regiones en que, hoy mismo, sería imposible escapar en absoluto á los errores en parciales detalles. El ilustre Codazzi no sería responsable, aunque tales errores existiesen. Hace pocos meses, por ejemplo, tuvimos ocasión de leer un informe presentado al Gobierno por el General Rafael Ortiz, relativo á una comisión militar desempeñada por él en el territorio de Casanare, en el cual indica que notó varias inexactitudes en el mapa de la República, edición oficial de 1864, respecto de una parte del curso de los ríos Sarare, Apure, Arauca, Lipa, Ele y algunos otros.

Las aguas del Vichada corren con una velocidad algo menor que las del Meta, de dos á tres millas por hora. Para nuestro viaje necesitábamos bogas, y especialmente un práctico. Con muchos empeños lográmos contratar un

indio, quien nos exigió en pago ropas para vestirse. Convini- mos en ello, ofreciéndole dos vestidos al llegar al Alto Orinoco. También lográmos que uno de los dos prácticos que habíamos llevado del Arrastradero nos acompañase hasta Curicagua, distante unas doce leguas de Chaquevé. Vencidos estos inconvenientes, pudimos continuar viaje el día 10, á las 3 p. m. Dormimos cerca de Masagtero, y al día siguiente pasámos por Putare y Garratoné, todos pueblos de indios goahibos, y llegámos á Curicagua á las 4 p. m. Esa primera noche tuvimos grandes zozobras, porque el práctico, fuera ó nó meticoloso, temía algún ata- que de los indios, fundándose en que el indio que llevába- mos podía estar de acuerdo con sus compañeros para asaltarnos, puesto que se había alejado á dormir como una cuadra del punto en que estábamos. Vigilámos al indio, turnándonos como centinelas de vista, mientras que él dormía á pierna suelta en su chinchorro. Después tuvimos ocasión de observar que los indios para dormir al escam- pado buscan lugares apartados, á los cuales llegan con es- merada precaución, sin quebrar ramas ni hacer el más pe- queño ruido, á fin de evitarse el sufrimiento de las plagas que, al ver luz ó sentir ruido, acuden de todas partes.

Muy cerca de Putare nos detuvimos á almorzar en un lugar limpio á la orilla del río; precaución que tomábamos siempre para ver de lejos á los indios si acudían por el humo del fuego que prendíamos. Cuando yá íbamos á al- morzar llegaron algunos indios haciendo demostraciones de alegría, y entre éstos, dos indias hermosas que inmedia- tamente entablaron conversación con el práctico. Este nos dijo que las indias querían que fuésemos al pueblo cercano, y efectivamente se mostraban muy cariñosas. No supimos en qué quedó el práctico con ellas, pues en esos momentos llegaban más indios como brotados de la tierra, y nuestro temor iba creciendo de punto. Todos pedían de lo que lle- vábamos, alargando la mano como niños; querían entrar en la canoa para ver lo que iba dentro del rancho, y hubo que impedirlo escopeta en mano. Casi todo el almuerzo se lo comieron, recibiendo pedacitos de carne que subdividían entre los suyos, y que lamían y gustaban como un manjar exquisito; á otros les dábamos pedazos de sal, la cual lamían y gustaban con igual satisfacción; todos querían que fué- semos á su pueblo ó que nos aguardásemos para ir y traer- nos resinas, aceites, chinchorros, etc., en cambio de sal;

pero nosotros lo que deseábamos era desembarazarnos de ellos, antes de que llegase mayor número, y sólo á tres les cambiámos sus flechas y un poco de caraña que otro tenía á mano, por una cantidad de sal que en las cuatro porciones equivaldría á dos libras. Al separarnos de aquel sitio, no sin hacer algunos esfuerzos, habian acudido unos ochenta indios entre hombres, mujeres y niños, quienes gritaban ó chillaban como una plara de marranos alborotados, haciendo gesticulaciones como monos y piruetas como cabras. La lentitud de las aguas nos detenía á la vista de aquellos salvajes, y hubo que remar con empuño para alejarnos pronto.

El río Vichada tiene muy buenas condiciones para la navegacion por vapor; su cauce es profundo y bien definido, sin obstáculos de ninguna especie, pues no presenta desparramaderos, palizadas ni subdivisiones en el gran caudal de sus aguas mansas; sus riberas, pintorescas y alegres, tienen la claridad de un horizonte ilimitado, y en largos trechos alternan limpias sabanas y bosques que revelan gran fertilidad en el terreno. Son muy raros los sitios que presentan lomas, tan bajas, que la altura de los árboles los cubren á lo lejos, y sólo en esos lugares altos vimos á la orilla del río algunos bohíos de indios. El aire es puro, y tan diáfano, que el más ligero movimiento de cualquier animal se distingue á distancias considerables.

La curiosidad de examinar las flechas que habíamos cambiado á los indios nos movió á desenvolver una aljaba y ver las saetas,—que eran de huesos de raya y de espinas curvas de otros peces,—las cuales, untadas como de un barniz luciente, manoseábamos sin ninguna precaución. El indio que nos acompañaba, al ver nuestro descuido, dió un grito é hizo un gesto de horror, indicando que era muy peligroso lo que estábamos haciendo. El práctico nos dijo en seguida que aquellas flechas estaban envenenadas con *curare*, y que era peligroso tocar veneno tan activo como mortal en sus efectos. Yá habíamos oído hablar en Casanare de ese veneno, y sabíamos que la sal es el mejor antidoto conocido, comísudola y aplicáidola sobre la herida; así fue que nos lavámos con un poco de aguasal para quedar tranquilos, y el indio aprobó nuestra precaución.

El práctico que llevámos era un mozo atrevido que hablaba bien el dialecto de los indios. Refirió que de Caricagua habia ido una diputación de indios á Orocué, en

busca de un clérigo y de un maestro de escuela, y se prometía encontrar allí los indios de esa diputación, amigos suyos, especialmente una india que lo quería mucho. Le pagámos \$ 10 por el viaje desde Chaquev, con la condición de que nos buscásemos otro indio de Caricagua. El confiaba mucho en su india, y proyectaba contratar al indio que viviese con ella, á fin de poderse la llevar por tierra hasta Chaquev.

Habiendo llegado temprano al puerto de Curicacua, el práctico saltó a tierra y penetró por entre unos morichales, siguiendo la senda que conducía al pueblo. Como una hora después regresó con tres indios, entre éstos el Capitán  Cacique, que hablaba suficientemente el español, armados de flechas, cubiertos apenas con paupanillas y con turbantes de plumas de variados colores; en el cuerpo y en la cara tenían pintadas rayas rojas; el pelo era negro, largo y abundante, y el conjunto les daba un aspecto imponente, marcial, aunque salvaje. Supimos por ellos que estaban en guerra con los Cuivas, que se hallaban acampados en la ribera opuesta, á causa de haber éstos destrozado y haberse comido a un viajero del Vichada; habíam tenido algunos encuentros favorables a los Goahibos, de quienes era jefe dicho Cacique, y habíam cogido tres prisioneros, que fueron flechados en castigo del horrendo crimen. Muchas protestas de amistad nos hizo el Cacique, y nos asegur que no tendríamos ningún riesgo si nos quedábamos esa noche en el puerto. Difícil era nuestra situación, y tuvimos que confiar en la protección de aquellos bárbaros. No quisimos ir al pueblo  caserío, aunque nos instaron mucho. Como manifestramos agrado por los turbantes de plumas, nos regalaron uno, y en cambio les dimos carne y un poco de sal. El práctico volvió con los indios al pueblo, y prometió regresar al día siguiente, muy de mañana, con el indio que hubiese podido contratar. Juzgue el lector cómo parecíamos aquella noche entre beligerantes de tal especie. Fuese por el estado mismo de guerra,  por un favor del jefe de los Goahibos, nadie vino a molestarnos, ni sentimos el menor ruido en toda la noche.

Al día siguiente espermos hasta las siete de la mañana, y como se demorase aún el práctico, resolvimos seguir adelante, dimos el timón de la barqueta al indio que traíamos de Chaquev y remmos con empeño. Probablemente el práctico no pudo contratar ningún indio,  fue víctima de su audacia.

VIII

Todo el día 12 viajamos sin interrupción hasta Boponé, distante doce leguas de Curicagua, viendo desfilar caseríos y fogatas de indios á uno y otro lado del río. El timonero nos indicó del lado derecho los sitios de Ocupama, Urbina y Guaturivá, anteriores á Boponé. A este último lugar llegamos temprano y escogimos una sabana llupia para encender lumbre y hacer algo de comer; pero bien pronto el humo dio aviso á los indios y se vinieron en bandadas numerosas. Lanzamos la canoa y llevamos los comestibles medio asados. Andaríamos cerca de una legua hasta que arribamos, yá de noche, á un sitio en donde la espesura del bosque era muy densa, y evitamos toda clase de ruidos para que no nos sintiesen los indios. Tal precaución la seguimos observando en todo el resto del Vichada.

El día 13 pasamos por los sitios denominados Guayencia, Quirey y Cumariva, en los cuales divisamos bastantes indios, habiendo recorrido unas trece leguas.

El día 14 nos detuvimos pocas horas en un lugar llamado Raya, habitado por indios de buena índole, que viajan á San Fernando de Atabapo, de los cuales nos había dado buenos informes el *Maestro Jesús*. Estábamos almorzando cuando divisamos una canoa que bajaba el río con tres indios; los aguardamos, y sin llamarlos se acercaron. Venía entre ellos el Cacique de Raya á buscarnos, pues por tierra había tenido aviso de que bajaba una canoa con *forungos* (extranjeros); traía una pistola de piedra de chispa que le había regalado el Prefecto de San Fernando, pero que estaba sin uso, porque se le habían acabado las municiones y la pólvora; traía también en su aljaba un papel en que se le nombraba Gobernador, que nos dio á leer, y que decía más ó menos lo siguiente después del nombramiento: *que todos esos terrenos pertenecían yá á Venezuela, y que él, como Gobernador, estaba en la obligación de hacérselo saber á todas las tribus vecinas*. El indio no sabía leer, pero no ignoraba el contenido de la nota del Prefecto, y aunque hablaba poco el español, lo entendía y se hacía entender. Le indicamos que lo que el papel decía no era cierto, pues esas tierras eran de Colombia. No entendía la palabra Colombia, pero al decirle Bogotá, comprendió bien. Entonces nos indicó que ellos preferían á

Bogotá, y que irían á Bogotá si les daban ropa y les enseñaban á leer y escribir. Sentíamos verdadero placer con la declaratoria del indio, y al propio tiempo pena, por la consideración de que nuestros Gobiernos mantienen en abandono completo aquellas numerosas tribus, llenas de buenos deseos y anhelosas por entrar en la vida civilizada.

El Cacique instaba por que fuésemos al pueblo, ofreciéndonos que encontraríamos muchas cosas bonitas y agradables. Si mal no le comprendimos, indicaba que había mujeres bellas y generosas, ó casa de mujeres públicas. No sería raro esto entre salvajes que practican el amor libre en el estado de naturaleza.

Convencido el Cacique de que no iríamos al pueblo, ofreciéndonos para el regreso—que él suponía efectuaríamos por esa vía—mucho sarrapia, chinchorros, aceites, caucho y otros varios productos que dijo había en abundancia en sus tierras; y nos indicó que llevásemos herramientas, ropa y mucha sal. Habiendo quedado muy contento porque le dimos un poco de pólvora, municiones y sal, nos regaló espontáneamente unos trozos de paramán, dos panes de pintura roja, un gajo de plátanos y una guacamaya de lindos plumajes, objetos que había probablemente llevado con ese fin. Sus atenciones llegaron hasta el punto de advertirnos que no llegásemos á ningún puerto ó caserío hasta Areve, pueblo que distaba dos jornadas del Orinoco, en donde vivía el Jefe Civil, José León, y nos advirtió, además, que tuviésemos mucho cuidado con las tribus de la banda opuesta del río. Exigimos á los indios y al Cacique que nos vendiesen sus flechas y unos cinturones de plumas muy bonitos que tenían, y conseguimos al fin el aderezo completo de uno de ellos. Lo que sí no pudimos conseguir de ningún indio fue un aparatito formado con huesos delgados de animales, que usan en forma de escapularios, para sorber una especie de rapé, que llaman *yopo*, y con el cual se embriagan de una manera brutal y asquerosa. El *yopo* es un polvillo muy fino que sorben frecuentemente, muy acedo, de color amarilloso, y que hace fluir de las narices activamente sin producir estornudos. No pudimos conseguir tampoco que fuese uno de esos indios á acompañarnos siquiera hasta Areve, ni aun ofreciéndole buenas propinas, porque la guerra con los Cuivas no les permitía abandonar sus posiciones. Más de dos horas estuvimos con el Cacique, y nos despedimos de él tan luego



como divisámos una partida de indios que venía hacia nosotros, temiendo que fuésemos víctimas de algún engaño.

Por nuestras propias observaciones, y lo que dijo el práctico que vino hasta Curicagua, nos convencimos de que estos indios no tienen religión, ni idea fija del tiempo, ni cuentan más de cinco, ni tienen conjugaciones de verbos. Por ejemplo, del verbo ir y de otras acepciones verbales conseguimos la traducción de las siguientes inflexiones:

Yo voy.....	<i>Beichina.</i>
Yo iba.....	<i>Bereca.</i>
Yo fui.....	<i>Hucri.</i>
Yo iré.....	<i>Abugiberia.</i>
Yo iría.....	<i>Id.</i>
Yo vaya.....	<i>Id.</i>
Vé tú, ánda.....	<i>Ajaum y ponare.</i>
Hervir.....	<i>Jarrajae.</i>
Vén acá.....	<i>Naugenchipe.</i>
Te quiero.....	<i>Eichipa.</i>
No hay.....	<i>Agibe.</i>
No quiero.....	<i>Bajaraja.</i>
Amar.....	<i>Togiba.</i>
Lavar.....	<i>Quiechain.</i>

También recogimos la traducción de algunos sustantivos, adjetivos y adverbios, como los siguientes:

Maíz.....	<i>Jedcha.</i>
Carne.....	<i>Povito.</i>
Comida.....	<i>Jane.</i>
Agua.....	<i>Mera.</i>
Chinchorro.....	<i>Buj.</i>
Curíara ó canoa.....	<i>Jorra.</i>
Flecha.....	<i>Bujena.</i>
Piedra.....	<i>Ioto.</i>
Mujer.....	<i>Petrioa.</i>
Hacha.....	<i>Chipare.</i>
Canalete.....	<i>Timpa.</i>
Sombrero.....	<i>Joney.</i>
Ropa.....	<i>Popuivire.</i>
Mañana.....	<i>Marravia.</i>
Hombre blanco.....	<i>Guuguny.</i>
Miserable.....	<i>Asingua.</i>
Mujer grande.....	<i>Penqiba.</i>
Mujer hermosa.....	<i>Jenieba.</i>
Cosa buena.....	<i>Janepand.</i>

Sin vergüenza.....	<i>Povicia.</i>
Bonito.....	<i>Pescantía.</i>
No... ..	<i>Jume.</i>

Estudiando la vida de los salvajes, el hombre civilizado puede observar en ellos los fenómenos espontáneos de su naturaleza, sin los sofismas humanos que desvían el recto criterio de una verdadera filosofía. Sin creencias religiosas positivas, sin alimentos escogidos y calificados de necesarios para la vida, sin abrigo, sin leyes civiles y morales y sin ninguna de las múltiples exigencias que la civilización hace necesarias en sociedad, sus funciones orgánicas y sus mutuas convenciones están probando que el hombre en el estado de naturaleza es como los demás animales y plantas, un compuesto de los cuatro principales elementos de los seres organizados: oxígeno, hidrógeno, carbono y nitrógeno; sin que ninguno de los sistemas de invención humana constituya nada esencial á su existencia. Pero al propio tiempo resaltan las conveniencias—que quiséramos llamar divinas—de la civilización, pues ésta eleva al hombre desde la escala de los brutos al campo celestial del pensamiento, á los sublimes sentimientos del corazón, fuentes divinas de donde brotan los fecundos manantiales de la moral, el honor y el deber, leyes que rigen al hombre civilizado en lucha con el instinto, que es la única ley de los salvajes.

## IX

Después del sitio de Raya, que dista unas tres leguas de Cumariva, pasámos por Duna, y recorreríamos en el día 14 unas diez leguas. El día 15 pasámos por Macacho, y llegámos á Cabanapure, distante unas diez y nueve leguas de Raya. En este día tuvimos una gran contrariedad. El indio que nos acompañaba desde Chaquevá, al verse ya vestido con una muda de ropa que le dimos en el sitio en que almorzámos, se fue alejando con disimulo, y al estar cerca de un morichal salió corriendo y fue inútil todo empeño en llamarlo. Quedámos, pues, entregados á nuestra propia suerte en aquellas tierras, sin comestibles, porque el indio se los había robado, teniendo por delante lo desconocido y por todas partes asechanzas y peligros; pero el río era

guía seguro y no teníamos otra resolución que tomar que la de seguir adelante. Naturalmente las conjeturas á que daba lugar la fuga del indio aumentaron nuestros temores; pasámos esa noche en vela, creyendo que el menor ruido era producido por los pasos de los salvajes que iban á buscartos. Por la tarde nos habíamos hecho ya bien prácticos en el manejo del timón de la barqueta, gracias á los ejercicios de esa clase que en nuestra niñez aprendimos en los ríos del Cauca. No pudiendo estar tranquilos esa noche en el lugar adonde habíamos llegado, muy incómodo también por ser anegadizo, resolvimos viajar de noche ó dejarnos llevar por las aguas. Todavía nos causa horror aquella bárbara resolución de viajar en noche oscura por un río desconocido. ¡Qué de fantasmas y de luces misteriosas veíamos en todas direcciones! La noche estaba serena y tranquila; brillaban las estrellas, y varias constelaciones conocidas nos servían de consuelo. El rumor producido por las aguas contra los troncos y ramas de la orilla, nos parecía el eco lejano de raudales que habían de sorprendernos consumiéndonos; oíamos alaridos de voces gigantescas que acaso eran el rugido de las fieras, y el zumbido de las plagas nos parecía el lenguaje de entes que volaban por las alturas. ¡Cómo se abisma el espíritu del hombre en situaciones de esa especie! Las creaciones fantásticas y las supersticiones del humano linaje son engendradas por la soledad y el miedo, verdaderos padres de los dioses inventados, y origen de los sitios tenebrosos de ultratumba. Las estrellas fugaces cruzaban el espacio en diversas trayectorias, pero más especialmente de Oriente á Occidente, dejando rasgos luminosos en extensa línea de color azulado; y cosa rara: esas trayectorias aparecían tan cercanas á la superficie de la tierra, que aun nos parecían oír el ruido chispeante de los gases inflamados. Después de aquellos espectáculos imponentes, que nos tenían lelos, las tinieblas del Erebo fueron cediendo el campo á los resplandores myos de la hija del Titán y de la Tierra; la Aurora, coronada de luz, vino á disipar el caos, á dar nueva vida á los campos, realidad á los sentidos y á ronacer en nuestro espíritu y en nuestros corazones el consuelo y la esperanza. La fatiga y el hambre podían hacer decaer nuestras fuerzas, pero era necesario avanzar, avanzar cuanto pudiéramos, avanzar con la luz del día.

...ca de las diez de la mañana nos sorprendió un indio

que salía de la ribera izquierda, como flotando milagrosamente sobre las aguas; no se veía cuerpo alguno que lo sostuviese, y agitando una vara delgada con las manos, parecía que el simple esfuerzo muscular lo hacía avanzar hacia nosotros, que lo llamábamos retardando la barqueta. Yá estando muy cerca, vimos que venía parado sobre una débil balsa hundida como diez centímetros con su peso. El indio era muy joven; estaba completamente desnudo, y su fisonomía era agradable. Por señales le ofrecimos el timón de la barqueta, invitándolo á que nos acompañase en el viaje, lo cual aceptó de buen grado. Bogábamos á todo remo en busca de un sitio aparente para almorzar; no lo encontramos sino en la ribera izquierda, á la que nunca llegábamos de día, al pie de unos árboles frondosos, en medio de un horizonte despejado. Nos detuvimos allí, procurando atraer cuanto nos fue posible al indio, quien se manifestaba diligente y contento. A tiempo de partir de aquel sitio, tomó el indio unos tizones y puso fuego á los *pajonales* de la sabana. Cada rato volteaba á mirar el humo denso del incendio, se sonreía y bogaba con el mayor interés. Hasta entonces no sabíamos que aquel humo era una señal que el indio daba á su tribu para venir á buscarnos por la orilla del río, como lo supimos más tarde de una manera cierta. Después de bogar algún trecho notábamos que el indio dirigía la canoa hacia la orilla izquierda y atisbaba con cuidado el bosque; luego daba voces prolongadas que nos hicieron entrar en sospecha de que quería llamar á sus compañeros, y empezamos á exigirle que dirigiese la canoa al centro del río, en lo cual tomábamos empeño con los remos, y hubimos de amenazarlo con las escopetas hasta obligarlo á ello. Entonces empezó á detener la barqueta, haciendo muy poco esfuerzo y manifestándose disgustado. Nuestras sospechas se aumentaron, y le hubiéramos quitado el timón si un viento recio, que anunciaba chubasco y tempestad, no hubiese, en esos momentos, empezado á agitar las aguas del río. La rapidez del meteoro no dio tiempo de tomar ninguna determinación. En pocos minutos la parte oriental del cielo quedó cubierta de negros nubarrones; la violencia del huracán era tal, que desgarraba los árboles de la orilla, silbando como las furias desencadenadas; las aguas del río se agitaron y un aguacero copioso descendía con estruendo. Grandes descargas eléctricas rasgaban la atmósfera, y el zig-zag de los relámpagos

minaba con siniestra luz el oscurecido firmamento. A cada relámpago el indio detenía su labor, inclinaba la cabeza y levantaba la mano como en actitud de jurar ó bendecir; en sus ojos revelaba temor supersticioso. Aquel ademán y aquel temor del indio nos hacían recordar al árabe cuando saluda en el desierto á Helios, el astro-rey, ó Allah, el Santo de los Santos, cuando el simoun ó el tebbad remueve y agita las arenas en torbellinos espantosos y amenaza con mortales estragos las caravanas que encuentra á su paso. En vano el indio se empeñaba en luchar contra las ondas y la fuerza del viento, que eran opuestas al arribo de la embarcación á la ribera izquierda; todo esfuerzo era inútil; la barqueta retrocedía en sentido opuesto al que el indio le daba, y más cuando, á la luz de un nuevo relámpago, suspendía la labor y hacía los ademanes indicados. El riesgo y el afán no permitían hacer otra cosa que despojarnos de nuestros vestidos, temerosos de naufragar, pues las olas crecían, y aunque el indio conservaba la barqueta en dirección de proa contra ellas y el viento, un descuido podía hacerla coger de costado é irse á pique. Al fin el huracán nos recostó contra unos manglares de la ribera derecha, mucho más arriba del lugar en que empezó el meteoro, y agarrándonos de las ramas de los arbustos logramos disminuir un poco el bamboleo y empezar á desaguar la barqueta casi hundida por el peso de una gran cantidad de agua. Fuese por el disgusto que manifestámos al indio, ó por cualquiera otra causa, se tiró por el manglar á tierra y no volvimos á saber de él; y aunque estaba en la ribera opuesta, infundiónos sospechas y resolvimos, después de unas dos horas, cuando apiacaron las aguas y con la oscuridad de la noche, bajarnos de aquel sitio á otro que nos permitiese salir á tierra. Hicimoslo así, con muchos riesgos y peligros, y al atracar á tientas la canoa, le ocurrió al señor Macary un percance bien desagradable. Habíamos llegado á un lugar que aparentaba tener burrancas altas, porque los árboles gruesos así lo indicaban, y aunque el agua bañaba el terreno, el señor Macary quiso sondear metiendo el pie, en el que tenía una pequeña cortadura. No bien hubo metido el pie, cuando lo levantó con sorpresa y dijo: *mon Dieu, un caribé m'a mordu!* como en efecto sucedió. Resolvimos, por tanto, quedarnos quietos en la barqueta, bien mojados y aguantando la voracidad de las plagas.

El trayecto que recorrimos la noche anterior y el día 16 sería de unas veinte leguas; pasámos por Suarúa, y llegámos cerca de Pucamo.

El día 17 pasámos por Suenara, Guasurivo, Hureto y llegámos tarde á Areve, habiendo recorrido un trayecto de once leguas.

## X

En Areve hay un jefe civil nombrado por las autoridades venezolanas, pero no reside allí sino de vez en cuando. En ese punto hay también algunas relaciones comerciales con los pueblos de las riberas del Orinoco, especialmente con San Fernando de Atabapo, capital del territorio del alto Orinoco, y con San Carlos, capital del territorio de Amazonas, bajo la jurisdicción de Venezuela, con poblaciones indígenas, y que una Compañía francesa explota, según contrato de que hemos hablado antes.

Areve es para esos territorios lo que Chaquevía respecto de Casanare y San Martín, punto avanzado y propio para catequizar á los indios. Pernoctámos en una de las seis chozas que hay de indios, y pudimos, con algún trabajo, continuar viaje al día siguiente, el 18, con un indio que, aunque no era práctico en el río, había ido á Maipures por tierra. Ese día avanzaríamos unas seis leguas, pasando por San Juan, hasta cerca de Tucumaco. El 19 pasámos por Morichal y Atana, recorriendo once leguas.

Un estado especial de la atmósfera nos hizo contemplar aquel día dos espectáculos maravillosos: uno de espejismo, muy bello por cierto, y el otro no menos bello de arco-iris multiplicado. Era la una de la tarde cuando empezámos á distinguir tres anchas fajas superpuestas que reflejaban la imagen exacta del horizonte visible, estando como irisada la del medio; en la faja inferior todo estaba invertido, y parecía ser el reflejo natural de las aguas del río; pero á poca observación se hacía dudoso aquel supuesto, porque la imagen toda del horizonte no podía herir con sus rayos reflejos la superficie de las aguas. La faja superior se presentaba más lejos que las otras dos, y en proporciones de una perfecta perspectiva aérea. Absortos con aquella mágica aparición de espejismo ordinario y superior, le dedicámos atención, y, fuese ó no realidad, creímos estar al frente

de una extensa superficie cóncava, que aun distinguíamos por un color amarillo anaranjado muy pálido. A las veces pasaban bandadas de aves que se retrataban en la triple imagen de las fajas. El fondo muy azul del cielo indicaba gran cantidad de vapores acuócos en la atmósfera, pues, como se sabe, ese color depende del reflejo de la luz sobre las moléculas diseminadas en las capas del aire. Por más de quince minutos observámos aquel fenómeno muy curioso é interesante, que fue interrumpido por los cambios de luz que algunos *cirrus* produjeron al pasar frente al disco del sol, y también por algunas brisas que empezaron á soplar del Oriente.

Como á las cuatro de la tarde de ese mismo día vimos un arco-iris de gran magnitud, con más de  $180^{\circ}$ ; sus franjas anchas y bien definidas superaban la anchura ordinaria de este fenómeno óptico. Al principio, el orden de los colores era el natural del espectro solar: violado, añil, azul, verde, amarillo, anaranjado y rojo; pero bien pronto nos convencimos de que en el conjunto había varios arcos que provenían, tal vez, de su imagen misma ó de la del sol reflejadas por las aguas del río en diversos puntos de las revueltas que allí formaba. Con frecuencia habíamos visto por las tardes el arco iris, pues viajando por lo general hacia el Oriente, estábamos siempre en situación de verlo en las nubes del frente, cuando él estaba al Occidente. Varios otros fenómenos ópticos vimos en distintas ocasiones, como autelios, parelios, halos y aun paraselleges por la noche, así como franjas rectas luminosas de un carácter especial; debido esto, sin duda, á la naturaleza de aquella atmósfera caldeada por los rayos directos del sol, en horizonte completamente abierto, y sometida á los cambios diurnos de los vientos alisios que vienen saturados con las aguas del Océano. En una atmósfera de esa especie los cambios de luz son frecuentes, así como los fenómenos ópticos á que dan lugar la formación y desaparición repentinas de las nubes.

El majestuoso arco-iris que dejamos descrito tuvo para nosotros otro motivo de admiración. El indio contratado en Areve se manifestó lleno de regocijo por aquel fenómeno: juntaba las manos en actitud de dar gracias á Dios, y en su dialecto quería significarnos que aquel fenómeno era presagio de buena ventura; con los ojos fijos en el cielo, contemplaba, en actitud placentera, aquel espectáculo

verdaderamente hermoso. Al fin el arco se resolvió como en varios segmentos que viajaban y se fundían en los rayos solares de color de oro y púrpura. Estábamos entonces debajo de las gotas de agua que habían servido de prismas á la descomposición de la luz.

No extrañámos la actitud supersticiosa del indio ante el arco-iris. Desde los más remotos tiempos los fenómenos ópticos de la atmósfera—cuando no tenían explicación científica—alimentaban las preocupaciones humanas engendradas por la ignorancia. En la religión judaica, Jehová puso el arco-iris como prenda de la alianza que contrató con los hombres por medio de Noé, y aun todavía se enseña esto en los catecismos. En la religión pagana, la mensajera de Juno era Iris, diosa purificadora, símbolo celestial, á quien recurría á veces el Rey mismo de los dioses.

Respecto de otros fenómenos de reflexión, refracción y difracción de la luz en la atmósfera, la historia antigua y moderna está llena de anécdotas y aun de hechos trascendentales de misticismo supersticioso. Un halo cruzado, de los que suelen aparecer en el cielo, dio origen al famoso *litharo* de Constantino, á quien atribuyeron haber visto en el cielo, en una cruz luminosa, la famosa inscripción: *IN hoc signo vincis*, cuando guerreaba contra su primo Majeuro, por asuntos religiosos. En 1816 se difundió en Francia la nueva de que volvía el Emperador Napoleón, porque el sol á su salida había presentado un perfecto *tricornio*. Todas estas señales en el cielo han sido y son para el vulgo ignorante presagios de novedades en la tierra. Se han escrito obras, como el *Libro de los Prodigios*, del profesor Wolffhart, y el tratado sobre *Meteorología Mística* del Doctor Grellois, citados por el ilustre Flammarion en su interesante obra titulada *La Atmósfera*.

El día 20 recorrimos por el Vichada unas cinco leguas y entrámos al Orinoco como á las doce del día. Algunos indios nos iban anunciando el lecho del gran río: enormes piedras de granito cubiertas de roña color de bronce; algunas lomas más levantadas, en las cuales vimos árboles de serrapia con macetas de florecillas de color amarillo claro; la línea de las represas en ambas riberas del Vichada, visible siempre en la desembocadura de los ríos. Ibamos llenos de entusiasmo, como á coronar una obra después de fatigas y desvelos, y principalmente, porque el hambre nos agajoneaba, los útiles de cacería estaban inservibles, hasta



los fósforos se habían agotado, y sólo nos quedaba el *mañoc* para alimentarnos. Este comestible es de exclusivo uso entre los indios, pues no lo vimos consumir en ninguna otra parte. Es una especie de harina de yuca tostada, que toman á puñadas, y disuelta en agua, forma una bebida que llaman *yucuta*, fresca y agradable mezclándole un poco de dulce.

Yá en la desembocadura del Vichada nos detuvimos á contemplar el caudaloso Orinoco, río gigante en cuyas aguas negras flotaban espumas con visible descenso. El hecho de encontrarnos en el Orinoco implicaba un cambio favorable á nuestra crítica situación, pues siendo un camino traficado por gentes civilizadas, no perderíamos de hambre, y los peligros de los indios y de las fieras iban á disminuir; así fue que, después de un ligero refrigerio, nos lanzámos al Orinoco con el corazón henchido de esperanzas. Algún indio teníamos del Randalito, sitio peligroso para las embarcaciones, con grandes peñones ocultos, por entre los cuales descienden rápidamente las aguas.

No habríamos andado un kilómetro cuando pasámos junto á una embarcación que subía, y los marineros nos gritaban frases de las cuales apenas percibimos las palabras: ¡al centro! ¡cuidado, cuidado! Pero ni tiempo tuvimos de advertir bien el peligro cuando yá íbamos viajando con una velocidad sorprendente, como impulsados hacia dos grandes arrecifes que marcaban tres canales en el curso de las aguas. El indio se asustó y quiso bogar para alcanzar la orilla, operación imposible yá, y que podía hacernos naufragar al atravesar la canoa; no quedaba otra maniobra acertada que mantenerla de proa en dirección de la corriente. A nuestros gritos y señales el indio comprendió, y hábilmente hizo un esfuerzo para resistir al choque de las olas que se agitaban encontradas en la parte baja de aquel horrible vórtice. Sin saber cómo pasámos por el canal de la izquierda, y el empuje de las olas nos arrojó cerca de la orilla con la barqueta medio hundida y todos mojados por la cantidad de agua que le había entrado. Los ojos del indio estaban casi brotados, uno de nuestros compañeros se accidentó, y tuvimos que detenernos un rato en los peñones de la ribera á reparar los estragos de aquel percance bien peligroso. Después supimos en Maypures que por el canal del centro del río es por donde bajan las embarcaciones, llevando siempre un práctico. Cuando

arribábamos á la orilla, pasado aquel trance, saltó al agua, desde un peñón, un animal semejante al perro, con cabeza relativamente grande, de color negrozco, y luégo supimos que en el Orinoco hay *perros de agua*.

Como á las cuatro de la tarde llegámos á Maypures, tomando un *casfo* de la ribera izquierda que pasa á pocos metros del poblado, arriba de la catarata.

El trayecto del Orinoco recorrido aquel día es bastante variado. Las aguas han roto las masas de granito de su lecho, venciendo una serie de montañas bajas que se presentan como estribaciones de altas cordilleras extendidas hacia el Oriente. El cauce es, pues, sinuoso; unas veces las aguas tienen corriente visible, y otras se presentan inmóviles y lentas. El río ha corrido por distintas rutas en esos contornos. La simple observación indica la lucha de las aguas y la proximidad de los raudales.

## XI

En Maypures no hallámos propiamente más de siete casuchas habitadas por algunos indios y mestizos que se ocupan como prácticos en el tráfico del río, conducen por tierra la carga y por el raudal las embarcaciones vacías, cuando es preciso pasar éstas, pues por lo general los negociantes tienen vehículos estacionados arriba y abajo de los raudales, para evitar los peligros que correu en el pasaje.

Sin embargo de la excesiva miseria y pobreza de Maypures, para nosotros era lugar de importancia, después de la travesía por el Vichada. El sitio es pintoresco, y la galanura de los paisajes predispone siempre favorablemente el ánimo. Empezámos á recorrer el poblado y no hallábamós una pieza en donde alojarnos, ni queu nos diera siquiera esperanza de prepararnos de comer—lo cual era más que un deseo, una positiva necesidad, pues estábamos hambreados y fatigados—hasta que dimos, por ventura nuestra, con dos caballeros venezolanos, los señores Raimundo y Guadalupe Molina, quienes viajaban para Ciudad Bolívar con un cargamento de caucho. A la noticia de que éramos emigrados colombianos, redoblaron su interés por nosotros. Ellos habían perdido una fortuna considerable en las guerras civiles de Venezuela, y huyendo de las persecuciones, y para rehacer su fortuna, trabajaban en aquellos terr-

torios. Desde aquel momento nuestras necesidades se allanaron enanto fue posible. Bajámos hasta Ciudad Bolívar en sus buques, y nos colmaron de favores y atenciones que sabremos agradecer toda la vida.

La región alta del Orinoco se halla toda bajo la jurisdicción de Venezuela, aunque Colombia tiene derecho á toda la margen occidental, desde el Casiquiare hasta la boca del Meta. La rutina ha venido siendo perjudicial á los intereses de Colombia en este asunto. Después de consumada la independencia de la antigua Colombia, el Gobierno central de Santafé dejó al cuidado de Venezuela la organización civil de aquellas comarcas, las cuales habían quedado acéfalas por la huida de los misioneros, quienes mantenían bajo su exclusivo dominio las numerosas tribus que las poblaban. El gobierno seccional de Venezuela no hizo otra cosa que nombrar algunos agentes de policía; éstos continuaron tiranizando á los infelices indios, sin promover nada que fuese indicio de verdadera administración oficial. Todavía en 1838 andaban tan descuidadas las cosas por allá, que el ilustre Codazzi, movido á compasión, dirigió una comunicación muy expresiva al Gobernador de Guayana, en la que imploraba alguna protección para los indios, que seguían siendo víctimas de unos pocos tiranuelos investidos de autoridad, completamente apartados de toda sujeción á la ley y al mandato de autoridades superiores. De esa comunicación queremos insertar los siguientes párrafos:

“El cantón Rionegro se puede llamar una república distinta de la de Venezuela: allí no impera la ley, y sólo el capricho del jefe político y de sus subalternos alcaldes, que se dicen racionales, criaturas suyas, y que son otros tantos satélites, que fielmente cumplen sus disparatadas órdenes, siempre opresivas para la raza indígena, á fin de favorecer á tres personas que se creen ser las únicas que deben allí mandar, y que aquel territorio es su patrimonio, y los indios sus esclavos.

.....  
“Tengo rubor, pero es preciso decirlo, que ha habido jefe político que hacía visitas á todos los pueblos con sólo el fin de tener con ellos un comercio exclusivo y traer cuantos peones podía, y para colmo de vergüenza, exigía en cada uno de ellos la mejor y más joven india para su uso....

“Muchos indios, aborreciendo un trato tan infame como cruel, se huyen á los montes y quedan los pueblos solos; prefiriendo vivir entre los salvajes, que en medio de los pretendidos racionales.

.....  
"Es tal el monopolio en San Fernando de Atabapo, que un ciudadano que llega allí se muere de hambre si no lleva consigo con qué comer: allí no hay mercado, no hay pulperías, no hay bodegas, no hay tiendas; y cuando llega alguna embarcación con víveres, que suelen llegar de tiempo en tiempo, al momento se presenta uno de los feudatarios, y con altanería insuportable dice en alta voz: 'que lleven todo á mi casa;' y volviéndose á los concurrentes añade: 'este indio me debe hace años un machete,' ó una friolera cualquiera que se le antoje decir en aquel momento. Si son indios monteros, se lleva todo á casa del político, el cual lo reparte entre la cuadrilla, y les dan á aquellos inocentes lo que les parece; de manera que no tienen estímulo ninguno para abandonar sus montes y exponerse á largos y penosos viajes para llevar víveres, guapas, cascós, pájaros, monos, cabuyas y chinchorros de moriche, á unos señores que no los remuneran justamente. Bajo otro régimen, ó con otros hombres, estos monteros que habitan sobre los ríos Sipapo, Inirida, Guaviare, Guainía, Ventuari, Cunucunuma, Paillamo y Mawaca, estarían en el día reducidos á población, y sus brazos acostumbrados desde la infancia á la agricultura."

Más tarde, en 1855, visitó esas comarcas el señor Michelena, notable viajero y visitador oficial, y en sus notas decía lo siguiente:

"De todas las misiones que existían ahora setenta años, desde Angostura hasta Atabapo, casi todas han desaparecido, y sólo quedan en su lugar algunos lugares insignificantes, de muy pocos habitantes...."

"Casi han desaparecido yá las poblaciones de Atures y Maypures; de 40 personas que había en el primero y 80 en el segundo, cuando pasó el señor R. Acevedo, como visitador (año de 1846), han quedado sólo 7 en el primero y 4 en el segundo, hombres útiles para el trabajo; que unidos á algunos indios que viven á mucha distancia del poblado, apenas son suficientes para el paso de las embarcaciones y el acarreo de los efectos de puerto á puerto. Tan notable disminución, que también se observa en la misma proporción en todo el Distrito, proviene, además del sistema impropio que lo rige, de los hombres que lo administran, compuesto, en su mayor parte, de prófugos del Brasil, esclavos ó desertores de la guarnición de Marabitaú y de venezolanos que ejercen sobre el pobre y desgraciado indio todo género de extorsiones...."

La crítica del señor Michelena es muy severa respecto de los misioneros, y muy fundada, pues no dejaron ni templos. De San Fernando de Atabapo dice:

“Un rancho pajizo es el templo: una armadura miserable y hasta imunda sirve de altar; trozos de madera groseramente trabajados y más horriblemente pintados representan los santos, nuestros medianeros para con Dios; éstos se hallan además cortados por *algunos ídolos desconocidos é informes*. Tal es el injustificable é inexplicable abandono que hay en la casa de Dios en el Atabapo, *única que existe en aquellas soledades inmensas.*”

De estas declaraciones resulta, pura, que ni los misioneros antes, ni las autoridades nombradas por Venezuela después de la independencia, han hecho nada que valga la pena de alegar derechos de dominio y beneficio oficial. A la época en que llegamos á Maypures (año de 1885) aquellas comarcas estaban, como hemos dicho, clasificadas en dos territorios, el de Alto Orinoco, capital San Fernando de Atabapo, y el de Amazonas, capital San Carlos, al mando de gobernadores que debían ejecutar un decreto orgánico, especialmente dictado para los territorios. Habían ocurrido antes varias revoluciones —y en ese año sobrevino otra— en desconocimiento de las autoridades nombradas por el Poder Ejecutivo de Venezuela. El Gobierno aprobaba esos autogomas de vitalidad local para mandar tropa, someter á los revoltosos y ampliar sus dominios sin contradicción de parte de Colombia, cuyo Gobierno, obediente á la rutina, deja abandonados sus derechos y lo espera todo de un arbitraje indefinido.

En el mismo año de 1885 tomaba posesión de dichos territorios la Compañía francesa colonizadora y explotadora de ellos, conforme al contrato ajustado, en debida forma, con el Gobierno venezolano. Este ha sido el acto de más trascendencia que la veñia República ha ejecutado sobre dominio en territorios disputados por Colombia, y no sabemos que nuestro Gobierno haya hecho gestión ni indagado siquiera el alcance que pueda tener aquel contrato. Lo natural es suponer que en él se hayan marcado límites y aun se relaten pormenores y apreciaciones sobre la pertenencia de los territorios, que nuestro Gobierno, llegado el caso, debe rectificar. Por ese contrato, Venezuela ha encontrado, á nuestro juicio, el medio más adecuado para hacer patente su dominio en los territorios disputados, y aun para hacer irrevocables sus pretensiones, si no hay oposición de parte de Colombia.

Y no es pequeña la parte del territorio á que tiene derecho Colombia en aquellas regiones: es todo el territorio

de Amazonas y parte del territorio de Alto Orinoco, extensión de diez mil leguas cuadradas, por lo menos, con muchos pueblos, caseríos y numerosas tribus de indios. Entre aquéllos está San Fernando de Atabapo, la más notable posición continental de América por la feracidad de sus tierras y por los cinco grandes ríos que convergen en sus alrededores, como otras tantas vías fáciles y económicas que le dan excepcional importancia. El abandono nuestro es, pues, indisciplinable.



## DE MAYPURES Á CIUDAD BOLÍVAR

### I

En Maypures permanecemos hasta el día 22, aguardando el equipo de las embarcaciones que los señores Molinas hacían abajo del raudal. En éste y en el otro raudal de Atures, que queda unas quince leguas abajo, la operación de bajar las embarcaciones es muy peligrosa. Las cascadas tienen multiplicados canales que forman las puntas salientes de las rocas, y aunque el desnivel es de pocos metros, el agua apresada forma reventones espumosos entre las cascaditas estrechas que apenas dan paso á una piragua si no se rompe ó queda incrustada entre las mismas rocas. La bajada en una embarcación por los raudales, es un acto distinguido de valor.

Algo más de una legua habrá de Maypures al puerto bajo del raudal en la boca del río Tuparo, que tributa allí sus aguas al Orinoco. El trayecto tiene apenas un descenso visible, y aunque está formado de rocas graníticas el suelo, ningún inconveniente presentaría el tráfico de carros y vagones.

No vimos en Maypures indicios de cultivo ni de cría de ganados; sus lindas sabanas yacen solitarias, y si los indios tienen conucos, será en sitios apartados ó en la ribera opuesta del río. Por lo que pudimos apreciar, la escasez de comestibles es alarmante, y para no sufrir hambre, el viajero debe ir bien provisto de víveres.

El 22 al medio día salimos de Maypures y llegamos á las ocho de la mañana del día siguiente á Atures, habiendo pernoctado en una isla del centro del río, escogida adrede por los prácticos para evitar la plaga. Efectivamente pasamos una noche tranquila y fresca. Con anzuelos se cogieron en las primeras horas de la noche unos pescados grandes llamados *morrocotus*, de gusto exquisito y muy abundantes en el río.

Entre Atures y Maypures hay dos pequeños raudales denominados *Garclás* y *Salvajit*, de poca consideración comparados con los otros, pero que siempre imponen cuj-

**dados y buenos prácticos.** Los señores Molinas llevaban una tripulación escogida, y no tuvimos ningún contratiempo en todo el viaje hasta Ciudad Bolívar. Cuando había brisas fuertes se ponían las embarcaciones al abrigo entre los matorrales de una de las riberas.

El caserío de Atures está en la ribera derecha del Orinoco. Cerca del puerto á que habíamos llegado debe existir la famosa caverna de Atarupe, descrita por el Barón de Humboldt, quien dice está llena de cadáveres de la valiente raza de los Atures, por haber sido destruida por los antropófagos caribes. No encontramos un práctico ni indicios ciertos que nos permitiesen ir á conocerla. Había entonces en el pueblo muy pocos habitantes (once á lo más), todos mestizos, pues los pocos indios de los alrededores no salen sino de vez en cuando.

Los contornos de Atures son todavía más hermosos que los de Maypures. Cataclismos geológicos de muy remota edad han dejado allí claros vestigios. Masas enormes de granito parecen colocadas intencionalmente en sitios escogidos y grupos caprichosos. Del puerto al caserío andaría como media legua, teniendo que pasar con trabajo vertientes abundantes que brotan de aquellas moles de roca. El propio sitio de las casas es alegre y muy vistoso, como en una eminencia de suave declive, que domina los variados paisajes de aquel horizonte lleno de vigor y majestad. Especiales ventajas tiene Atures para su desarrollo y progreso. Es el término de la navegación franca del Orinoco desde el mar, en más de ochocientas millas, para toda clase de buques; las montañas extensas de Guayana se dilatan al Oriente, feraces y ricas en todos conceptos, con zonas de sabanas que se comunican, ricas en pastos y excelentes riegos; abunda la sarrapia en sus contornos; el clima es suave y sano, con aguas limpias y exquisitas, como las del río Cataniapo, que pasa á corta distancia, muy abundantes y de pureza excepcional; es además notable aquel punto porque no hay plaga de zancudos ni mosquitos. Un positivo descanso tuvimos en él, pues el feroz *puyón* no volvió á molestarnos.

Cuatro días nos detuvimos allí, mientras se efectuaba la maniobra de trasladar la carga al puerto de abajo. El trayecto que se recorre por tierra es casi de dos leguas; pero los prácticos pueden reducir mucho la distancia para el transbordo de la carga, aprovechando los *caños* y brazos



del río, especialmente cuando está crecido, como sucedió en la época en que bajamos.

En Atures tuvimos la pena de separarnos de nuestro buen compañero de viaje,—el señor Macary—pues resolvió regresar en compañía de unos viajeros que le ofrecieron lucrativos negocios. Ojalá que la buena fortuna haya colmado sus deseos. Hombre de unos cuarenta y cinco á cincuenta años, pasó sus mocedades en largos viajes, y—cosa rara—sentía pasión por una india que conoció en un lugar del Vichada, arriba de Areve. Caprichos humanos que, convertidos en pasión, merecen respeto. Aunque nos desviemos de la narración, con permiso del lector, vamos á referir el raro incidente que ocurrió en aquel lugar. Nos detuvimos en un sitio ameno del Vichada, asombrado por árboles corpulentos que tapizaban el suelo de menudas hojas secas, y con horizonte visible para no tener sorpresa de los indios. De un morichal lejano aparecieron tres indias y un indio, como siempre, armados de arcos y flechas; se dirigieron hacia nosotros y los aguardamos sin temor, aunque dispuestos á marcharnos al venían sin de ellos. Las indias eran muy jóvenes, preciosas, y estaban como de fiesta, ataviadas con turbantes y faldellines de vistosas plumas. Corrieron con muestras de alegría cuando las llamamos con el indio en pos, medio receloso. En verdad estaban tentadoras: llenas de frescura, sonrientes, el relieve de sus encantos habría dado malos pensamientos y aun malos deseos al más justo de los hombres. Sin el indio importuno, probablemente habrían seguido con nosotros el viaje. Una de ellas le enfermó el corazón al señor Macary, porque para quitarle un pañuelo rojo se puso á hacerle caricias y agasajos, invitándolo á quedarse y seguir las al pueblo que mostraban á lo lejos; y ¡casi estuvo dispuesto á seguir á aquellas magas del desierto! Después de mucho rato nos despedimos venciendo la resistencia que oponían sus atractivos y sus súplicas; y otro largo rato las contemplamos en la ribera del puerto. Desde aquel día el señor Macary no volvió á pensar en otra cosa que en su india hechicera. Varias veces le oímos decir que él regresaría á buscarla y á casarse con ella, aunque pasara el resto de sus años viviendo la vida agreste de aquellas comarcas. ¡Fué este el motivo de su regreso? Probablemente. Que la suerte le haya sido ligera y el amor propicio.

II

Habiendo salido del puerto bajo de Atures el día 26, llegamos el 27 á La Urbana, ciudad antigua que revela decadencia, no obstante la ventajosa posición que ocupa, frente á las bocas del río Arauca y equidistante de las del Apure y del Mota, ríos de larga navegación y que facilitan un gran comercio; tiene extensas sabanas con crías de ganado, bien regadas, y su puerto es de los mejores del Orinoco. Probablemente por las guerras civiles ha decaído mucho; pero su porvenir es lisonjero y será una de las más prósperas ciudades del Orinoco. Allí encontramos al *Muestro Jesús*, el del Arrastradero, con su *india nueva*, listo para regresar, por haber realizado ya sus mercaderías indígenas.

En el trayecto de Atures á La Urbana pasamos los raudales del *Viboral ó San Borja* y el de *Caribén*, y varios sitios notables, como la boca del Meta y Carichana. En este último punto tuvieron los misioneros un establecimiento central que fue muy notable hasta el siglo pasado, y del cual no quedan sino las ruinas que señalan el sitio. La boca del Meta queda como á dos leguas arriba de Caribén y á algo más de veinte leguas abajo de Atures. El Orinoco tiene allí una anchura de más de cinco kilómetros. Nosotros bajábamos por la ribera derecha, y en aquel amplio y despejado horizonte apenas divisábamos los contornos de las riberas del Meta y su ancha boca.

El señor Michelena, en sus exploraciones oficiales por cuenta del Gobierno venezolano, remontó el Meta hasta el sitio de *Calabocito ó Mata de Guanábano*, que dicho Gobierno quiere fijar como límite por ese lado con Colombia, por puro autojo, ó como dicen "á ojo y por tanteo." Lo natural es respetar los límites arcifinios, teniendo en cuenta que, durante la colonia, estuvo todo el Meta bajo la jurisdicción de Nueva Granada, así como Maypures, San Fernando de Atabapo y todo el territorio de Amazonas. De la narración que hace el señor Michelena insertamos lo siguiente:

"La boca del Meta, según Humboldt, está á 6° 7' N. y á 70° 4' 27" (suponemos que del meridiano de París, pues del de Greenwich está á 67° 35'). Apenas nos separámos de la orilla del

Orinoco, lo espeso del monte empezó á disminuir rápidamente; y como si éste hubiese impedido hasta entonces el viento, empezó una brisa que nos permitió desplegar la vela; á la tarde era ya fresca, y á la noche, no pudiendo aguantar la vela y la murejada, nos refugiámos en un *caño* hasta el día siguiente. Habíamos andado á la vela hasta las siete de la noche, como nueve horas, que á cuatro millas, término medio, nos colocaban á treinta y seis millas de la boca; y era tan grande el volumen de sus aguas, que el lugar en donde pernoctámos, casi á igual distancia del canal de Inglaterra al puente de Londres sobre el Támesis, era otro tanto más ancho que éste; y tirada la sondeleta en todo el medio, las seis brazas de cuervía que llevaba no alcanzaron fondo. A pesar de ser mediados de Septiembre, en que las aguas no han bajado mucho, encontré los bordes del río de cuatro á cinco pies de alto. . . . A nadie encontrábamos; pero ni un rancho, ni señales de haberlo habido se ofrecía á nuestra vista. No quedan, pues, de los antiguos nombres de *Soledad*, *San Carlos el Viejo*, *Santa Teresa* y *Culabocito* sino las tradiciones de haber existido. Al tercer día, muy temprano, encontrámos una embarcación que venía de Casanare cargada de víveres, como cazabe, azúcar, papelón, queso y otros artículos; por la tarde encontrámos otra que venía del Alto Meta, también cargada de objetos de comercio, y con muchos sombreros de jipijapa. Después de tres días de navegación á la vela, al furor de un viento E., fuerte y sin cesar, fuimos á un barranco, frente á unos horcones quemados, que anunciaban ser restos de un antiguo edificio, en el sitio que el conductor me dijo ser el de Culabocito. Según Boussingault y Rivero, éste se halla situado 68° 15' longitud de Greenwich (y á 6° 14'.21" L. N.), á un lado del *caño* Guanchaparó; y si es realmente cierto el Culabocito, que como tal me lo indicaron á la vez mi guía y los peones todos de Caribén, constantemente en tráfico por el río, está situado como á tres leguas abajo de Mata de Guanábano.

“Este lugar (Mata de Guanábano) está situado á la orilla izquierda, cerca de un *caño*, con una isla al frente, que creo llaman de Venados; á poca distancia hay un cerro, que supongo será el que Codazzi denomina Cerro Pelado; el barranco ó la orilla sobre que está situado tendrá diez pies de elevación, y del lado opuesto son sabanas, cubiertas de los mejores pastos, sin un habitante, y únicamente ocupado por las fieras.”

Entre Caribén y La Urbana hay una isla llamada *Paruma*, notable porque á ella acuden millones de tortugas á desovar en los meses de Febrero ó Marzo de cada año, y la pesca de estos huevos da ocasión á una especie de feria muy concurrida. Las autoridades rematan usualmente, por una suma respetable, el derecho á esa pesca. El rematador sub-

dívide sus derechos, y fijada la fecha para ocupar la isla, —después de saber que ha sido invadida por las tortugas y que éstas han puesto ya sus huevos— acuden todos los interesados ó invitados por distintos puntos, y tratan de coger el mayor número de tortugas, pues éstas huyen en busca del agua para salvarse. Al llegar á tierra los hombres recorren la isla y ponen boca arriba á cuantas tortugas pueden coger, las dejan así como cogidas y después se reparten proporcionalmente esa porción de la pesca. Viene en seguida el registro para recoger los huevos. El reuataador señala lotes, y para impedir disputas y pleitos, lleva una guardia de policía á su costa. La cosecha de huevos que se obtiene es valiosa, pues cada botija de aceite de los huevos de tortuga se vende á \$ 3, y á \$ 4, y hay años que producen dichos huevos diez mil botijas, según fuimos informados en esa y en otras islas.

Mientras dura la ocupación de la isla, para lo cual montan toldos y levantan barracas, nacen millares de tortuguillas que buscan el agua. Esto da origen á que acudan al borde de la isla muchas variedades de peces y animales que sirven para cosecha.

El procedimiento que emplean para sacar el aceite de tortuga es el siguiente: dentro de las canoas colocan los huevos en canastas, y los atacan con haces de varas aguzadas para reventarlos; después echan agua en cantidad suficiente, y cuecen la mezcla en ollas hasta que se forma una nata, que es el aceite, el cual extraen bastante purificado.

Productos de esta especie son muy comunes en el Orinoco y sus riberas. Es difícil que haya en el mundo caza más abundante en peces, aves, crustáceos, moluscos, cuadrúpedos, etc. Vimos coger un pez muy grande, llamado *laniao*, que pesaba algunas arrobas, y tortugas de varias clases, entre ellas la *terecay*, que es muy estúpida. Los patos abundan, las cotías, las garzas negras, las guacamayas, los paujiles y pavas, etc. Cuando se viaja en verano, remontando á pie por las riberas, hay gran distracción en la cacería; y en las playas, los huevos de ciertas aves y de las tortugas presentan otra cacería más segura y sabrosa, así como las tortuguillas, muy perseguidas por los indios. En los bosques se cogen ricas frutas y colmenas, variedad de flores y brujos, plantas aromáticas y medicinales; de éstas las hay también venenosas, como el *guachamuca*, arbusto de tallo recto, hoja oval, de color verde oscuro, flor pe-

queña, blanca ó morada. Los llaneros y los indios aseguran que el que come carne asada en un chuzo de *guachamaed*, muere envenenado.

Se conocen como diez y seis clases de palmeras, entre ellas la *seje*, la *moriche* y la *chiquichique*, muy estimadas, y variedad de resinas, aceites, frutos aromáticos, plantas textiles y maderas finas.

### III

El Orinoco tiene en algunos puntos un ancho de casi dos leguas, como sucede en las bocas del río Apure. Tan inmenso caudal de aguas es apenas comparable á un mar en medio de montañas. Hay horas del día en que el horizonte plateado de las aguas se desvanece en el confín azulado de las selvas, visibles apenas entre canales ó islas que las brumas cubren y descubren en caprichoso giro. Las riberas ostentan gran fertilidad y exuberancia en la flora y la fauna de la zona tórrida; sus pampas y sus bosques parecen destinados á contener las futuras generaciones que el socialismo europeo empuje hacia las campiñas de América; allí la industria y la labor humanas obrarán prodigios; resolverán problemas económicos oscuros todavía, que pueden hacer más cómoda y barata la vida de los pueblos. Todo el ingenio que el hombre ha desarrollado y acumulado en la zona templada del Norte vendrá un día á producir en la zona tórrida una verdadera revolución en los precios comerciales y aun en la calidad de los productos y artefactos.

Para los colombianos el Orinoco es un río cuyo nombre hiere sus oídos desde la niñez, acompañado de palabras y frases seductoras que oye en las tradiciones familiares de la epopeya nacional, en el delirio de Bolívar y en los cantos de sus poetas. Viajar por él y recorrer los mismos sitios en que Bolívar con sus gloriosas legiones hizo frente y venció al poder español, es sentirse conmovido de entusiasmo, admirando más y apreciando mejor el heroísmo, la constancia y la grandeza del jefe y de sus huestes vencedoras. Con las aguas del caudaloso Orinoco fue bautizada la Gran República de Colombia en el Congreso de Angostura el año de 1819, y por ellas surcaron las embarcaciones conductoras del ejército que, tras rudos combates y fatigas, libertó á

nuestra patria con la batalla decisiva del 7 de Agosto del mismo año en Boyacá. La majestad del gran río no podrá inspirar sino grandes resoluciones, grandes pensamientos en el alma de nuestros libertadores. Todo en él es portentoso y sublime; sus aguas se elevan periódicamente todos los años desde Abril hasta Agosto, y permanecen fijas en su mayor altura durante el mes de Septiembre; luego bajan con igual regularidad en los cinco meses subsiguientes, de Octubre á Febrero, y continúan bajas todo el mes de Marzo.

En el sitio de Angostura (hoy Ciudad Bolívar) el Orinoco tiene la anchura mínima de un kilómetro, y el cambio de nivel de las aguas altas y bajas se estima aproximativamente en diez metros; de manera que, suponiéndoles una velocidad de un metro por segundo, con la profundidad de ciento veinte metros en el cauce, aquel gran río no puede gastar menos de dos millones y medio de metros cúbicos de agua por minuto, ó sean más de 40,000 metros cúbicos por segundo.

Hay tal abundancia de peces y animales raros en su lecho, que á todas horas y en todas partes la pesca es abundante. Nosotros nos mantuvimos desde Atures hasta Ciudad Bolívar con pescado fresco, que diariamente iba á buscar un boga en una canoa pequeña que adrede llevan los tripulantes en todos sus viajes, y tuvimos, además, gran cantidad de carne de vaca marina. A propósito de peces y animales raros, insertamos en seguida lo que Fray Pedro Simón refiere de la expedición de Jerónimo Ortal por los ríos Orinoco y Meta:

“... Por haber sido poca la comida que habían sacado del pueblo para tanta gente, y no haber podido topár en algunos días otro donde socorrerse, con que les era necesario para no perder la vida, ocuparse muchos de propósito en la pesquería con anzuelos y con otros instrumentos, en que también le sobrevinieron algunas desgracias, como fue la que le vino á un soldado extranjero, llamado Manila, buen oficial y curioso de labrar hierro, el cual, arrojando un fuerte anzuelo al río con un grueso cordel para si podía sacar con él algún gran pescado, atóse el cabo de la cuerda al brazo que no debiera, para que no se le sacase la presa de la mano; picó luego un valiente pescado ó demonio en el anzuelo, y tiró de repente con tanto ímpetu, que se llevó tras sí al pobre pescador, donde nunca más lo pudieron ver, y así, pretendiendo pescar, quedó pescado el miserable con el mismo anzuelo.

“Lo mismo le sucedió á otro soldado, llamado Juan de Ave-

llanexa (que después entró con Federmán en este Nuevo Reino y ciudad de Santafé, desde donde algunos años después pobló á San Juan de los Llanos), si no tuviera advertencia sacada por ventura del suceso del extranjero de no amarrarlo la cabuya al brazo, porque arrojando el anzuelo, cebado como el otro, lo hizo al instante; picó otro pez semejante, pues comenzó á tirar con la misma furia, de manera que no pudiendo sujetarlo el Avellaneda por sí, llamó á otros cinco compañeros que le ayudasen á tirar del cordel, si bien todos hicieron esto en vano, pues con ser mozos de buenas fuerzas, no fueron bastantes á sacarlo; antes, viendo que llevándolos tras sí á todos lo ponía en peligro de que les sucediera lo que al otro, saltaron de todo punto el cordel de las manos, quedándoles tan lastimadas de la fuerza que hicieron, que por muchos días no se les quitaron las señales. No se pudo conocer qué especie de pescado fuese aquél, en todo el tiempo que anduvieron en el río. Sacaron otros soldados otra suerte de pescado peregrino, por no haberse visto hasta entonces, si bien después acá se ha hallado mucho de ello en los ríos de estos llanos y los de Venezuela. Consiste su extrañeza en que en picando en el anzuelo comienza á temblar de tal manera el brazo y cuerpo del pescador, que viene á perder tan del todo las fuerzas, que aun no puede tener la caña en la mano, y si llegan muchos á tener la caña, les sucede lo mismo, y si el pescador está á caballo, también la cabalgadura, si bien en soltando la caña luego se vuelve á sosegar todo sin ningún peligro, como tampoco se halla en el comercio, pues antes es de muy buen gusto. En muriendo lo pueden tratar como á los demás pescados, por haber perdido aquella virtud de hacer temblar. Es pescado desnudo y sin e-cama, de hechura de anguilla, no tan largo, y la cabeza y cuerpo algo más grueso.”

Entre La Urbana y Ciudad Bolívar no hay más que dos poblaciones de alguna significación, Caycara y Cabrupta, y puntos de importancia histórica, como La Eucaramada, con algunos otros caseríos; así es que, por lo general, todas las extensas comarcas ribereñas del Orinoco están desiertas. De Atures á Ciudad Bolívar empleamos nueve días, pues llegamos el 4 de Octubre. Gran entusiasmo sentimos al divisar á la *Sultana del Orinoco*, coronada de palmas, en una eminencia basada en el colce de plata de las aguas del río. Avanzado sobre el lecho de éste el basamento rocoso de la ciudad, bien se llegas á ella de bajala ó de subida, se la ve destacarse sobre las aguas como una inmensa fortaleza. La forma semi-elipsoidal de la toma ó eminencia en que está edificada, la presenta en forma de anfiteatro, ilu-

minada en el fondo del cielo y en el espejo de las aguas. Al desembarcar frente á uno de sus malecones, acudieron muchas personas con algunos guardas que vigilan el contrabando de la sarrapia, atraídas aquéllas por la curiosidad que siempre despiertan los viajeros del alto Orinoco, del Meta y de todos los grandes ríos del Occidente, pues los frutos que llevan son muy solicitados en el comercio de esa plaza; varios extranjeros acudieron también, y un alemán nos compró á buen precio las flechas y otras curiosidades que llevábamos de los indios.

En Ciudad Bolívar, como en todas las ciudades de Venezuela que conocimos, no hay ese público sigón que azora á los viajeros, los mira de pies á cabeza é irrita su natural retraimiento al llegar á una tierra extranjera en que busca hospitalidad; antes, por el contrario, encuentra cierta familiaridad en el trato y espontaneidad en los informes. Habíamos llegado á una ciudad simpática, de notable movimiento comercial, como lo indicaba el hecho de contar en todo el frente de la ciudad diez y ocho buques de vela, tres vapores de río y dos grandes vapores de mar. Cómodos almacenes, coronados de azoteas, forman ancha galería y dan frente al puerto, embellecido por árboles corpulentos y por el plácido fondo verde de las vegas del gran río. Las góndolas y los botes con blancas alas cruzan á cada instante sus ondas, conduciendo frutos y pasajeros del pueblo de S. J. al situado en la banda opuesta. Cuando llegamos se trabajaba en la construcción de un tranvía y en el establecimiento de una máquina de vapor fija para cargar y descargar los buques. En la punta más avanzada de la roca que sirve de asiento á la ciudad, otra máquina fija mueve una bomba poderosa que surte de agua á todas las casas y edificios, muchas de las cuales están en la parte alta de la ciudad á más de treinta metros de altura sobre la parte baja; las calles son más bien tortuosas, y en algunas el desnivel es tan fuerte, que hay que recorrerlas á paso lento y con fatiga. En las horas ardientes del día, las calles muy inclinadas están solitarias, y sólo la urgencia puede obligar á recorrerlas. La Plaza de Bolívar, arreglada con artefacto costoso en la cima de la colina, es muy hermosa, y en el centro la estatua del Libertador (1) se levanta en

[1] La estatua fue fundida en el mismo molde que Tenerani hizo para fundir la que se halla colocada en la Plaza de Bolívar de Bogotá.



un sencillo zócalo. Al costado oriental de esta Plaza una hermosa catedral adorna el centro de la bella ciudad. Tiene varios otros edificios notables, entre éstos el Palacio de Gobierno, el Teatro, la Plaza de Mercado, los Cuarteles y el Colegio de Bolívar. Cuenta este Colegio con buena biblioteca, gabinetes y un hermoso salón en que se conservan con esmero retratos al óleo de los Diputados al célebre Congreso Constituyente de Angostura. Hay cementerio católico y cementerio protestante, bien asistidos, y en el primero llaman la atención altos y valiosos mausoleos de los principales escultores de Europa. Los derrames del Orinoco forman al Oriente y al Occidente de la ciudad lagunas y arroyadizos que son acaso el asiento de gérmenes palúdicos que causan fiebres, á las veces mortales, en los pobladores que transitan. En lo general la ciudad es sana, y el trato franco y cordial de sus habitantes hace de Ciudad Bolívar una residencia grata, animada y llena de atractivos. El comercio está en su mayor parte en manos de extranjeros, especialmente alemanes y coros, y casi todos se casan cautivados por la belleza y el talento sobresaliente de las bolivarenses. Es la capital del Estado Bolívar; tiene unos 10.000 habitantes y una temperatura media de 29° del centígrado; su altura sobre el nivel del mar es de 57 metros, que dan al Orinoco, en 600 kilómetros que recorre desde allí hasta el mar, una pendiente media de nueve centímetros por kilómetro, ó menos de un centímetro por ciento.

El puerto de Ciudad Bolívar es considerado como el tercero de Venezuela, por el rendimiento de su Aduana, que alcanza á más de cuatro millones de bolívares (1), ó sea un millón de pesos en oro al año. Penetran por el Orinoco, sin dificultad, grandes vapores y buques de vela trasatlánticos, que llegan hasta la orilla misma de la ciudad.

#### IV

Pretendimos buscar en Ciudad Bolívar el proceso por el cual fue condenado allí á muerte el desgraciado General Piar, pero fueron vanas nuestras pesquisas. Se sabe que

---

[1] La unidad monetaria de la República es el bolívar de plata, equivalente al franco y dividido en cien centésimos; tiene 833 milésimos de ley y un peso de cinco gramos.

fue condenado á muerte por un Consejo de Guerra en que tomaron parte el Almirante Brion, el General Anzoátegui y otros jefes principales del ejército, amigos de Piar, pero que estaban á órdenes de Bolívar, y los historiadores de esa época justifican la sentencia como necesaria para mantener la disciplina militar; pero no conocemos un cargo concreto, una prueba que justifique aquel acto cruel, inculpable ante la gratitud que merecía el más activo, inteligente é intrépido caudillo de la época. Si fue insubordinado, ¿cuántos otros, como él, y con datos ciertos y auténticos, no desconocieron del mando en Jefe al Libertador antes y después? ¿El Congreso de Caracas no lo desconoció? ¿Mariño, Berrúdez, Zaraza, Arismendi y Páez, no lo desconocieron, y aun algunos de éstos en momentos de poner en peligro el resultado de tan trascendentales batallas? ¿Por qué se escogió al vencedor en San Félix, al que dio base de operaciones en Guayana, al que salvó de un naufragio el bajel de la Revolución? ¡Ilustre Piar! El sacrificio de tu vida, engrandeido por la utilidad de tus verdugos, subió al cielo como ofrenda inocente que Dios premió con el triunfo de la causa á que estabas consagrado!

Piar murió con valor y declarando que era inocente; sus restos, casi olvidados, yacen en Ciudad Bolívar cubiertos todavía con el lúgubre manto de su sacrificio. La Historia, al fin, despejará la terrible incógnita.

Dos días huérfano que estábamos en Ciudad Bolívar, y por el traje colombiano que usábamos, especialmente el sombrero de Suaza de copa alta, nos saludó con el título de *paisanos* la familia del señor D. Antonio Liccioni, rico propietario de la ciudad; lo cual bastó para relacionarnos con él y con su honorable familia, colombiana de origen y verdaderamente benévola con sus paisanos. El señor Liccioni vivió más de treinta años en Casanare, formó allí su familia, y fue uno de los primeros fundadores del desarrollo que ha tomado en aquel territorio la industria pecuaria; dejó en Colombia numerosos amigos y una posición honorable conquistada por su talento y su laboriosidad, y fue después á Venezuela á realizar la explotación de la gran mina de oro del Callao, de la cual hablaremos más adelante. La familia Liccioni es colombiana de corazón, y no esquivo medios de servir y de atender á los colombianos que tienen la fortuna de cultivar con ella relaciones, no obstante la elevada posición social y monetaria de que disfruta.

Tuvimos también la fortuna de encontrar allí al distinguido caballero y amigo nuestro Juan Martínez Lyon, relacionado en Colombia por lazos estrechos de familia, y á nuestro amigo y condiscípulo Antonio Izquierdo, quien se disponía á marchar á la región minera del Callao, en desempeño de comisión importante en los negocios del señor Liccioni.

Un mes antes de nuestro arribo á Ciudad Bolívar había ocurrido allí un golpe de cuartel, apoyado por un motín popular, que derribó al Gobierno del Estado y dio margen á desgraciados episodios. El jefe de la fuerza resolvió deposeer al Gobernador, y lo consiguió después de un combate y de haber causado algunas muertes y heridas en la propia casa de aquél. La señora del Gobernador sufría una grave enfermedad, y aterrada por el acontecimiento y por la prisión de su esposo, se agravó y murió. El Gobierno federal desaprobó el atentado; mandó restablecer al Gobierno caído, y el jefe rebelde huyó con varios de sus cómplices hacia Colombia en un vapor fluvial. Siguiéronse prisiones y represalias, como era natural, y muchos infelices pagaban su culpa en las cárceles. Entonces escribimos, con el título de *El Motín*, el artículo que, con permiso del lector, insertamos en seguida:

“ El *motín* es un movimiento desordenado del pueblo; y como obra de la multitud, es torpe y agresivo, se cree irresponsable y comete por lo general escándalos y crímenes. Jamás el *motín* ha producido bienes á la sociedad, aunque un sentimiento generoso haya sido su origen. Los tribunos romanos que provocaron motines hicieron renacer el cesarismo. La Revolución francesa, desacreditada por los motines, se convirtió en terror, y la luz inextinguible de sus grandes enseñanzas se convirtió en tinieblas civiles y en tiranía por muchos años. La demagogia y el cesarismo son frutos del motín, porque en él luce la fuerza bruta, sobresalen los malhechores y el crimen vela sus feroces instintos. El motín es enemigo de todo Gobierno, perseguidor de la industria y del trabajo, envidioso y malqueriente de los ricos y propietarios, alcahuete de los criminales, descarado y deshonesto en grado superlativo. El motín es como el vendaval que produce infecundos y terribles estragos.

“ Los motines políticos y religiosos son síntomas de decadencia en los partidos y las sectas, porque en el motín hay cobardía, impunidad y torpeza, y porque su apoyo estriba en el populacho velable, el más temible traidor que se conoce en el mundo.

“ El motín verificado aquí el 14 del mes próximo pasado es un

ejemplo claro de los males que causa y de la esterilidad de sus resultados. Ningún hombre de capacidades y de buena posición social quiso asumir la dirección de ese movimiento popular desordenado. Si la fea intriga urdió en conciliábulos aquel desgraciado acontecimiento, la vergüenza del crimen convertido en motín detuvo probablemente á los mejores ciudadanos en él comprometidos, y el arrepentimiento es el mejor correctivo de sus errores. Pero para las infelices gentes del pueblo, para los artesanos honrados y padres de familia que sufren hoy entre crueles prisiones el castigo de su falta, no quedan más que la clemencia y el perdón del Gobierno; y con el fin de implorarlos hemos escrito estas líneas, y para deplorar á la vez las desgracias que alcanzaron á herir hasta los más íntimos afectos. En nombre de éstos—que indignos son de mancharse con la venganza—pedimos una amnistía general para los desgraciados hijos del pueblo que, arrastrados inconscientemente al delito, por errores políticos, lloran arrepentidos y todo lo esperan del señor Doctor Bermúdez, digno Presidente del Estado, quien, si sabe perdonar, se hará más digno y más acreedor á la gratitud del pueblo cuya felicidad le está encomendada.”

Estas palabras eran eco de la opinión pública, deseosa de conseguir, como consiguió en efecto, la amnistía decretada por el Gobierno. Los hechos mencionados prueban el grado de liberalidad con que en Venezuela se juzgan los errores políticos; y tuvimos después ocasión de ver en muchos meses de residencia en esa República, que el favor popular, antes esquivo, llegó á rodear al Magistrado que supo ser digno siendo generoso y humanitario.

En Ciudad Bolívar resolvimos ir al centro de la Guayana, ó sea el territorio federal Yuruari, donde la gran riqueza minera de Venezuela ostenta resultados verdaderamente maravillosos. Allá queremos llevar al lector y presentarle, aunque ligeramente descrita, esa región minera que tanto ha llamado la atención del mundo, por los ricos placeres auríferos del Caratal, Cicapra, Nacupai, etc., y por la renombrada mina del Callao. El camino preferido para ir á las minas es por San Félix ó Puerto de Tablas, bajando el Orinoco algo más de treinta leguas, para tomar después el camino de tierra que lleva rumbo general al Sur. Hay otro camino por tierra que parte de Ciudad Bolívar y tiene una longitud como de sesenta leguas hasta el Callao. El primero es más frecuentado, y para nosotros tenía el halago de ir á conocer el sitio de la gran batalla ganada por el General Piar; así fue que escogimos esa vía para ir y la otra para regresar.

Entre Ciudad Bolívar y Puerto de Tablas viajaba un vapor pequeño de río, dos veces por semana, dedicado casi exclusivamente al tráfico alimentado por la región minera; lo cual prueba su importancia relativa en el comercio de esas comarcas. El vapor hacia sus viajes de bajada por las noches, sin temor de peligros, y salía del puerto á las seis de la tarde. Como todo vapor anuncia su partida con pitazos conocidos, así como su llegada, es curioso ver cómo acude en Ciudad Bolívar la gente á recrearse y á pasear en las preciosas vegas del gran río, á tiempo de la partida ó llegada de un vapor. ¡Felices las ciudades que tienen semejante espectáculo, siempre lleno de novedad y atracción! Los tiernos abrazos de los que se van ó de los que llegan, las voces de saludo ó de despedida, el agitar de los pañuelos y las miradas, muchas de ellas llenas de elocuencia y de fuego amoroso, hacen palpitar los corazones y dan animación y entusiasmo al espectáculo, realizado por el juego de los movimientos elegantes de un vehículo movido por vapor.



## DE CIUDAD BOLÍVAR AL CALLAO

### I

La tarde de nuestra partida había en el puerto concurrencia numerosa vestida de ricos colores, que semejaba ondulante mosaico de variadas formas; las damas, con trajes vaporosos, sombreros y chales elegantes, emitían el vívido reflejo de sus joyas y lucentes adornos; los caballeros y los niños, con vestidos claros y ligeros, se agitaban contentos y alegres; la gente del pueblo, siempre aseada y vestida con descuido, iba y venía, como bailando el nacional *foropo* (1); para todos había animación y contento en ese torneo de sociales costumbres. Mientras más alegría se notaba en el conjunto, más tristeza sentíamos, desterrados de la patria, recordando los seres amados, sin que una lágrima, una sonrisa ni un ademán de despedida mitigaran nuestra pena. El corazón tiene egoísmos irreconciliables: sentíamos afán en el lento movimiento del buque y deseábamos que volase en alas del vapor, que dejase aquella playa llena de emociones completamente extrañas al agudo pensar que sentíamos. Llegó el momento de virar la proa del buque; el práctico dio los toques de vapor para acelerar la marcha, y el clamoreo de las despedidas se ahogó en el estruendo de la máquina y el afaoso movimiento de las ruedas. Bien pronto no quedó á nuestra vista sino la confusa imagen de la ciudad, envuelta yá en las primeras sombras de la noche.

El vapor andaba con suma velocidad, que calculámos en dos ó tres leguas por hora. La frescura de las brisas atrajo la calma y el contento que anhelábamos: un sueño reparador mitigó la angustia de los recuerdos que atormentan siempre al proscrito.

Al amanecer del siguiente día estábamos cerca de San Félix ó Puerto de Tablas, y una milla arriba del puerto sorprendimos la boca gigantesca del Caroní, río casi tan grande como el Orinoco, con aguas más claras, que pere-

(1) Danza popular, muy semejante al bambuco cancano, monótona en los compasses, pero llena de voluptuosa intención en los que la bailan.

tran y luchan en un trayecto de varias leguas abajo, antes de confundirse, para marchar revueltas en un solo canal.

San Félix es población pequeña, de aspecto pintoresco, situada en una meseta que avanza suavemente hasta el río por un plano inclinado, sobre terreno sólido, completamente exento de inundaciones.

El desembarco en San Félix presenta algunos inconvenientes al viajero: como no es puerto habilitado y está más abajo de Ciudad Bolívar, la vigilancia del Resguardo tiene que ser muy severa y todo debe llegar bien despachado de la Aduana de aquella ciudad. No basta traer la *lista de equipaje y manifiestos* de embarco, que tanto molestan á los viajeros en los puertos de Venezuela y sin los cuales nadie puede salir del país: hay que llevar á la Aduanilla los bultos y equipajes y someterlos á la investigación de los empleados. La aduanilla de San Félix, que por su posición y desempeño está obligada á revisar hasta los frutos de los campos cercanos, debe de haber dado ocasión á censurables actos de vigilancia, pues algunos pasajeros referían anécdotas alarmantes respecto de la severidad exagerada de los empleados del Resguardo. Quién refirió que á un labriego de la margen opuesta del río le habían decomisado un pavo llevado allí para la venta; quién dijo que en otra ocasión le habían decomisado una docena de medias nuevas compradas en Ciudad Bolívar; quién aseguraba que habría registro de bolsillos y decomiso de comestibles y provisiones de viaje; y entre chanza y broma aguijoneaban nuestro deseo de salir pronto de aquel trance. Saltámos, pues, á tierra tan luego como la tripulación improvisó un muelle tendiendo tabloncillos sobre una lancha, y solicitámos un mozo de cordel para que condujese el equipaje á la temida aduanilla. Cinco pesos pidió con la mayor frescura aquel desarrapado por un trabajo de pocos minutos, y con negligencia asaz estoica vio alzar el equipaje por menor suma, muy crecida aún, que pagámos á otro hijo de vecino, parecido al primero.

Todos aquellos informes del Resguardo resultaron falsos. El jefe nos trató con amabilidad y cortesía. El equipaje fue apenas revisado y no sufrimos demora ni disgustos.

El señor D. Antonio Liccioni nos había dado una carta de recomendación para un comisionista del puerto. Con sólo presentársela nos facilitó cuanto necesitábamos, y pudimos seguir viaje ese mismo día.

Viajábamos con un amigo práctico del camino, y á cada paso le preguntábamos cuál habia sido el sitio de la batalla de San Félix. Como á la distancia de cuatro millas se detuvo y nos describió los detalles de aquel torneo sangriento, conforme á la tradición que se conserva en esos lugares. En vano busca el viajero un indicio de la gratitud de los pueblos que cosecharon el triunfo de esa batalla gloriosa. Aquel campo solitario y sombrío, completamente desierto, cubierto de arenales, guijarros y ruinas, se impone, sin embargo, por la majestad de los recuerdos. El viento silbaba por entre las ramas y *palmas*, y nos sentíamos conmovidos; allí, cuerpo á cuerpo, en encarnizado combate de lanzas y flechas contra las bayonetas de los veteranos españoles, cobró aliento la gran causa de la independencia de Colombia, cuando aparecía casi perdida en todas partes.

El lector sentirá verdadero placer leyendo la siguiente descripción que hace de los antecedentes y de la batalla de San Félix el señor D. Eduardo Blanco, escritor de aliento, en su notable obra titulada *Venezuela Heroica*.

## II

“Tras de la noche pavorosa en que sumida en honda pesadumbre permanece la desolada Barcelona, torna á brillar el sol que ha de alumbrar para la Patria una de sus victorias más brillantes y más trascendentales.

“La guerra, como el mar, tiene olas que sepultan y olas que levantan. Casi al propio tiempo que en las orillas del Neverí sucumben nuestras armas, Piar se cubre de gloria en las orillas del Orinoco.

.....  
“Precedido por la brigada del General Cedeno, cruza el anchuroso Caroní por el paso de Caruachí, se interna en las Misiones (que eran el granero de los realistas); ocupa á Upata, centro de aquellas ricas y pobladas comarcas; domina cuarenta y siete pueblos que arrebató á la jurisdicción de los padres misioneros; liberta á los indígenas de la servidumbre á que los sujetaran, mal de su grado, aquellos religiosos; se abastece de algún ganado, caballos y vituallas, y como llegase á su noticia que las tropas realistas que defendían aquellos pueblos se replezaban hacia las fortalezas de Guayana la Vieja, corre en persecución del español Torrealba, y lo bate tan completamente, que sólo siete soldados de los 400 que mandaba este jefe lograron refugiarse en los cas-



tillos, quedando en poder de Piar 100 prisioneros y 600 caballos.

Preparado de esta suerte, é impaciente por terminar su con-  
quenza la conquista, recibe aviso del General Cedeño de haber  
desembarcado en Angostura una fuerte División española al man-  
do del Brigadier La Torre, enviado por Morillo desde San Fer-  
nando, la cual se aprestaba para entrar en campaña.

Sin el armamento y las municiones indispensables para ha-  
cerle frente á aquel nuevo enemigo, que en breve ha de moverse  
á disputarle las misiones del Caroní, serios conflictos esperan á  
los republicanos; pero no era Piar, ni por su espíritu, ni por su  
carácter resuelto y emprendedor, hombre á quien preocuparan  
las situaciones más difíciles, acostumbrado como estaba á arro-  
strarlas de frente y á vencerlas. Con frialdad y calma prevé todos  
los riesgos en que le pone el refuerzo que ganan sus contrarios,  
sin ocultár-*le* que todo el empeño de La Torre ha de fincarse en  
recuperar las ricas comarcas que poseen los patriotas; mas como  
ignora sobre cuál de los cuerpos republicanos se moverán con  
preferencia los realistas al abrir la campaña, corre á avistarse con  
Cedeño en su campamento de la mesa de Angostura para concer-  
tar con este jefe las operaciones ulteriores.

Piar, de regreso do Angostura á defender las Misiones que  
el General La Torre pretende arrebatarle por sorpresa, repasa el  
Caroní y va á fijar su cuartel general en el pueblo de San Félix,  
donde remonta sus jinetes gracias al oportuno envío de 600 ca-  
ballos con que le auxilia en tan apuradas circunstancias el Pres-  
bítero Blanco (á quien Piar había encargado del mando de las  
Misiones), é informado de que ya La Torre y su segundo, el Co-  
rouel Cerruti, habían desembarcado la división realista en Gua-  
yana la Vieja y se aprestaban á ponerse en campaña, reconcentra  
en San Félix los diversos cuerpos del Ejército republicano y se  
prepara á esperar al enemigo.

Las tropas que reconcentra Piar alcanzan á 2.200 comba-  
tientes; pero tan escaso de armamento andaba aquel renombrado  
General, que sólo 500 hombres armados de fusil cuenta en sus  
filas; el resto de la División republicana constaba de 800 lanceros  
de á pie, 500 indios flecheros y 400 jinetes bien montados.

Vencedores los republicanos, Piar coronaba todos los esfuer-  
zos de su hábil campaña y *Bolívar y la Revolución llegarán á ad-  
quirir una sólida base de operaciones*; vencidos, los espera la  
muerte y con ella el hundimiento de la República, insegura toda-  
vía y vacilante, á pesar de las aisladas proezas de sus escasos  
defensores.

Dos días después de haber acampado el Ejército patriota en  
el pueblo de San Félix, la pequeña columna de observación apos-  
tada en Puga participa al General en Jefe que los realistas se  
aproximan.

“ El toque de generala estremece el campamento republicano; y dispuesto el Ejército á marchar al encuentro del enemigo, sale de la plaza, toma el camino de San Miguel, y va á formarse en batalla en la extensa llanura de San Félix. Piar se adelanta con la caballería á descubrir el Ejército realista; pero habiendo llegado hasta San Miguel sin encontrar al enemigo, deja en este pueblo un destacamento de jinetes; regresa al lugar donde había dejado la infantería y la hace contramarchar al Cuartel General, donde pasa la noche.

“ Amanece el 11 de Abril: Piar torna á repetir, con todas sus tropas, el mismo movimiento del día anterior, sin encontrar la División realista, que no ha pasado de Pugn; y desesperanzado de que sus adversarios no se apresuren á buscarlo, se revuelve al poblado; pero no bien gana de nuevo sus cuarteles, cuando la descubierta que dejara en San Miguel le da oportuno aviso de haber entrado el enemigo al indicado pueblo.

“ La Torre corresponde esta vez á la impaciencia con que se apresuran á encontrarlo nuestras tropas; y mucho antes de que éstas logren llegar al punto designado para desplegarse en batalla, la caballería patriota, á cuyo frente galopa Anzoátegui, con el intento de reconocer al enemigo, descubre á poca distancia de nuestros batallones todo el Ejército realista marchando al paso de carga y en columnas á impedir á Piar prepararse al combate.

“ Los carabineros de Anzoátegui tratan de entretener al enemigo, mientras que el General en Jefe se apresura á formar en batalla nuestra infantería. No obstante la probada pericia de este afamado Jefe, sorpréndelo un instante la inesperada proximidad de sus contrarios: fluctúa entre colocar sus infantes detrás del cenagoso morichal de Chinca, que tiene á la derecha, ó ir á fijar su línea en las faldas de una pequeña altura al Occidente del camino de San Miguel. Resuélvese por esta última posición cuando ya las tropas se habían adelantado á tomar la primera; pero éstas contramarchan para ganar la pendiente de la colina, donde van á formarse en una extensa línea, protegida la extrema izquierda por una profunda barranca, y la derecha apoyada en el recuesto de la altura, detrás de la cual queda como emboscada la caballería y en disposición de cargar de flanco al enemigo. A pesar de lo festinado del cambio de posiciones que realizan los republicanos al frente del Ejército realista, nuestros fusileros y flecheros se despliegan en batalla con suma rapidez, poniendo á retaguardia los lanceros de á pie, á tiempo que la División española formaba en tres columnas de ataque, despeja el camino que le cierran los carabineros y se arroja con poderoso ímpetu á impedir el alineamiento de nuestras columnas ó á romperlas antes de quedar definitivamente formadas.

“ La Torre, con sus 1,600 infantes, abre los fuegos á tiro de

pistola de nuestros batallones y los ametralla desde mayor distancia, con dos piezas de artillería (1).

### III

“ En aquellos momentos de inevitable confusión, Piar ordena á Anzoátegui sostenerse á pie firme con las infanterías, mientras él corre á colocarse al frente de todos los jinetes, que en breve arrojá de improvisto por la espalda del enemigo.

“ El batallón *Barlovento*, seguido por el intrépido Coronel Chipia, es el primero de los cuerpos patriotas que da el frente á las columnas de La Torre. Luégo forma Landueta el batallón *Conquista de Guayana*: oyese al punto la voz de fuego, y disparan las armas nuestros fusileros, causando fiero estrago en las masas realistas. Al propio tiempo los 500 indios flecheres ponen mano al carga], y al són monótono de sus gaitas y tamboriles, que resuenan melancólicamente en medio del estrépito, extienden el poderoso arco y una lluvia incesante de agudos dardos, como menudas plumas, anubla el cielo y rápidas descienden sobre los tercios españoles, clavándose vibrantes en muchos esforzados cerzones.

“ Aquellos valerosos indígenas, poseídos como estaban de extraordinario ardor, al frente de sus seculares dominadores, traían á la memoria los tiempos ya remotos de la conquista. Enardecidos luchan por alcanzar la prez de la victoria y vengar los pasados ultrajes, con no menos firmeza y decisión que sus mayores. ¡ Cuánta sangre, entre las contrapuestas razas derramada, recalentó la vertebra por ellos aquel día ! De parias tornábanse en guerreros, tras tantos años de esclavitud y de oprobio. Allí, alentámtelos con el recuerdo del antiguo heroísmo de su raza, hallábase el espíritu independiente de los más soberbios caciques de Venezuela que exterminaron los conquistadores: el de Macarapana, Gil González y Cayaurima, Turicura, Mayasacari, Guaicapuro, Paramacuni, Tamañaco y el heroico Sorocalima. El siglo XVI revivía para ellos en 1817.

“ Empeñado el combate, en vano toma á pechos La Torre abatir nuestra línea, que á pie firme resiste, prevalecible del terreno, el empuje cada vez más violento de los soldados españoles, tan bríosos y tenaces como siempre; pero á pesar de la firmeza con que se mantienen los republicanos, las belicosas cargas que les da el enemigo los abruman, y lamentables pérdidas les ocasiona en poco tiempo. El bravo Coronel Chipia, atravesado de un balazo, riñe la vida en medio de sus soldados, que respetuosamente,

---

(1) La mayor parte de estos pormenores han sido tomados del propio diario de operaciones del General Piar.

sin dejar de combatir, arrojan el cadáver de su jefe con la bandera del batallón *Barlovento*. Salom ocupa el puesto, que no abandona sino muerto, tan valiente oficial. Poco después toma igual suerte al cae to Landueta, enfrentado á los soberbios veteranos del batallón *Cachirí* que dirige Carmona; ambos jefes se fusilan casi á quema-ropa, y ambos empapan con su sangre la tierra donde se baten para jamás volver á levantarse.

“ Estimulado el coraje de nuestros infantes por Anzoátegui, Pedro León Torres y Hernández sienten que gravita sobre ellos la compacta muchedumbre de las tropas realistas, hasta el punto de ser irresistible soportar el empuje con que se ven acometidos por Piar, á la cabeza de la caballería republicana, no tarda en auxiliarlos.

“ Después de destrozarse en dos furiosas cargas á los jinetes enemigos, Piar se arroja, como un simple comandante de escuadrón, sobre las columnas de La Torre y Cerruti, embistiéndolas de flanco. Nuestras lanzas abren profundos surcos en los apañados enemigos que, desconcertados por tan violento é inesperado ataque, repliegan en desorden, tratando de rehucirse á favor del terruño montuoso de las riberas del Orinoco y de la empinada colina denominada *Cerro del Tillo*, que les quedaba á retaguardia. Pero antes de lograr tan deseado, nuestros infantes se aprovechan de la confusión con que se retiran los contrarios, entran en batalla los lanceros de á pie, y extienden sus dilatadas alas arrojando el revuelto Ejército español, á pesar de los desesperados esfuerzos con que sus valerosos jefes se prometieran evitarlo.

“ Al grito cien veces repetido de ¡ Viva Piar ! y ¡ á la bayoneta ! los republicanos cierran al arma blanca contra sus descomulgados enemigos, y de súbito cesaron los disparos.

“ Al estrépito de las detonaciones que el viento espanta en la comarca, sucede, improviso, aterrador silencio, en que por largo tiempo no se oye sino el metálico sonido de los encontrados sable, de las bayonetas y lanzas, el grito angustioso de uno que otro oficial que estimula á sus soldados á mantenerse firmes en aquel encarnizado combate á la sordina, y la voz del intrepido Coronel Cerruti, llena al principio de arrogancia y luego desfallecida, exclama con marcados intervalos: ¡ firme, *Cachirí* !

“ Después de media hora de silenciosa lucha, el Ejército realista, destrozado y disuelto, no combate ya por ganar la preza de la victoria, sino por defender la vida; la confusión y el espanto domina á aquellos veteranos que poco antes se creyeron invencibles; muchos se dejan arrebatar las armas y quedan prisioneros, otros se arrojan á la profunda barranca y mueren alanceados, el mayor número de tan fieros legionarios muere en el puesto con imponderable intrepidez.

“ Inmensa vocería en que el nombre de Piar es saludado con

ruidoso entusiasmo, resuena de repente poniendo término al sangriento combate, y victoriosas quedan al cabo nuestras armas.

“La noche favorece á La Torre que, acompañado solamente de diez y siete individuos, logra escapar, merced á la rapidez de sus caballos, ganando el puerto de las Tablas, donde se embarca y va á llevar á los realistas que habian quedado en Angostura la infausta nueva de su inmenso desastre.

“A 598 muertos en el campo de batalla, 200 heridos y 497 prisioneros ascendió la pérdida total de los realistas en aquella sangrienta y gloriosísima jornada....

“Obtenida tan importante victoria, Piar se apresura á intimar sujeción á los castillos de Guayana la Vieja; pero no logrando el sometimiento de aquellas fortalezas, que no puede reducir á viva fuerza por carecer de artillería de sitio, revuélvese con el ejército, cruza de nuevo el Caroní y va á poner cerrado asedio á la amurallada Angostura en unión del Libertador, que presto llega á reforzar la línea sitiadora con las brigadas de Bermúdez, de Armario y Valdés.

“Las tropas victoriosas en las riberas del Caroní reconocen á Bolívar como Jefe Supremo de la República y júranle obediencia.”

Yá hemos dicho lo que sucedió después. El ilustre Piar pagó con la vida la fama que le dieron sus triunfos y la gloriosa campaña de Guayana, que salvó en los momentos más críticos la causa de la Independencia. Los historiadores lo acusan de insubordinado, y no ha faltado quien lo acuse de pretender una “guerra de castas.” Pero hasta hoy no se ha publicado el proceso que debió tener á la vista el Tribunal *ad hoc* que lo condenó á muerte. En nuestro concepto, Piar corrió la suerte que corren los émulos de los grandes hombres, cuando por cualquier causa inquietan su ambición. La muerte del Duque de Enghien no ha dejado de ser un asesinato que mancha la fama colosal de Napoleón I.

#### IV

De San Félix al Callao hay cosa de 50 leguas de distancia, que se recorren por entre sabanas y morichales, apenas cruzadas por pequeñas lomas ú ondulaciones del terreno. Los transportes se hacen en carros y vagones de cuatro ruedas, sin que haya una calzada consolidada, y cargan hasta cuatro toneladas de peso. En la época de lluvias se inte-

rumpe algo el tráfico por los barrizales que se forman en las partes bajas.

El día que salimos de San Félix, á las dos de la tarde, llegamos á un sitio denominado *Paradero*, cuatro ó cinco leguas antes de llegar á la ciudad de Upata. Hacemos mención de aquel sitio, porque habiendo comido mal y dormido peor, la cuenta que tuvimos que pagar en aquel bodegón, fue la siguiente, por supuesto en oro, que es allí la moneda corriente:

<i>Comida y café</i> .....	\$ 6 20
<i>Paja para dos mulas</i> .....	.. ..
<i>Varios servicios</i> .....	.. 75

S. E. ú O..... \$ 10 ..

El error de cinco centavos no lo reclamámos siquiera, y resignados hicimos la cuenta de haber dormido en uno de los mejores hoteles de París. El viajero se alarma cuando empieza á sentir que en el Territorio se paga todo á precios inusitados. Por ejemplo, el flete de una mula desde el puerto al Callao, vale cuarenta pesos, y un jornalero gana tres pesos diarios.

Entre Upata y Guacipatí las áridas sabanas predominan, y son contados los sitios en que se encuentra agua en la época de verano, y casas para alojarse. Recordamos apenas los sitios de La Florida, Candelaria y Platanales.

En Guacipatí, capital del Territorio, tampoco hay aguas corrientes; la población consume la de pozos artesianos.

Tanto Guacipatí como Upata gozan de climas agradables y sanos, y son, por consiguiente, residencia de las gentes ricas y de las principales autoridades. Aun varios empleados de las minas viven en Guacipatí, que apenas se halla á cinco leguas del Callao, distancia que se puede recorrer en dos ó tres horas cómodamente. Toda esta región se denomina oficialmente *Territorio federal Yuruary*, y se administra por decretos orgánicos y especiales del Gobierno Ejecutivo de la República.

Verdadera sorpresa causa al viajero la llegada al Callao, por el ruido incesante y fuerte de 120 martillos enormes que mueve la poderosa maquinaria de la gran mina, además de los penachos de humo de elevadas chimeneas que enlután la atmósfera y el ruido sordo de las bombas que levantan el agua del río Yuruary, al entrar á la población;

pero la sorpresa crece al penetrar en ella y observar las costumbres, la diversidad de tipos humanos, el desgaire en el vestido, la laboriosidad de los pobladores, y todo aquel conjunto abigarrado y lleno de novedad para el recién llegado; después la sorpresa se convierte en admiración, al apreciar en sus detalles el concurso humano, heroico y prodigioso, que allí se emplea para extraer de las entrañas de la tierra el precioso metal, que da la vida y la muerte á los hombres. Al rededor de la gran mina se ha formado una población de 5.000 habitantes, cosmopolitas, súbditos de todos los países de la tierra. Allí se ven árabes, turcos, griegos, japoneses y hombres de todas las razas, muchos de los cuales viven como marranos, hozando la tierra en busca del *vill* metal. Abundan más los negros de las Antillas, robustos para el trabajo, aclimatados y que tienen costumbres que allí privan, en lo físico y en lo moral; consumen bacalao hedondo, patatas en abundancia, galletas tiesas y mantequilla rancia, con apetito singular. Las mujeres,—las negras y mulatas más horrosas que sea posible imaginar,—son disolutas, descocadas y escandalosas; visten batas largas que cubren, no diremos sus encantos, sino sus desencantos; usan pañuelos de madras en la cabeza, en forma de turbante, como para cubrir el pelo arisco, apinado y áspero que la naturaleza les ha dado, y zarcillos grandes de color amarillo en forma de arabescos; hablan un *patois* ininteligible y cantan salmos hasta en las fiestas profanas con que se divierten.

Había en el Callao muy contadas familias *decentes*, que tenían que llevar una vida de encierro, como prisioneras, para no exponerse al sonrojo de las obscenidades de las *martiniqueñas*, como allí llaman á todas las mujeres de las Antillas. La sanción pública se ejerce, pues, allí en favor del vicio, al contrario de lo que sucede en todas partes. Mas estas irregularidades, consiguientes á campos de trabajo en que los hombres están en mayoría,—lo cual, sea dicho de paso, hace poco honor al sexo masculino,—no son sino meras circunstancias sociales que por vía de observación registramos aquí. Lo interesante, lo que vale la pena de narrarse, son los datos concernientes á la explotación de la gran mina del Callao y las condiciones de aquella región minera, excepcionalmente rica.

Antes de entrar en detalles haremos algunas consideraciones generales, que juzgamos de importancia en la in-

dustría minera, ahora interesante aunque embrionaria en Colombia, y que pueden ser útiles. La Geología y la Mineralogía no han precisado hasta ahora los caracteres esenciales de los terrenos en que hay yacimientos metálicos, especialmente el oro y la plata, que por servir de tipo á la riqueza humana, son los más solicitados. El oro, por ejemplo, se ha encontrado en todas las series geológicas de la costra terrestre, y aun en sitios en que, según el dicho de autoridades científicas, no debía encontrarse.

Puede haber minas en todas partes, sin que sea dato seguro la falta de tradición de su existencia, pues abundan casos de descubrimientos hechos en regiones y sitios en donde las generaciones pasadas habían vivido sin conocerlas.

Un país como el nuestro, completamente cruzado de montañas formadas por levantamientos más ó menos vigorosos de la costra de la tierra, tiene que estar sembrado de rocas primitivas, metamorfoseadas en su mayor parte, ó sometidas á acciones químicas que deben de haber originado yacimientos metálicos de diversas formas y de muy variadas combinaciones.

Viajando hacia el Oriente, hasta la región de las Guayanas, el horizonte, apenas ondulado, revela la base firme de las rocas primitivas, como el *gneis*, que sirve de fundamento al continente de América. Esa base fue rota y levantada cuando se formó la gran cordillera de los Andes. Yacimientos auríferos semejantes á los de las Guayanas puede haber en Colombia, más ó menos á una misma latitud; pero en lo general, cataclismos geológicos posteriores y la lenta formación sedimentaria los han trastornado y modificado, y es probable que algunos afloramientos ó indicios de filones metálicos sean simples trozos desgarrados, independientes de las verdaderas venas fisuradas, ó amontonamientos raros de minerales combinados.

El estudio de nuestras minas requiere un examen práctico en el terreno y ensayos especiales hasta escoger el mejor método de beneficiar cada especie de mineral. Habrá, sin embargo, minas de oro libre, y las hay conocidas en Antioquia, Tolima y aun en el Cauca y Santander, muy semejantes á la mina del Callao, que vamos á describir, por ser la más importante de las que se han trabajado en la región minera del Caratal, y que ha sido reputada como una de las más ricas del mundo.



Toda la Guayana tiene una formación geológica más ó menos idéntica, hasta las bocas del Orinoco y del Ezequibo. Sobre las rocas primitivas, debajo de la capa vegetal, los lechos sedimentarios se componen de arcilla, cascajo, trozos de cuarzo aurífero y arena, mezclados con óxidos de hierro. En esos lechos el oro aparece por lo general en pepitas, que llaman *cochanos*, que son á veces trozos de gran tamaño y valor, como uno que vimos sacar de entre la arcilla, y que pesaba 44 onzas. Cuando una *pirita* ó placer aurífero se acredita, por el hecho de sacar *cochanos* en abundancia, acude un enjambre de mineros que convierten el terreno en una criba, por los muchos pozos verticales que abren. De esos pozos, los más afortunados sacan sumas gordas. En la *pirita* de Cicpra un individuo se enloqueció del gusto de haber sacado en pocas horas como ochenta mil pesos en *cochanos*. Todo el terreno superficial del Caratal es rico en granos de oro, y por lo general todas las piedras rodadas lo contienen también.

La escasez de aguas en aquella región impide aplicar procedimientos hidráulicos, que serían muy productivos. Con aguas abundantes el Caratal daría más oro del que ha dado y puede dar California.

Los trabajos se han profundizado á veces hasta tocar el lecho de las rocas, y así se han descubierto filones riquísimos como los de Nacupay y el Callao; lo que prueba que el oro libre que contienen los lechos blandos superiores ha sido arrojado por fenómenos eruptivos de las venas fisuradas.

Los descubrimientos hechos hasta ahora en esas comarcas son, á nuestro juicio, una parte insignificante del gran desarrollo industrial que promete aquella riquísima región venezolana. Un ferrocarril del Orinoco al centro de las minas sería el mejor medio de acelerar ese desarrollo. Las causas que detienen la extracción del oro en grande escala, son más bien pasajeras que permanentes, y entre ellas figuran la falta de protección decidida del Gobierno en favor de la propiedad minera y de todo lo que tiende á fomentar y garantizar los productos de esa industria. Fuimos testigos allí de abusos cometidos por las autoridades, que hacían casi imposible la adjudicación y explotación de las minas, mientras no se pagaba una fuerte suma ó se daba participación á los que podían ejercer influencias *qnotales*. La comparsa oficial de entonces ahogaba con su codicia la industria minera en ese Territorio. Redimida hoy Vene-

zuela de aquel despotismo, probablemente la industria minera recibirá su parte de beneficio y tomará considerable vuelo. Así lo deseamos sinceramente.

Vamos ahora á concretarnos á las descripciones y datos de la mina del Callao.

V

DESCRIPCIÓN DE LA MINA DE ORO DEL CALLAO

La roca feldespática que forma el techo y el muro del filón del Callao es de un aspecto azul verdoso, muy compacta, y se extiende, á varios kilómetros, de un modo invariable y uniforme. Los barrancos ó pozos verticales que sirven de bocas de la mina, están á corta distancia de un río llamado Yurusry, y esto no impide los trabajos de la mina á más de 300 metros de profundidad. El lecho del río en un largo trayecto es de dicha roca, la cual se exhibe del todo en los veranos, porque las aguas disminuyen en él hasta el punto de no correr ni una gota y quedan solamente depósitos en los sitios hondos del cauce. En los inviernos reúne gran cantidad de aguas; pero sus filtraciones son casi nulas por la capa impermeable del lecho.

El filón del Callao es una verdadera vena fisurada de cuarzo como azucarado, de formación regular, y de una anchura que varía desde 0<sup>m</sup>. 30 hasta 3 metros; su dirección es de Norte á Sur, y su inclinación es de 60°. Esta inclinación ha cambiado á la profundidad de unos 300 metros, y se ha hecho casi horizontal. Todo el cuarzo contiene oro en proporciones muy variables. Cuando el cuarzo se presenta blanco y puro, el oro brilla mucho y se encuentran criaderos de oro nativo que se cortan á cincel. Este material escogido da una proporción de miles de onzas de oro por tonelada. A veces se presentan cintas de material rico, en las cuales el oro brilla diseminado en todo el grueso de la veta. Son muy raros los sitios en que el cuarzo penetra irregularmente en la ganga de los muros, y son igualmente raros los sitios en que la ganga contiene oro independiente del cuarzo. Sólo en estos sitios el oro aparece mezclado con algunas pirritas. Los procedimientos para reunir el oro libre de las minas, son de simple trituración y amalgamación.

La extracción del mineral se practica allí empleando los

procedimientos más avanzados que se conocen en la industria minera. La compañía dispone de catorce calderas para producir vapor, de una fuerza total de más de mil caballos, pero apenas hace uso de la mitad de esa fuerza para mover todo el tren de su maquinaria en incesante acción. Este tren, descrito á grandes rasgos, se compone: de dos molinos con ciento veinte pisones de á setecientas libras cada pison, dos grandes compresores de aire, tres izadoras que pueden sacar sesenta toneladas de mineral por hora, un juego de bombas de mortero dentro de la mina con seis pies de carrera en el émbolo y más de diez golpes por minuto, una sierra, un taller para todos los usos de carpintería y herrería, otro juego de bombas para poner agua del río en los molinos y planchas de amalgamación, un dínamo para la luz eléctrica y varios aparatos conectados para recoger la amalgama y disminuir las pérdidas del oro en el mineral triturado y arrastrado por el agua de los molinos. Hay además un horno pequeño de fundición de hierro, todos los aparatos de un tren para los sulfuros del mineral y á trabajado, dos cortos trayectos de tranvías para conducir el mineral á los molinos, un gran almacén de depósito y todos los edificios correspondientes á tan vasto plan de trabajos.

El año de 1871 se trabajaba en esta mina con una batería de veinte pisones, que apenas trituraron en ese año quinientas quince toneladas de cuarzo. La extracción del mineral fue aumentándose año por año, y asimismo se fue ensanchando el tren de trituración en los molinos. El año de 1886 se alcanzaron á extraer y moler en un mes ocho mil toneladas de mineral. En el transcurso de esos diez y seis años se habían sacado y se habían molido 300,000 toneladas de mineral, con un producto neto de 1.081,706 onzas de oro fino á la ley de 0,900, ó sea un valor que excede de 27 millones de pesos en oro. Este producto da á la mina del Callao un promedio de tres onzas y seis décimos por tonelada de mineral, muy inferior á la realidad, pues el robo en esos años fue muy considerable.

Los gastos de explotación de la mina se han ido disminuyendo muy notablemente á medida que se ha ensanchado el tren de su poderosa maquinaria. El año de 1884 costaba una tonelada de cuarzo 150 francos, y en 1886 este gasto se había reducido á 75 francos. El poderoso tren mecánico de la Compañía le permitía, pues, trabajar el mi-

neral que diese una onza de oro por tonelada, y aun menos, no obstante el alto precio de los jornales y de toda clase de gastos en aquel Territorio. Esto explica por qué en Australia, por ejemplo, es negocio explotar minas de oro libre á una profundidad de más de 600 metros, y con mineral que apenas produce  $\frac{1}{2}$  onza de oro por tonelada. Lo esencial para la explotación ventajosa de una mina está, sin duda, en el montaje de un tren mecánico poderoso; y es tanto más importante esto, cuanto que de esa manera la riqueza de la mina se extrae en el menor tiempo posible. Pero pretender trabajar una mina con economía y pequeño capital, como sucede entre nosotros, es, por lo general, acometer una empresa ruïnosa. La mina misma del Callao dejó pérdidas al principio de su explotación, tanto por las proporciones relativas en los gastos de extracción y beneficio del mineral, como por el porcentaje de la pérdida del oro en los molinos. Esta pérdida fue hasta de un 30 por 100 en el Callao, y hoy es apenas de 7 *dwt*s, ó sean 7 *dollars* por tonelada, debido al buen montaje de los molinos y á los métodos de amalgamación. Entre nosotros hay indudablemente minas muy ricas; pero, siguiendo la rutina de pisones livianos, mal conectados y movidos, sólo aquellas que presenten *criaderos* especiales ó amontonamientos raros de mineral, como algunas de Antioquia, podrán dar buenos resultados.

El último molino establecido por la Compañía del Callao es lo más perfecto que se conoce en la minería. Hay en él 60 pisones divididos en baterías de á 5, tan bien dispuestos y arreglados, que dos vigilantes de planchas bastan para asistirlos y recoger la amalgama alternativamente en cada batería. La trituración es perfecta, tanto por el peso como por la buena construcción de los pisones y de los dados. El mineral descende sobre cada batería por planos inclinados de madera, yá despedazado á cierto tamaño, y automáticamente entra con el agua á los cajones en que se opera la trituración. El material molido corre incesantemente sobre las planchas de amalgamación, dejando en ellas aprisionado el oro por la capa de mercurio que contienen, y va en seguida á rozarse con trozos de tela de bayeta, que detienen la amalgama que pueda deslizarse, para caer después en receptáculos fijos ó movibles, á la manera de cunas, para disminuir las pérdidas en el mineral que siguen arras-trando las aguas.

El mineral que llega por el tranvía al pie del molino se monta sobre el piso alto por un procedimiento muy económico. Enlazados dos cajones fuertes de madera ó de hierro por un cable montado sobre una polea colocada más arriba del piso alto, cuando el un cajón sube el otro baja, dándole á éste mayor peso. Con este fin, el cajón desocupado arriba se llena de agua por medio de un surtidor de ancha llave que alimentan las bombas que dan agua al molino. Mientras se llena de mineral el cajón que está abajo, el de arriba se llena de agua hasta que pese más que el otro cargado con mineral. En el acto en que empieza á descender, se cierra la llave del surtidor, y al terminar su carrera el otro ha ascendido con el mineral. Dedicando un solo cajón al ascenso del mineral, el aparato funciona con más rapidez y facilidad, pues al otro se le puede poner llave para derramar el agua abajo, y si pesa un poco menos cuando están ambos vacíos, el ascenso de éste se verifica por esa diferencia de pesos.

Colocado el mineral en el piso alto, los trozos grandes se despedazan por medio de un aparato que en forma de quijada los comprime y derrama sobre la tolva de los planos inclinados que van al pie de los pisones de cada batería.

Al lado de cada molino hay un departamento en que reside el empleado encargado de recoger la amalgama que le entregan los vigilantes de planchas y de ponerla en estado de ser fundida en las retortas volatilizadoras del mercurio. Este empleado es siempre de mucha confianza y bien remunerado para evitar el fraude; está encargado de entregar, por riguroso registro diario, pesada la amalgama, al completarse cierta cantidad, y al mismo tiempo es el encargado de fundirla. Para esto hay un horno en el mismo departamento, apropiado al efecto. Después, en una segunda fundición, y en departamento separado, otro empleado especial y entendido le da al oro la ley de 0,900 y lo arregla en planchas de á mil onzas de peso. Tan perfectas se hacen allí todas estas operaciones, que las planchas de oro del Callao se reciben en Europa corrientemente y son un verdadero *standard* para el oro en barras.

Todos los trabajos establecidos fuera de la mina se denominan *trabajos de superficie*. Hay en ellos combinaciones de movimientos ingeniosísimos. Las izadoras, por ejemplo, tienen detalles admirables: una especie de tija,

como de un metro cúbico de volumen, sube y baja á voluntad de un empleado que mueve el registro de un gran tambor movido por vapor, en que se envuelve ó desenvuelve un cable que sostiene la tina en posición vertical por medio de una polea convenientemente situada. La tina está guiada por rieles verticales, y un aparato automático la adhiere á ellos en caso de ruptura del cable: así es que los obreros que suben y bajan no tienen peligro si se rompe el cable. Al llegar la tina á cierta altura fuera de la boca-mina ó superficie, ella misma, automáticamente, siguiendo otros rieles laterales y por un juego de charnelas, se desvía de la vertical hacia un lado y derrama el mineral en depósitos altos, muy fuertes y bien hechos, de madera, para descender por planos inclinados á unas compuertas colocadas sobre el enriellado del tranvía. Colocado el carro de transporte debajo de la compuerta, ésta la abre el conductor por medio de una palanca para que el mineral caiga sobre el carro, y la cierra con sólo soltar la palanca.

La boca-mina número 6 del Callao tiene un pozo vertical de más de 360 metros; la tina cargada lo recorre, subiendo ó bajando, en menos de un minuto. El movimiento se efectúa, como lo hemos dicho, á voluntad de un empleado encargado de manejar el registro ó palanca que da vapor ó contravapor á un cilindro ó tambor en que se enrolla ó desenrolla el cable que sostiene la tina. Este empleado tiene toda su atención fija en el aparato, y por señales convenientes, sabe cuándo está lista la tina para ascender. Todos los movimientos son precisos, perfectos, como si la fuerza propia del empleado fuese la que manejase la tina; así es que la detiene en el punto que él quiere y la hace andar más aprisa ó más despacio, á su voluntad.

No menos admirable es el funcionamiento y distribución del vapor para mover los compresores de aire, las grandes bombas, el taller, etc. Es difícil que haya en el mundo una mina con un montaje tan completo. Para no cansar á nuestros lectores con mayores detalles sobre los trabajos de la superficie, nos limitaremos á hacer algunas descripciones importantes de los trabajos subterráneos,

VI

Si el espíritu humano se abisma cuando medita en los espacios infinitos del cielo, llenos de maravillas sorprendentes y aun de misterios que las ciencias apenas han podido bosquejar, al meditar en los antros de la tierra se contrae, se abruma y tiende, por una reacción misteriosa, á expandir su vigorosa esencia. Penetrar en las profundas cavernas de una mina como la del Callao es sentir una de aquellas sensaciones que el placer y el dolor causan en rápido intervalo, es unir la vida y la muerte por un hilo elástico que la casualidad puede romper, es una sensación rara—y por lo mismo atrayente—que causa emociones vertiginosas. El esfuerzo humano aplicado á las minas profundas es el heroísmo del trabajo en toda su magnificencia y esplendor; es la demostración perentoria de que la raza de los titanes existe aún entre los hijos de los hombres. La ciencia humana exhibe allí también sus más fecundas aplicaciones. El hombre ha vencido todas las dificultades naturales, ha puesto todos los elementos necesarios en cantidad y condiciones convenientes, y ha educado su organismo para resistir la ocupación de espacios no adecuados á su existencia. Con el hierro, el acero y las materias explosivas penetra hasta donde quiere y como quiere. Con el vapor vence la acción de la gravedad y eleva á alturas prodigiosas los materiales más pesados. Suple la débil fuerza de sus músculos con los perforadores y las combinaciones mecánicas. Abre por entre las rocas el tiro que obliga al aire á obedecer á sus cálculos. La misma materia que abate y domina le sirve para soportar el enorme peso de las masas cuyo equilibrio perturba en sus atrevidas excursiones, y suple toda falta con la inteligencia y el estudio. Todo es grandioso y todo es admirable en los trabajos profundos de una gran mina como la del Callao.

Quando por primera vez bajámos á ella, todo nos parecía fantástico é ilusorio; después, la admiración y el entusiasmo dominaron nuestro espíritu. La previsión y el orden son esenciales condiciones en trabajos de esa especie, pues el menor descuido ocasiona desastres terribles. Toda precaución, no obstante, es ineficaz para evitar desgracias en las minas. En la del Callao han ocurrido y ocurren también, aunque el servicio de los obreros está muy bien reglameñ-

tado. Las guardias se relevan y cumplen un jornal cada ocho horas, en este orden: á las 6 de la mañana, á las 2 de la tarde y á las 10 de la noche, alternando el personal para alternar el servicio diario y nocturno; así es que en la mina se trabaja incesantemente, de día y de noche, sin excluir los domingos y demás días festivos. Mientras estuvimos en el Callao (21 meses) sólo vimos suspender trabajos los jueves y viérnes santos. Las guardias tienen á las veces un personal de más de doscientos hombres, divididos en varias secciones, para trabajar en diversos departamentos. En cada sección hay un vigilante encargado de recoger el mineral más rico, para evitar el fraude de los obreros, pues éstos emplean los medios más increíbles para sacar oculto el oro nativo y mineral rico. A los obreros taladradores se les abona el jornal por tarea. Cuando trabajan con taladro de mano, la tarea es de 9 pulgadas en el mineral del flón, y con taladros de aire comprimido la tarea es de 27 pulgadas, ó sea el triple de lo de un taladro común. Durante las ocho horas, si el obrero hace el doble de la tarea, gana doble jornal. Cada obrero carga el barreno que abre después de medido por el vigilante; y á una orden del capitán de mina que preside la guardia, se prenden las mechas de los taladros. Este es uno de los momentos más críticos dentro de la mina. Las detonaciones son como descargas redobladas de baterías de artillería: las rocas tiemblan y á ocasiones se desprenden trozos enormes de los muros; del mineral atacado vuelan como proyectiles en varias direcciones: las luces se apagan; el aire estremece todo el maderamen y los soportes de la mina; el eco redobla las detonaciones en vagas ondas, y el humo de la dinamita hace fatigante la respiración. Para resistir estos efectos los obreros buscan las partes más seguras de la mina, generalmente en las galerías estrechas de exploración, las cuales por lo general van bien avanzadas de los frentes de trabajo en actividad.

Suele suceder que algunos cartuchos de dinamita no estallan, y quedan ocultos, especialmente en los taladros de aire comprimido, que son más profundos, de 3 y 4 pies, y al volver á perforar es peligroso dar con esas cargas ocultas, pues estallan y destrozan á los obreros cercanos.

En el Callao y en toda la región minera no se consume otro explosivo que la dinamita Nobel. El consumo es, pues, inmenso, y debido á eso una compañía francesa montó una fábrica de dinamita en las inmediaciones de Ciudad Bolí-



var, y vendía inmensa cantidad en las minas. Después hemos sabido que en la fábrica ocurrió un siniestro que la destruyó parcial ó totalmente. Los mineros tienen tal hábito de manejar la dinamita, que de ella hacen uso hasta para reemplazar los cohetes, arrojando los cartuchos con la mano, como quien arroja piedras. En la sola mina del Callao calculamos un consumo anual de dinamita como de 25,000 kilogramos.

El alumbrado interior de la mina se hace con velas esteáricas, y creemos que no es menor de 20,000 kilogramos el consumo anual de este artículo. También se han fundado en Venezuela varias fábricas de velas esteáricas, probablemente por el gran consumo de las minas. Esto prueba el enlace en que están las industrias: cuando una prospera, hace prosperar á las otras.

Después de que han transcurrido las ocho horas de una guardia, sale ésta á la superficie y baja al mismo tiempo el reemplazo. Todos los obreros salen por lo general empapados á causa de las filtraciones, y cambian de vestido en presencia de un vigilante de boca-mina, quien los esculca cuidadosamente, pues acostumbra sacar pedazos y polvo de oro en el vestido, en la boca, en el pelo y aun en las partes más ocultas del cuerpo. Este mismo vigilante provee á los obreros de los vestidos con que la Compañía los obliga á bajar para evitar el fraude—y que llaman *chupulunes*—compuestos de un calzón y una chaqueta de género; reparte también las velas para los obreros, y lleva cuenta detallada de las herramientas, cajas de dinamita y de todo lo que entra y sale de la mina.

Salir á la superficie después de permanecer ocho horas en el interior de la mina, es sensación muy grata. Todos los obreros salen fatigados, con tendencia al cansancio, hablan poco, y el aire oxigenado les imprime placidez en la fisonomía. Un baño se apeteca en seguida, pues el sudor copioso que provoca el aire denso de la mina, además de una alta temperatura, incitan á sentir la frescura del baño y el aseo del cuerpo. Al efecto, la Compañía ha puesto baños para los obreros al lado mismo de la boca-mina; de manera que al cambiar de vestido todos los obreros se bañan.

Los transportes se hacen dentro de la mina en carros montados sobre rieles. En las galerías horizontales los peones empujan los carros, y en las que tienen pendientes se

tiran por cables enrollados, en cabrestantes fijos. Cuando el mineral ha de descender, lo arrojan á botes por la pendiente. El tiro número 4 de la mina del Callao no es vertical sino en un corto trayecto; después sigue la inclinación del filón, cosa de 60°; pero esto no impide que la tina siga con esa inclinación la guía de los rieles que la conducen hasta el fondo. En todo este trayecto inclinado hay escaleras de madera para el servicio de los obreros.

A fines de 1886 se calculaba que las exploraciones hechas por el filón presentaban mineral á la vista para un trabajo de siete años. Como sucede en toda mina, la explotación más rigurosa se hacía del lado en que el mineral era más rico, y se llegó hasta el extremo de atacar el filón de una manera continua, sin dejar pilares de sostenimiento del mismo mineral, comprometiendo así la estabilidad del techo, precisamente en un punto cercano al cambio en la dirección del filón, con lo cual se hizo menos estable el techo y por consiguiente más expuesto á derrumbes. En esos meses la Compañía alcanzó sus más altos dividendos; llegó hasta á producir la mina en el mes de Octubre de 1886 el enorme guarismo de 20,000 onzas, ó sea la suma de \$ 500,000 en oro. Pero este afán de extraer todo el mineral rico de una vez, trajo consecuencias fatales: en el siguiente mes de Noviembre se cayó toda esa parte de la mina en una extensión como de una hectárea, dejando sepultada la parte rica del filón entre escombros irremovibles. Por una feliz casualidad aquel inmenso derrumbe no causó la muerte de ningún obrero, pues ocurrió en momentos en que se relevaba una guardia. Tal contratiempo ocasionó rebaja considerable en el producto de los meses subsiguientes, y las acciones de la Compañía bajaron un ciento por ciento. Después no hemos podido informarnos del alza que hayan tenido, como es de suponer, pues yá habrán abierto nuevas galerías para coger en otra dirección la parte de veta rica. Mientras tanto la Compañía habrá podido, aunque con mineral más pobre, dar alimento al gran consumo de los molinos y repartir siempre dividendos á los accionistas. La poderosa maquinaria de la mina del Callao se estimaba el año de 1886 en \$ 800,000, fuera de edificios, útiles y muebles.

Réstanos dar alguna idea de su fundación, de las transformaciones que ha tenido la empresa, así como algunos pormenores relativos al valor que representa y gastos anuales que ocasiona.

VII

La legislación de minas en Venezuela adolece del defecto de una centralización peligrosa. Toda concesión la otorga, si quiere, el Ejecutivo Federal; así es que el descubrimiento de una mina no da por sí derecho á la explotación. Por lo demás, las disposiciones reglamentarias del Código de minas son bastante liberales. Hé aquí algunas de ellas:

“No puede explotarse *ninguna mina* sin que preceda un acto de concesión del Ejecutivo Federal.

“Constituye una mina una hectárea, ó sea una superficie de diez mil metros cuadrados.

“Si en una concesión se encontrare enclavada otra, el dueño de la primera tiene derecho de continuar la explotación del filón que, naciendo en su concesión, pase por la concesión enclavada, hasta llegar á la otra parte de su concesión. Los perjuicios que de aquí se deriven, serán indemnizados á juicio de peritos.

“Además de las concesiones de minas dichas, habrá para la explotación del oro pequeñas concesiones que se denominarán barrancos.

“Constituirá un barranco un sólido de base cuadrada de diez metros por lado, horizontalmente medido, y de profundidad vertical indefinida.

“Las concesiones de minas no podrán hacerse por menos de cuatro minas; y en cuanto al *máximum*, queda á juicio del Ejecutivo Federal fijarlo en cada caso, cualquiera que sea el número que se solicite.

“Las concesiones de explotación de minas no podrán otorgarse por más de 99 años, ni por menos de 50.

“Las concesiones de barrancos se otorgarán por tiempo indeterminado, debiendo renovarse las patentes respectivas, cada año cumplido....

“El concesionario deberá poner en explotación las minas que le han sido concedidas, dentro del término de diez y ocho meses, á contar desde la fecha del título de concesión. El Ejecutivo Federal *podrá prorrogar* este lapso por seis meses más.

“Vencido el término, inclusive la prórroga, si no se han puesto en explotación las minas concedidas, caducará el título, declarándose nulo y de ningún valor ni efecto....

“Toda persona hábil para contratar conforme á la Ley, y sea cual fuere su nacionalidad, puede optar al derecho de explotar los terrenos mineros que administra el Ejecutivo Federal.

“El derecho de optar á la explotación de minas puede ejercerse individualmente ó en compañía....

“ Desde la fecha en que se expida un título para explotar minas, el concesionario entrará á pagar la contribución de 15 bolívares anuales por cada una; y tan luego como haya montado sus baterías, pagará, además, anualmente, mil quinientos bolívares por cada batería de cinco filones que emplee en la trituración.

“ Si se emplearen otras máquinas ó aparatos, deberá el concesionario pagar la contribución anual de mil bolívares por cada uno.

“ Los concesionarios de barrancos pagarán al año treinta bolívares. . . .

“ La falta de pago de los derechos establecidos, amerita la ineficacia del título de concesión, siempre que dicha falta se repita en dos trimestres seguidos.

“ Cuando se presenten dos ó más personas ó compañías solicitando á la vez una misma concesión de minas, se dará la preferencia en el orden siguiente:

“ 1.° Al descubridor de tales minas, siempre que compruebe serlo. . . .

“ 2.° Á los individuos ó compañías, nacionales ó extranjeras, que aporten mayor capital para la empresa; y

“ 3.° A los que hayan hecho gastos de mensura y levantamiento de planos, por virtud de concesiones, aunque éstas hayan caducado.”

La Compañía de la mina del Cullao se organizó el año de 1870, con un capital de \$ 30,000, representado en 12 acciones de á \$ 2,500 cada una. Poseía entonces cien terrenos auríferos de barrancos sobre el filón hallado cerca de la superficie. En los estatutos se fijó la condición de emitir más acciones en caso de ser insuficiente el capital suscrito, y poner un fondo de reserva con el cinco por ciento del producto neto. En 1878 se verificó una nueva organización de la Compañía, en la cual se dispuso fijar el número de acciones en 32 $\frac{1}{2}$ , número que sólo podía elevarse con los votos de las cuatro quintas partes de las acciones, y únicamente en el caso de agotarse todos los recursos de la empresa. Se previno también elevar el fondo de reserva á ciento cincuenta mil pesos, con el diez por ciento del producto neto de la empresa, y toda reforma de los estatutos requería los votos de las dos terceras partes de las acciones. Fue entonces cuando el señor D. Antonio Liccioni, Presidente de la Compañía, y de quien antes hemos hablado, coronó los grandes esfuerzos que había tenido que hacer para salvar de total ruina la empresa. Las acciones llegaron á cambiarse por víveres, ó por cualquiera cosa, como cédulas completamente depreciadas en el mercado. El señor Liccioni tenía gran

fe en el éxito de la empresa, y comprometió no sólo su capital íntegro, sino hasta su crédito, y así pudo salvarla cuando nadie confiaba en ella y todos le negaban hasta las velas para el alumbrado de los obreros. Fue después de que la mina tuvo un molino de 20 pisones bien montado cuando sus productos fueron creciendo y con ellos el inmenso tren de maquinaria que ha dado los grandes rendimientos de que hemos hablado.

Véase, pues, que toda empresa minera requiere capital suficiente y dirección hábil y enérgica. Si esta mina, reputada como la más rica del mundo por la regularidad de su formación, por los ricos criaderos que mostró desde el principio, por las facilidades mismas del tratamiento del mineral, estuvo en descrédito, y casi á punto de hacer fiasco, ¿qué no sucederá con las minas apenas descubiertas, por las cuales se piden sumas enormes, ó se pretende una explotación rústica, como sucede entre nosotros? Nuevos fracasos y mayor descrédito para la industria minera serán los resultados de tales procedimientos. Es preciso convencerse de que el que posee una mina no posee nada si no hay el capital necesario para trabajarla con buena maquinaria, y que toda participación en una empresa minera tiene un valor relativo, tanto mayor cuanto mayor sea el capital disponible para gastos, aunque sea menor el número de acciones que representen esa participación. Pero desgraciadamente sucede lo contrario entre nosotros. El dueño de una mina quiere que otro ú otros pongan capital para los gastos y quedarse él dueño de la mayor parte de acciones, ó pide una suma exorbitante si le ofrecen compra. Por lo común arregla á su gusto alguna compañía; ésta va poniendo tímidamente fondos que nunca alcanzan para hacer frente á los gastos, y al fin viene el desconcierto, y la mina se abandona y se desacredita. El objetivo de toda empresa minera debe ser, no pudiendo negociarla, levantar capital suficiente para trabajar la mina por los mejores procedimientos conocidos.

En el país hay pocos capitales suficientes para afrontar la explotación formal de minas, por ricas que sean; lo más acertado sería organizar sindicatos para reunir fondos suficientes con objeto de explorarlas y estudiarlas cuanto la ciencia exige, á fin de ofrecerlas á capitalistas extranjeros, quienes indudablemente harán buenas ofertas por aquellas minas que, bien exploradas y estudiadas, les dan el con-

venimiento de ser un buen negocio. No bastan simples ensayos, aunque éstos recen productos fabulosos, como 200 y 600 onzas por tonelada, proporción inaceptable é inverosímil al considerar la masa general del mineral que constituye la mina. Es preciso, en primer lugar, perseguir la formación, para cerciorarse de ella, cortarla, medir en varios puntos y á las mayores distancias posibles el espesor de la veta, para poder estimar así su importancia y su valor. Es preciso sacar mineral de distintos puntos y de lugares apartados, mientras más profundos mucho mejor, y hacer diversos ensayos del mineral común, sin escogerlo, para fijar así una proporción aproximada de su riqueza. Es preciso levantar los planos, estudiar las ventajas ó inconvenientes que ofrezca la comarca, por las aguas, el combustible, las maderas, caminos, etc., para juzgar del valor que pueda tener la empresa. Para los capitalistas extranjeros es preferible que se conozca el valor aproximado de una mina por las exploraciones y el estudio, aunque por eso la paguen más caro, que aventurarse en especulaciones fundadas sobre simples descubrimientos.

Siendo raras las minas de veta de oro libre, la mayor parte presentan el mineral combinado con varios metales. La mineralogía, ciencia experimental, se halla todavía en embrión. No hay procedimientos generales ó fijos que deban preferirse. En los Estados Unidos se han trabajado en casi todos los Estados y Territorios minas de variados minerales, y se ha comprobado que para cada clase de mineral conviene tratamiento distinto, ya por razón del mejor rendimiento, ya por la economía en los gastos. Lo más acertado, para nosotros, sería, después de explorar y estudiar suficientemente una mina, llevar á aquel país unas cuantas toneladas de mineral y escoger allí la maquinaria y el tratamiento apropiado, para venir y aplicarlo, si se acomete la explotación, antes de hacer otros gastos que pueden hacer agotar el capital infructuosamente.

Pedimos perdón al lector por estas digresiones, y continuamos el relato de la mina del Callao.

## VIII

El año de 1875 pudo la Compañía empezar á repartir dividendos, es decir, á los seis años después de su funda-

ción; y fue en 1881 cuando los dividendos se aumentaron, es decir, á los doce años, y cuando ya el fondo de reserva acumulado había permitido elevar á 60 los pisonos del molino, y ensanchar la maquinaria para la extracción y transporte del mineral. Con tales elementos era visible la progresión creciente de sus productos; había cesado el período de peligros y dificultades, y el porvenir lisonjero apenas imponía el cuidado de saber ensanchar el capital y el crédito de la Compañía. Se pensó entonces, con mucho acierto, en convertir las 32 acciones y un quinto que representaban la empresa, en 32.200 acciones de á 125 bolívares (francos) cada una, ó sea un valor nominal de treinta y dos millones doscientos mil bolívares, que podían emitirse en cédulas al portador, con cupones para cobrar los dividendos mensuales. En 1883 fue aprobada esta determinación por la Junta General de Accionistas, que contaba ya con un personal de 106 accionistas, y en 1886 se puso en práctica. Como los dividendos habían seguido en aumento, y el ensanche de los molinos y de la maquinaria prometía más halagadores resultados, los accionistas, al recibir sus nuevos títulos, hicieron ventajosas ventas, ó los reservaron como mejor negocio. El personal de la Compañía se extendió mucho, especialmente en Francia ó Inglaterra, su crédito y su fama ha llegado á todas partes y sus acciones se cotizan en la Bolsa de Londres.

En el mismo año de 1886 la Compañía poseía en propiedad 2.253 hectáreas ó minas compradas al Gobierno y á los particulares, extensión que le permite una explotación desahogada y que le suministra toda la madera y todo el combustible que puede necesitar. Para alcanzar estas ventajas ha tenido que hacer desembolsos fuertes, pero ha logrado premunirse de las asechanzas y peligros con que la envidia humana persigue á empresas tan productivas como la mina del Callao. Sus directores han sido, pues, hombres hábiles, inteligentes, muy buenos representantes y defensores de los derechos é intereses de la Compañía.

Poseía también en propiedad algunas otras minas, y tenía en explotación la denominada *La Unión*, que empezaba á dar á la Compañía utilidades notables. Si por algún contratamiento inesperado el filón del Callao terminase en todas direcciones, la Compañía seguiría explotando otras minas que pueden ser también muy ricas.

Los gastos anuales de la mina del Callao pueden com-

putarse en más de un millón de pesos, ó aproximadamente noventa mil pesos por mes. Hé aquí algunos de los jornales y sueldos que paga: un minero, \$ 4 diarios (el peso es de 4 francos); un peón en la superficie, \$ 3 diarios; un fogonero, \$ 3-75 diarios; un vigilante de plancha en los molinos, \$ 150 mensuales y la comida; un vigilante en la mina, \$ 200 mensuales; un vigilante de boca-mina, \$ 200 y la comida; los maquinistas que dan vapor á los motores de la sierra, taller, izadores, bombas, etc., hasta \$ 6-50 diarios. Hay muchos otros empleados de administración, manejo y demás servicios de la mina, todos bien remunerados y bien asistidos por cuenta de la Compañía. El Superintendente era hasta 1887 el señor H. O. Perkins, ingeniero de minas, norteamericano, hombre muy inteligente y consagrado; ganaba un sueldo de 25,000 *dollars* anuales y se le cubrían todos sus gastos.

En la región minera del Caratal el combustible que se consume es leña: no hay en todos sus contornos ni indicios de terrenos carboníferos. Por el alto precio de los jornales, las empresas mineras, aun teniendo bosques propios, pagan muy caro aquel combustible. El Callao paga á algo más de \$ 12 la *tarea* de leña, ó sea un volumen como de dos yardas cúbicas. En el año de 1885, por ejemplo, consumieron sus máquinas 12,315 tareas de leña, que le costaron \$ 148,097. Este gasto, muy fuerte en verdad, por sí solo basta para convencer á la Compañía de la conveniencia que para ella encierra la construcción de un ferrocarril del Orinoco al Callao. En la isla de Trinidad vale una tonelada de carbón \$ 4. Existiendo aquel ferrocarril, y por altos que fuesen los fletes del río y del dicho ferrocarril, podía estimarse la tonelada de carbón en las minas, en \$ 12. Una tonelada del carbón que se vende en Trinidad equivaldría en fuerza calorífica á cuatro tareas de leña de la que consumen las máquinas del Callao; de manera que, valiendo las cuatro tareas de leña \$ 48 y la tonelada de carbón \$ 12, la cantidad de combustible equivalente á una tarea de leña deja una economía de \$ 9. Si se gasta como en 1885, un número de 12,315 tareas, la economía anual sería de \$ 110,835. A esta suma deben agregarse otras de significación que la Compañía podría economizar en sus transportes, tanto en los efectos que remite al almacén del Callao, como en las remesas de oro que cada mes salen escoltadas del Callao para Ciudad Bolívar. Estos gastos de



transporte cuestan á la Compañía anualmente unos \$ 50,000, y podría reducirlos á la mitad habiendo un ferrocarril. Con bastante aproximación puede, pues, calcularse en \$ 140,000 las economías anuales que haría la Compañía con un ferrocarril de Puerto de Tablas al Callao.

Considerando, por otra parte, que este ferrocarril no costará más de \$ 5,000,000, y que con el crédito de que goza la Compañía, bastaría que resolviese emprender su construcción para realizarlo en corto tiempo; es inexplicable que ella no haya acometido una empresa tan conveniente á sus intereses, y que la haría, *ipso facto*, participe del valor futuro de la región minera. Probablemente influya en esto la falta de seguridad en el cumplimiento de la ley, y por consiguiente la falta de seguridad en todo, que se hacía sentir en Venezuela, hasta hace poco tiempo, durante la influencia personal del General Guzmán Blanco; pero habiendo cesado ya esa inseguridad, la Compañía debiera, á nuestro juicio, pedir un privilegio y comenzar la construcción del ferrocarril á las minas, con la esperanza de hacer un gran negocio y de cumplir, hasta cierto punto, con un deber, coadyuvando al desarrollo progresivo de la industria minera en la región que le ha dado y contiene sus valiosas propiedades.

El pormenor general de los gastos de la Compañía presenta los siguientes datos en 1885:

Gastos en leña, con otros gastos adicionales. \$	156,622
Id. en madera labrada (1).....	85,407
Id. en herrería (taller).....	85,602
Id. en maquinaria (taller).....	18,176
Id. en calderas (taller).....	10,555
Id. en fundición (taller).....	6,658
Id. en policía (vigilancia).....	61,710
Id. en carpintería (taller).....	31,425
Id. en agua (servicio de bombas).....	20,829
Id. en asistencia de empleados (2).....	65,333
Id. en la mina, molinos, etc.....	846,535

Total de gastos.....\$ 1,289,062

[1] Por estar en construcción el molino nuevo, se gastaron ese año 231,845 pies cuadrados de madera labrada; de manera que el pie cuadrado salió costando á más de quince centavos.

[2] El término medio del número de empleados que reciben la comida, es de 55; así es que la Compañía gasta, por término medio, \$ 97 por cada uno en cada mes.

El producto total de la mina en ese mismo año de 1885 fue de \$ 2.740,985, y pudo, por tanto, repartir en dividendos á los accionistas la suma de \$ 1.143,100. El año siguiente, en 1886, los dividendos pagados fueron como el doble de la suma anterior, no obstante el siniestro ocurrido en la mina y del cual hemos hablado antes.

Las barras de oro que se remiten cada mes del Callao á Ciudad Bolívar van escoltadas por un cuadro de ocho á diez personas bien escogidas y armadas. A cada conductor le paga la Compañía \$ 200 por el viaje redondo, que dura á lo más ocho días; pero todos son hombres de valor, honrados y generalmente de fama militar. Esta precaución de custodiar así sus remesas proviene de que unos bandidos asaltaron al correo de la Compañía, mataron al conductor y robaron toda la remesa. El crimen produjo tal indignación en las comarcas vecinas, que voluntariamente se armaron varias partidas y salieron á buscar á los asesinos y ladrones. Hubo en esas pesquisas un hecho bastante singular. El acontecimiento había ocurrido á orillas de un bosque, por el cual lograron salvarse dos peones que acompañaban al conductor, quienes declararon que los salteadores, en número de cinco ó seis, estaban á caballo y armados de lanzas. Con este dato un indio se comprometió á seguir los rastros de los caballos, y lo consiguió efectivamente. Colocado en el sitio del crimen, tomó el rastro y condujo á una partida armada que persiguió á los asesinos hasta el punto en que encontraron, casi muertas, amarradas las mulas que conducían el oro robado, el cual había sido allí repartido; esto, después de atravesar sabanas y morichales en una extensión de varias leguas, y no obstante que habían transcurrido tres ó cuatro días después de cometido el crimen. De aquel lugar, el mismo indio siguió la huella de uno de los asesinos hasta la casa de un hombre que era de conducta sospechosa; lo aprehendió la partida, y con sólo amenazarlo de muerte, se declaró confeso y denunció á sus cómplices. El oro fue recuperado casi en su totalidad y devuelto á la Compañía, la cual recompensó bien á los descubridores del crimen. Estos *lincharon* á los asesinos y cometieron con ellos actos de crueldad.

## IX

Como la dirección del filón del Callao es de Norte á Sur, una acaudalada Compañía inglesa compró al Sur, y á corta distancia (500 metros á lo más) del lugar en que ha tenido aquélla su principal explotación, varias concesiones mineras, con las cuales se organizó la empresa denominada *Callao-bis*. Esta empresa llevaba gastadas como cien mil libras esterlinas en la compra del terreno y en exploraciones buscando la continuación del filón de la mina del Callao. Después de varios años de trabajo y tan crecidos gastos, á fines de 1886 había tocado en un pozo vertical que se trabajaba á una profundidad de más de 200 pies, una veta de cuarzo, con oro á la vista, de un espesor de 2 pies, y que por la naturaleza del cuarzo parecía ser el filón rico del Callao. Es de suponer que, á la fecha, la empresa de Callao-bis esté definida favorablemente, y en este caso la población del Callao habrá recibido un apoyo de consideración, como lo deseamos vivamente.

Como á dos kilómetros del Callao, hacia el Oriente, otra mina de gran reputación, la Naocupay, iba á trabajarse nuevamente con un buen capital colectado en los Estados Unidos. Es posible que esta empresa esté ahora en buena situación.

Había varias otras empresas en actividad, tales como Panamá, Chocó, Chile, Perú, etc., y muchas concesiones demarcadas, algunas en exploración.

Vimos también allí bastantes empresas arruinadas, casi todas con mina conocida y aun con maquinaria montada. Una de éstas,—no recordamos si la Nueva Hansa ó la Eureka,—con un filón de buen espesor, con oro á la vista, explorado en larga extensión, y con buenos motores y molino de 25 pisonos, en edificios bien montados, y, sin embargo, la empresa estaba en quiebra y todo el tren como abandonado en medio del bosque y las malezas. ¿Qué habrá sucedido?... Que habiéndose agotado un capital de dos millones de francos, cuando la empresa empezaba á trabajar el filón para extraer mineral, un *topo de agua* abundante inundó la mina, y para poderla trabajar se calculaba un gasto fuerte en el montaje de poderosas bombas. Este aumento de capital se había hecho imposible, por el pá-

nico y el descrédito en que cayó la empresa. Véase, pues, cómo toda mina es siempre un problema. Ojalá tengan en cuenta esto los dueños ó descubridores de minas en nuestro país, quienes por lo general estiman en poco el riesgo del capital que ha de servir para trabajarlas.

Después de permanecer cerca de dos años en la región minera del Caratai, y de haber conocido la mayor parte de sus minas en explotación, especialmente la del Callao, hemos formado la convicción de que la industria minera es la más difícil y la más arriesgada de todas las industrias, por lo mismo que es la más productiva. El oro exige mucho oro para extraerlo. Imprudencia muy grave comete el que arriesga en minas toda su fortuna. La asociación del capital por pequeñas acciones es el mejor sistema para emprender en minas, pues arriesgando poco, se pueden alcanzar grandes ganancias. Así lo han comprendido y así lo practican los ingleses y los norteamericanos, que son los que más ciencia y dinero han dedicado á la extracción del oro en todos los países del globo, y á lo cual deben, indudablemente, sus inmensas riquezas y aun su preponderancia sobre las otras razas. Los ingleses y los *yankees* han sacado más de las dos terceras partes del oro que hoy circula en el mundo, especialmente en el presente siglo. La grandeza y el admirable desarrollo de los Estados Unidos se debe, más que todo, al oro de California, de los Territorios orientales y demás Estados de aquel país, pues el oro se ha encontrado allí por todas partes. Capitales ingleses y personal inglés han contribuído al laboreo de todas las minas del mundo, ya en América, en Europa, en Asia, Africa y Oceanía; y es tal la codicia de esa raza por el oro, que no hay inconveniente ni obstáculo que respete ante el halago de trabajar minas ricas del precioso metal. Pero no obstante esta codicia, y aun teniendo superabundantes elementos y convencimiento de las ventajas de la explotación de las minas, los ingleses y *yankees* buscan siempre en las asociaciones numerosas el capital que se emplea en las minas, y ninguno arriesga lo necesario físico en ellas. Además, por el arte mágico de los valores fiduciarios que permite el comercio científico, la riqueza empleada en la explotación de las minas figura con mucho en los cambios ordinarios del mercado de valores, y pone en actividad fecunda todos los capitales invertidos en esa industria, de modo que sirvan á las otras industrias y á la riqueza pública en general.

Toda reflexión sobre este asunto de minas nos parece de alguna importancia, por cuanto tenemos minas en todo el país; y acaso esa industria, bien manejada, puede traernos un rápido progreso. Pero tememos ya fastidiar al lector con este tema, y lo abandonamos para seguir nuestro derrotero de viaje hasta Caracas, por la vía de Trinidad, y completar así el plan que nos propusimos al empezar á escribir estas páginas.

En la población del Callao reside hace años un compatriota nuestro, el señor D. José María Rizo, oriundo de Ocaña. Tiene predilección por sus paisanos y los sirve y atiende con especial complacencia y noble generosidad. Casado con la señora D.<sup>a</sup> Isabel Dalla Costa, descendiente de una de las familias más notables de Ciudad Bolívar, en su hogar disfrutan los colombianos de exquisitas atenciones.

---

## DEL CALLAO Á PUERTO ESPAÑA

### I

Regresámos del Callao por *el camino de tierra*, plano en lo general, y por donde transitan carros y vagones de cuatro ruedas. Son notables los sitios de Pastora y Guri, en el paso del Caroní. En el primero se presentan, á la vera del camino, abolladuras de cuarzo entre rocas feldespáticas, como indicios ciertos de nacimientos auríferos y de la uniforme formación geológica de la Guayana. Cerca de Pastora existen aún vestigios de la residencia señorial de los Capuchinos del Caroní, y la tradición vulgar señala el sitio en donde el furor de los indios sacrificó á varios de dichos Reverendos, en venganza de las extorsiones y abusos de todo linaje que cometían con las tribus. Todavía subsiste la antipatía á los monjes y por ende al clero regular. Conocimos y tratámos mucho en el Callao al cura de la parroquia, el Presbítero Bertrand, clérigo francés, quien nos refería cuánto luchaba contra "la mala índole" de los pobladores. A tal punto había llegado su disgusto, que resolvió publicar una alta tarifa de precios por sus servicios como sacerdote, y si no le hacían adelantando el pago, á nadie atendía en su ministerio. Su tarifa era la siguiente: por una confesión, 20 francos; por un bautizo, 20 francos; por una misa, 25 francos; por un reposo, 5 francos; por un entierro de quinta clase (los más pobres), 25 francos. Por las otras cuatro clases de entierros cobraba en proporción, siendo la mayor la primera, que valía 200 francos. Una de las causas de mayor enfado que tenía el señor Cura contra los indios, era el haberle hecho gastar miles de pesos en busca de tesoros ocultos de los Capuchinos y en el descubrimiento de filones de oro. Decía que aquellos inbéciles lo habían engañado muchas veces en el confesonario, con mentiras seductoras que lo obligaban á hacer inútilmente nuevos gastos.

Un historiador español dice, hablando de los Capuchinos del Caroní, lo siguiente:

“Así que lograron fundar vastos establecimientos, libres ya de afanes y peligros, se dieron á la vida mundana, buscando riquezas y placeres; descuidaron la instrucción de los neófitos y los sometieron á un régimen estrictamente monacal, abusando de su simpleza para oprimirlos y aun para embrutecerlos; especularon en grande con la venta usuraria de rosarios, imágenes y escapularios, y los obligaban á fatigas gratuitas superiores á sus fuerzas. No sólo emplearon estos medios indignos, sino que en los últimos tiempos renegaron de su ministerio pacífico y se dieron á saltar indios en los montes, para llevarlos á las poblaciones, so pretexto de reducirlos á la vida social. En muchas ocasiones no apresaban sino á los niños, las mujeres y los ancianos, prendas de su cariño; y vueltos fieras con el dolor y el deseo de venganza los que no se sometían, hacían guerra atroz á los establecimientos monásticos, sin perdonar á los indígenas convertidos.

“Pocas situaciones se darán más felices que las de aquellos religiosos, rigiendo una gran masa de población indígena, dócil y sumisa, y rigiéndola no como quitera, sino con poder absoluto, como jueces espirituales y temporales.

“Los Capuchinos no construyeron ni un edificio notable, ni una fábrica, ni un establecimiento útil, ni siquiera una institución que dé á conocer en aquel gobierno un deseo de mejorar el estado y condición de los gobernados.”

Por estas causas los indígenas ejercieron después venganzas contra los Capuchinos y conservan aún rencor á la institución clerical.

El viaje de Ciudad Bolívar á Caracas se hace cómodamente por la vía de Trinidad en cuatro ó cinco días, mientras que por tierra es muy lento y penoso.

Hasta hace pocos años Venezuela mantenía un privilegio para la navegación del Orinoco, otorgado en favor de una Compañía norteamericana; causábase con esto un positivo perjuicio, pues la libre navegación habría sido conveniente no sólo al comercio en general, sino al desarrollo de otras industrias en aquellas fértiles comarcas. En 1887 hicimos el viaje á Trinidad en unas cuarenta y ocho horas, y pagámos 20 *dollars* por el pasaje, en el vapor de río llamado *El Bolívar*, bastante cómodo y capaz de atravesar sin peligro el Golfo Triste. El vapor pertenecía á la Compañía norteamericana, que aún conservaba algún privilegio para navegar por el *caño* Macareo, una de las bocas del gran delta del Orinoco, tal vez la más apropiada para la entrada y salida del río en buques menores.

En todo el trayecto de Ciudad Bolívar al delta, el río conserva aún el aspecto solitario y desierto de sus comarcas incultas y sin poblaciones notables, no obstante las ventajas de la posición y la exuberante fertilidad que revelan sus tierras. Varias son las causas de este atraso aparentemente inexplicable. España mantuvo constantemente cerrada la navegación del Orinoco, y dejó en poder del clero todo el dominio de éste, creyendo que con las misiones se lograría la civilización de los indígenas. Ya hemos visto lo que pasó en Guayana con los Capuchinos del Caroní. Eso mismo hicieron todos los misioneros del alto y del bajo Orinoco, del Meta y de Casanare.

El ilustre viajero Humboldt, que pudo apreciar los efectos de las misiones en aquellas comarcas, dice "que su ministerio fue perjudicial al desarrollo y progreso de la sociedad, como á la mejora de los indios, que quedaron en una situación poco diferente de la que tenían cuando sus habitantes no estaban todavía reunidos en torno del misionero."

El sistema restrictivo de España, sus monopolios odiosos, provocaron el asedio de aventureros protegidos por naciones poderosas, y aun de los españoles mismos, que hicieron del gran río una amenaza para las propiedades y poblaciones ribereñas. Por esto los pobladores buscaron seguridad en otros sitios, y el Orinoco quedó desierto. Las desgraciadas expediciones que arruinó la codicia del Dorado, llevaron también á aquellas comarcas una maldición de desastre, que se prolongó aun después de la emancipación colonial; y durante la República, la rutina ha pagado tributo á la inconsulta é inconveniente medida de impedir la libre navegación del Orinoco.

Hoy por hoy, enclavada la escasa población de Venezuela (2.122,000 habitantes) en otros sitios igualmente ventajosos por su posición, orillas del mar ó de otros ríos, la agricultura y las demás industrias se desarrollan naturalmente, con más facilidades, en esos centros poblados, y las márgenes del gran río continúan casi solitarias.

Aunque la población de Venezuela es escasa, relativamente á su inmenso territorio (como millón y cuarto de kilómetros cuadrados), tiene en cambio el país grandes elementos que pueden desarrollar en las comarcas del Orinoco un rápido progreso, si el espíritu nacional se levanta y dicta una determinación de esa especie, especialmente



ahora cuando los ingleses han usurpado parte de su territorio: Lo sensible es que no lo haya hecho aún, y que su descuido en punto tan grave, como nación americana encargada de defender el derecho continental de navegar las aguas del caudaloso Orinoco, haya permitido á la codicia de los ingleses venir á ocupar en las bocas del gran río posición tan importante á los futuros destinos de América. El patriotismo se alarma ante aquella ocupación, que es un verdadero atentado, una usurpación, como tantas otras cometidas por los ingleses en los últimos tiempos.

## II

El Orinoco tiene 400 leguas navegables y unas 70 más de curso hasta sus cabeceras en la Sierra Parima; la hoya inmensa de sus aguas se estima en 31,000 leguas cuadradas, con 436 ríos tributarios y más de 2,000 riachuelos; derrama sus aguas por 18 bocas principales, desde Punta Barima, en la gran boca de los Navíos, hasta la boca de Manamo, en el propio centro de las márgenes venezolanas de Golfo Triste. Todas estas bocas comprenden una línea de 150 millas de costa, y riegan, inundan y transforman una extensión como de diez y seis mil kilómetros cuadrados, que forman el gran delta del Orinoco, región privilegiada, verdadero laberinto de *caños*, islas, manglares y terrenos de cambiante aspecto; lo habitan los Guaraúnos, tribus medio nómadas, de buena índole en apariencia, pues salen á los *caños* y reciben de los transeúntes regalos, sin intentar nunca actos de barbarie. En el vapor en que viajábamos, los pasajeros y la tripulación se complacían en arrojar comestibles y otros objetos á varias partidas que encontramos en el *caño* Macareo. Cuando sienten el vapor se preparan y aguardan en sus barquetas, tratando de acercarse para recibir los regalos, con riesgo de caer al agua, pues el oleaje del vapor pone á las barquetas en peligro de zozobrar. El práctico del vapor nos refería curiosas anécdotas de estos indios, inverosímiles, como la de que habitan en los árboles como los monos, por lo movedizo del suelo y por las inundaciones. Refería el hecho de que las islas y los manglares aparecen y desaparecen como lugares encantados. Lo cierto es que aquel delta es un inmenso estuario, de los más notables del mundo, de fertilidad asombrosa,

en el que por el flujo y reflujo de las aguas saturadas de limo fecundante, con muchos despojos orgánicos, se deben de verificar transformaciones en los sitios poco profundos, en virtud de las cuales la antigua extensa boca del río se ha cubierto de selvas valiosas que reposan en una poderosa capa de tierra vegetal. Acerca de ella ali el hombre inagotables depósitos de abono que la industria agrícola aprovechará un día, haciendo de esos espléndidos paisajes el asiento de fabulosas riquezas y el más renombrado granero del mundo.

Viajeros ilustres han dado interesantes descripciones del Orinoco, desde Ordaz y Raleigh, en el siglo XVI, las cuales dan á conocer su importancia y su grandeza. Nuestras narraciones son apenas el relato de un viajero que se sorprende ante la magnificencia de aquel inmenso río, lleno de novedad y de interés en sus comarcas ribereñas. El ilustre Barón de Humboldt trae un cuadro descriptivo del Orinoco, que en obsequio de los lectores nos permitimos traducir ó insertar en seguida:

“En las costas graníticas de la Guayana, el navegante encuentra la desembocadura de un inmenso río, que se extiende como lago sin riberas ó inunda de agua dulce el Océano. Sus ondas, de color verde claro en las corrientes, son blancas como la leche en el fondo de las ondulaciones, y forman con el azul indigo de las del mar un contraste que define claramente sus contornos. Este espectáculo fue una revelación para Colón, al descubrir aquellos sitios en su tercer viaje. Habitado á pensar en los secretos de la naturaleza, dedujo que un río de tales dimensiones debía de recorrer un continente y no una isla, y de acuerdo con las teorías científicas de su tiempo, supuso que ese continente era la prolongación oriental del Asia. La dulce frescura de las noches, alternada con el calor excitante del día; la pureza transparente de un cielo estrellado; el perfume balsámico de las flores, conducido por las brisas de tierra; todo hacía juzgar á Colón que estaba cerca del jardín del Edén, mansión sagrada del primer hombre. En el gran río que desembocaba delante de sus ojos—y que los geógrafos llamaron poco tiempo después Orinoco—creía ver una de las cuatro corrientes de agua que, según tradiciones venerables, separadas en la infancia del mundo, salían del Paraíso para fecundar y dividir la tierra, ataviada de nacientes flores.

“El Orinoco conserva una anchura de más de 5,000 metros hasta 250 leguas arriba de sus bocas, y aunque el tercero entre los ríos de América, su caudal de aguas es superior á cualquier río importante de Europa, y no tiene rival en el mundo por el encanto pintoresco de sus riberas. . . .”

“Las aguas del Orinoco tienen, como las del Nilo cerca de Philé, la propiedad notable de colorear de negro las masas graníticas de color blanco rojizo que lavan hace millones de años. A un lado y á otro de sus altas riberas, líneas negras y como trazadas á cordel marcan en las rocas el nivel de las crecientes anuales. Líneas semejantes y excavaciones negruzcas, situadas más arriba, como á 50 ó 60 metros de la superficie actual de las aguas, señalan el antiguo nivel del río. Estas marcas—que observadores atentos pueden hallar en todos los ríos—demuestran que las grandes masas de agua corriente que ahora excitan nuestra admiración, son apenas restos de enormes corrientes que existieron en los siglos prehistóricos.

“La hoya del Orinoco forma una gran espira y se asemeja á otros ríos que, después de gran número de quebras y rodeos, desembocan cerca del mismo meridiano en que tienen su origen. Al desprenderse de sus montañas natales corre hacia el Oeste, hasta encontrar el Guaviare, como en busca del Océano Pacífico.

“Al llegar á la base del monte Duida, se bifurca y dirige al Sur un brazo, el Casiquiare, poco conocido en Europa, no obstante las particularidades que encierra, y, reunido con el Río Negro, tributa esa parte de sus aguas al Amazonas. Esta bifurcación, única en su especie, forma en el centro mismo de un continente la unión natural de los canales de dos grandes ríos.

“Desde el vértice del monte Duida, á 2 700 metros de altura, en esta parte del curso del Orinoco, se domina uno de los más espléndidos paisajes que presenta el mundo de los trópicos. La pendiente meridional del monte es una pradería sin árboles. El aire húmedo de la noche llega á aquel sitio embalsamado con el perfume de las ananas, cuyos tallos, henchidos de savia, se destacan en medio de plantas menores que visten el suelo, y cuyos frutos dorados brillan á lo lejos bajo una corona de hojas verde-azuladas. Acá y allá, altas palmeras en forma de abanicos presentan grupos solitarios ó indican los manantiales de agua viva que brotan de las rocas tapizadas de verdura; más allá del río, hacia el Sur, un panorama de miles y miles de kilómetros se extiende hasta las selvas ecuatoriales, de inmutable frescura, que riegan el Amazonas y sus grandes afluentes.

“Tál es el descenso del Orinoco á lo largo de la pendiente meridional de las montañas de Parima, hasta reunirse con el Guaviare, río que le envían los Andes del lado de Cundinamarca. Desde aquel punto de confluencia gira bruscamente al Norte, se abre paso al través de la montaña y forma las cataratas de Atures y de Malpures. Toda esta parte de su curso, estrechada por masas de rocas gigantescas, tiene los vestigios del desorden conmemorativo del caos. En fin, en el punto en que recibe las aguas del Apure se inclina de nuevo y corre en lo sucesivo hacia el Oriente,

separando las selvas impenetrables de Guayana de las sabanas colombianas en cuyo horizonte parece reposar la bóveda del cielo.

“Desde entonces, el inmenso caudal de sus aguas desciende sin inconveniente hasta el mar, y los navegantes no tienen que temer en su ancha superficie otros escollos que el de masas flotantes formadas por árboles que las crecientes arrancan de las selvas ribereñas, las cuales, cubiertas de plantas acuáticas florecidas, recuerdan los jardines flotantes de los lagos de México.

“En cuanto á las cataratas de Maipures y de Atures, no son, como la del Niágara, una caída brusca y profunda de todas las aguas del río; más bien se presentan en forma de graderías, como innumerables cascaditas superpuestas ó amontonadas. Los espacios llaman *raudal* esta especie de catarata, compuesta de un verdadero laberinto de islitas y peñascos, tan apilados, tan multiplicados, que en todo el lecho del río, de más de 8.000 pies de ancho, apenas se encuentra algún estrecho paso para la piragua vacía de un indígena. En el vértice de la curva regular que describe el Orinoco al rededor del cabo en que demora, entre trozos de granito, el caserío de Maipures, hay un sitio de donde se divisa espléndido horizonte: la mirada abarca una superficie espumante de más de dos leguas de extensión. De en medio de las ondas se levantan rocas negras, color de hierro, como torres arruinadas. Cada isla, cada peñasco se presenta con árboles cargados de vigorosas ramas. Una espesa nube flota constantemente sobre el cristal de las aguas, y al través de ese espumante vapor las palmeras exhiben también sus coposos follajes. Por la tarde los rayos del sol se quebran en la masa vaporosa y presentan juegos de luz de mágica apariencia; forman arcos multicolores cuyas imágenes flotan, redondeándose, á merced del viento, y se evaporan y reaparecen en alternado giro.

“En el lecho mismo del gran río, sobre la desnuda roca, las aguas lentas han depositado, en la estación de las lluvias, islas de tierra vegetal sembradas de melastomáceas y droseras, de helechos y pequeñas sensitivas de argentado follaje, que les dan la apariencia de grandes cestos de flores colgados entre las rocas ásperas y desoladas. Al europeo que haya visto los Alpes les vienen á la memoria aquellos trozos de granito llamados *courtills* ó jardines, que se elevan, aislados, en medio de las neveras, cubiertos de césped y de flores.

“En la ribera derecha del río, á la entrada meridional del raudal de Atures, está situada la caverna de Ataruipe, cuya celebridad data de antigua tradición entre los indios. El aspecto de la comarca, grandioso y severo por todos lados, parece destinar esta caverna á una tumba nacional. Para llegar á ella es preciso trepar con dificultad un muro de granito tallado á pico, con pelli-

gro de rodar por un precipicio. Sin el apoyo que presentan grandes cristales de feldespato que forman un voladizo ó zona saliente de una puigada, inatacable por las influencias atmosféricas, sería bien difícil apoyar el pie sobre la superficie lisa de la roca.

“Al coronar la cima, sorprende el vasto cuadro que se despliega al rededor y en horizonte ilimitado. Del lecho espumoso del río se elevan colinas cubiertas de bosque; hacia la ribera opuesta, del lado occidental, la mirada recorre las inmensas praderas del Meta. En el horizonte aparece, como nube amenazante, la montaña de Uniana. Tal es el espectáculo que se descubre á lo lejos, y que forma contraste con el aspecto yermo y estrecho de las rocas inmediatas. Los cuervos y las chotacabras, graznando, vuelan solitarios en los surcos profundos del valle; sus sombras móviles se deslizan en los flancos desnudos de las rocas y desaparecen rápidamente. La mesa abrupta se ve rodeada de montañas, que soportan en sus cimas redondas, enormes trozos de granito, de 40 á 50 pies de diámetro, apenas apoyados en un punto de la base, y como dispuestos á rodar al abismo con la más ligera conmoción del suelo.

“La parte más lejana de la mesa está cubierta de espeso bosque. Es en ese lugar sombreado donde se abre la caverna de Atauripe, la cual, más que una bóveda profunda formada por la parte saliente de una roca, es una especie de bahía que minaron las aguas del río cuando alcanzaban esa altura. Aquel sitio es la tumba de una raza extinguida. Allí contamos cerca de 600 cadáveres bien conservados, entre canastos de venas de palma. Estos canastos—que los indios llaman *mapires*—forman especies de sacos cuadrados, cuyas dimensiones varían según las edades de los muertos. Los niños recién nacidos tienen sus *mapires* distintos. Los esqueletos están tan intactos, que no les falta ni una costilla ni una falange.

“Existe una tradición entre los indios Guareças, según la cual, los va'erosos Atures, oprimidos por los Caribes antropófagos, se refugiaron en los peñones de las cataratas, mansión ligérrima en que perecieron todos, sin dejar siquiera vestigios de su lengua. Hacia la parte más inaccesible del raudal se encuentran otras cavernas igualmente llenas de osamentas. Es de suponer que la última familia de los Atures no se extinguió sino mucho tiempo después, porque en Maipures—cosa extraordinaria—vivía un viejo loro, del cual decían los naturales que nadie podía comprenderle porque hablaba la lengua de los Atures.

“Ay! Los niños que le hicieron aprender el lenguaje de sus madres, las mujeres que lo mimaban ... todos ... heridos por la muerte, desaparecieron de la ribera; nadie comprende los gritos del ave solitaria.

“Infeliz extranjero en medio de esos buques, en vano llama á los que entiéndan su lenguaje; sólo escucha el estruendoso rumor de las aguas, y nunca voz alguna responde á la suya.

“El viajero salvaje, al percibirlo sobre las aguas, huye espantado á la opuesta ribera. Nadie ha visto, sin estremecerse, el loro de los Aturea.”

“Al dejar aquella tumba de una raza extinguida nos sentimos conmovidos de tristeza. Era una de aquellas noches frescas y serenas que con frecuencia aparecen bajo los trópicos. El disco lunar, circundado de colores, brillaba en el cenit é iluminaba los contornos visibles de la niebla extendida como manto de espuma sobre el lecho del río. Innumerables insectos esparcían luces fosforescentes sobre la tierra cubierta de plantas: el suelo resplandecía como la imagen de la bóveda estrellada. Las bignonias trepadoras, las vainillas perfumadas y las tanisterias con flores de oro decoraban la entrada de la gruta, y sobre ella, grupos de palmeras susurraban al par de las brisas. ¡Así mueren y desaparecen las razas humanas! ¡Así se borra hasta su nombre y el eco de sus hazafías! Pero si todas las flores del espíritu se marchitan, si el tiempo en sus borrascas arrebató las obras del genio creador, siempre del seno de la tierra brota una nueva vida. La fecunda naturaleza alimenta sin cesar sus retoños, sin preocuparse de que el hombre, raza implacable, destruya el fruto antes de su madurez.”

### III

El golfo de Paria ó golfo Triste es una magnífica ensenada ó bahía, perfectamente abrigada y segura. Dos grandes bocas entre el continente y la isla de Trinidad dan paso á las embarcaciones, con 21 kilómetros de ancho la del Sur, denominada *Boca de la Serpiente*, y con 15 kilómetros de ancho la del Norte, denominada *Boca del Drago*. En ésta se presentan curiosos efectos de perspectiva aérea. Las rocas desnudas aparentan juntarse, y el viajero cree que el buque va á rozar contra ellas ó á pasar con peligro á muy corta distancia; y todo es pura ilusión óptica: el canal tiene 3 leguas y el cantil es profundo. En el propio puerto las aguas son reposadas y el fondo puede escogerse más ó menos profundo, á mayor ó menor distancia de la tierra.

Cuando llegámos á Puerto España, capital de la Isla, había en el puerto más de 70 buques anclados, entre éstos una escuadra alemana, compuesta de tres bergantines acorazados, y otra inglesa, compuesta de tres acorazados y un transporte, estacionados allí por puro recreo y por las ventajas y seguridades del Golfo. Diariamente entran y salen

grandes vapores y buques de vela con distintos rumbos; así es que un viajero encuentra siempre modo de seguir su derrotero sin mucha demora.

En Puerto España hay siempre gran depósito de mercancías para la venta, apenas recargadas con gastos de transporte y una módica comisión de venta. Venezuela se surtía allí en gran parte de mercancías; pero no sabemos si por cuestiones políticas, ó por el contrabando, ó por antipatía hacia los ingleses, el Gobierno de esa República recargó con un 30 por 100 los derechos de importación á las mercancías procedentes de Trinidad. Aquel acto de hostilidad perjudicaba bastante al comercio de Puerto España, en la época en que allí estuvimos.

La ciudad es hermosa, sana, y tendrá unos 25,000 habitantes, con buen servicio de tranvías, coches, aguas limpias, parques y jardines; su temperatura, de unos 29° del centígrado, se refresca por las brisas del mar. Diariamente se reciben y se publican las noticias universales, los precios del comercio en los principales mercados del mundo; su prensa, completamente libre, es noticiosa y se publican diarios en inglés, español y francés. Hay grandes y surtidos almacenes de mercancías de toda especie, y gentes de todas las razas humanas, hasta chinos é indios ó *curtes*, que llegan en partidas numerosas á trabajar en la agricultura y el comercio de esas y de otras Antillas. El Gobernador de la Isla, especie de virrey, vive muy desahogadamente, con buena renta, en un palacio situado en el mejor jardín de la ciudad. Toda la Isla tendrá 100,000 habitantes; entre ellos habrá 16,000 venezolanos que conservan el idioma, las creencias y costumbres de la antigua colonia española; hay buenos templos católicos y protestantes, hoteles regulares y fondas cómodas y bien asistidas. La policía es numerosa, casi toda servida por negros oriundos de la Isla, y con una pequeña guarnición del ejército activo de Inglaterra, que se renueva con frecuencia. El hospital de la ciudad es un cómodo edificio, muy bien administrado, en sitio convenientemente dispuesto, lo mismo que el cementerio, y cerca de aquél está el lavadero público, aseado y vigilado. El alumbrado no pasa de regular, lo mismo que el mercado y la carnicería; tampoco hay mucho aseó; abundan los gallinazos en las calles, tan mansos y consentidos, que se cruzan por en medio de los transeúntes sin ningún temor, pues la policía prohíbe tocarlos. Hay una línea de

ferrocarril que parte de la capital y va á los centros productores de la agricultura de la Isla.

Se estima como en 5 millones la exportación de azúcar, cacao, café, algodón, etc. En los alrededores de Puerto España y en toda la costa de la Isla, de aspecto volcánico, se ven claramente los vestigios del cataclismo geológico que separó del continente á la Isla por un hundimiento local, que formó á la vez el golfo de Paria. El señor Michelena hace la siguiente descripción de Trinidad:

“ Esta Isla, en muy remotos tiempos, formó parte del continente; pero por una revolución física, no del globo, sino local, los terremotos y volcanes hundieron, separaron y levantaron otros terrenos.

.....  
“ La extremidad S.O., la más próxima al delta, que por su configuración y extensión caal forma una península, es, de toda la Isla, la que encierra más testimonios, más reliquias de aquel extraordinario suceso. Allí se encuentran varios cráteres de volcanes, extinguidos unos, y otros, sin salir de sus bordes, en abullición, habiendo uno, entre ellos, que arroja lodo, y cuya circunferencia excede de 100 pies de diámetro; otro arroja temporalmente agua salada, mezclada de arcilla. También existe un volcán submarino cerca del cabo Brea, que igualmente, de tiempo en tiempo, arroja petróleo. Pero lo más raro que existe en la geología de la Isla es un lago de pez, sólido á las extremidades y líquido en el centro, de 1½ milla de circunferencia, situado cerca de la bahía del Guapo, á 80 pies sobre el nivel del mar. Por todas partes, al E. como al S. de la Isla, se encuentran también escorias petuminosas en abundancia, y algunas capas de cenizas secu-  
barea.”

“ Trinidad tiene una superficie que excede de cuatro mil kilómetros cuadrados, en gran parte con buenos terrenos para la agricultura, regados y con materiales abundantes. La vida es allí grata, hay comodidades y completas garantías bajo el amparo de las sabias instituciones inglesas.

Las discordias civiles de Venezuela mantienen siempre en Trinidad un grupo notable de emigrados, y más de una vez se han organizado allí expediciones revolucionarias que han agitado aquel país. En toda época la amenaza existe, pues desde los malecones y muelles de Puerto España se divisán las costas venezolanas, y el paso del Golfo se hace sin peligro en toda clase de embarcaciones. Puede decirse que Trinidad está dentro de los derechos territoriales de



Venezuela, á tiro de cañón de sus costas, y que como colonia inglesa es una irregularidad geográfica que el mundo contempla como efecto del derecho de la fuerza. Efectivamente, esta Isla fue arrebatada á los Españoles á fines del siglo pasado, lo mismo que Demerara á los Holandeses, con el pretexto de hacer guerra á los aliados de Francia; y de- dimos pretexto, porque poco después los Españoles y los Holandeses se aliaron á Inglaterra contra Francia, y esas colonias no fueron devueltas á sus dueños. Cuando el león británico agarra una presa importante, no la suelta sino por fuerza mayor.

Recordamos que la isla de Trinidad mantuvo varios meses la discusión de la paz de Amiens ó paz continental de Europa, porque los Ingleses querían conservarla á todo trance, y Napoleón I se resistía á cederla, fundado en muy buenas razones. Son notables las siguientes palabras de aquel genio de la guerra, que era á la vez un grande hombre de Estado, dictadas en forma de instrucciones al Min- istro o Francés, encargado de negociar la paz continental en Londres:

“ El Gobierno británico exige la conservación de una de las Antillas que ha adquirido últimamente, como medida necesaria para conservar sus antiguas posesiones. Desde luego esa exigencia no puede aceptarse respecto de la isla de Trinidad. Desechad, pues, toda discusión á este respecto. La Trinidad será, por su posición, no un medio de defensa para las colonias inglesas, *sino un medio de ataque contra el continente americano* (español entonces).”

Las veleidades del Príncipe de la Paz y la ineptia del Gobierno español en aquellos tiempos, causaron la pérdida de tan importante Isla, y las palabras de Napoleón han venido á ser proféticas.

Adneñados los Ingleses de Trinidad, del golfo de Paria, de las bocas del Orinoco, hasta Demerara, Venezuela perdería de hecho todo dominio en sus costas orientales sobre el Atlántico, y la navegación del Orinoco quedaría también sometida al arbitrio inglés. La interrupción entre Trinidad y Demerara es la que tratan de eliminar los Ingleses con la reciente usurpación que han hecho de la Guayana venezolana hasta las bocas del Orinoco. Tan escandaloso abuso de la fuerza y tan violento ataque á los derechos de las naciones, bien merecen la censura universal, por más dignos de aplauso que sean bajo otros respectos.

Cuando se los considera como raza invasora, implacable, que ha empleado todos los medios para adueñarse de la séptima parte del globo y de todas las principales salidas y vías comerciales, sin respetar el derecho ajeno, la indignación hace brotar el deseo de ver á la poderosa Albión andar camino de Fenicia, Cartago y Venecia. Marineros audaces y diplomáticos hábiles han empleado la violencia y el engaño para despojar de Trinidad y Gibraltar á los Españoles; de Ceylán, Demerara y el cabo de Buena Esperanza, á los Holandeses; de Helgolandia, á los Alemanes; de muchas islas, la India, Terranova y el Canadá, á los Franceses; de Hong Kong, á la China; de Egipto, á los Egipcios; y ahora quiere arrebatar á Portugal sus colonias de Africa y á Venezuela toda la región oriental de Guayana. Inglaterra no se sacia. Constantemente la prensa denuncia sus pretensiones en Birmania, como en Guinea ó Mozambique, en Oceanía, en las márgenes del Nilo ó del Orinoco. Con los países débiles es hasta cruel. Poco le importa convertir en pavesas las ciudades, como lo hizo en Copenhague y Alejandría, y como quiso hacerlo poco há en Haytí, si no lo impiden los acorazados americanos y franceses.

A Venezuela la trata como á país conquistado. Al usurpar su territorio puso una escuadra en la Guayana y en las bocas del Orinoco, y su Ministro en Caracas declaró, por medio de una nota conminatoria, "que él no permitiría ninguna ingerencia extranjera respecto de los *proyectos británicos* en la región de Guayana." Después no ha atendido reclamos de ninguna especie, ni ha querido aceptar proposiciones de arbitraje, y de hecho ha procedido á ejercer actos de jurisdicción y de dominio en el territorio venezolano. Acerca de estos hechos decía el Presidente de Venezuela, en su mensaje al Congreso de 1887, lo que sigue:

"El Gobierno inglés . . . ha pre-cindido de la discusión (de límites), y por *Decreto* se ha apoderado y usurpado el territorio, no sólo hasta el Pomarón, sino hasta Punta Barima y el Amacuro, despojándonos con ello del exclusivo dominio del Orinoco, la grande arteria al Norte del continente, el Mississippi de la América del Sur."

El Gobierno venezolano se limitó á protestar solemnemente contra el atentado y rompió sus relaciones con el Gobierno inglés.

Los títulos de Venezuela son perfectamente claros para

probar su exclusivo dominio del Orinoco, y la pertenencia de Guayana hasta las márgenes del Esequibo. Demerara hacía parte de las posesiones holandesas hasta fines del siglo pasado, ó hasta que Inglaterra misma, por el derecho de la fuerza, la usurpó.

Entre España y Holanda se acordó un tratado de límites de las Guayanas, en el que se fijaba el río Esequibo como lindero en la región más oriental, y ese lindero era reconocido por los dos países. Cuando Inglaterra efectuó la usurpación de Demerara, varios individuos de esa colonia pasaron el Esequibo y se fijaron en la banda izquierda, probablemente hasta el Pomarón. En el archivo que de la antigua Colombia se conserva en esta capital, consta que, después de organizado el Gobierno republicano en el año de 1822, el Ministro de Relaciones Exteriores, Doctor P. Gual, hacía presentes aquellos hechos al Ministro de Colombia en Londres, Doctor J. M. Revenga, instruyéndolo en la cuestión de límites, para que al tratarla no reconociera como lindero sino el río Esequibo, y que á los colonos que hubiesen pasado á la ribera izquierda se les fijase un plazo para desocupar el territorio ó para que se pusiesen "bajo la protección y obediencia de nuestras leyes."

El dominio de España hasta el río Esequibo se encuentra también confirmado en las Memorias de los Virreyes y en varios otros documentos que existen en el archivo diplomático y consular de Bogotá.

Bien difícil será que Inglaterra convenga en soltar amablemente una presa que tanto la halaga para el porvenir; pero si llega el caso de un arbitramento, Venezuela evidenciará de tal modo sus derechos, que cualquier árbitro le dejará el exclusivo dominio de las bocas del Orinoco y la posesión de la Guayana, hasta las márgenes del Esequibo. Así lo deseamos los Colombianos y lo desearán también todos los países de América.

Venezuela es una nación viril, rica, llena de elementos para defender su territorio. Si hasta ahora se ha limitado á oponer al derecho de la fuerza la fuerza del derecho, llegará un día en que con sus propios elementos y otros del continente pueda reivindicar sus fueros territoriales.

¿Tendrán más patriotismo los Tártaros y los Zúldes que los pueblos de América?

## DE PUERTO ESPAÑA Á CARACAS

### I

Conforme á la actual división política de Venezuela, hacen parte del Estado Bermúdez las antiguas provincias de Barcelona, Cumaná y Maturín, tan renombradas en la historia desde los tiempos de la conquista, y especialmente durante la magna guerra de la Independencia, que inundó de sangre y arruinó sus comarcas con más estragos que sufrió ninguna otra región de la América Española. Después de setenta años, sus campiñas fértiles y la indole laboriosa de sus pobladores han compensado ya esos estragos, y la riqueza del Estado Bermúdez, consistente en ganadería y agricultura, es superior á la de otros Estados de aquella República. Su extenso litoral le da una posición muy ventajosa, que ha empezado á aprovecharse ya con la explotación de sus bosques y otros productos naturales de grande importancia, por medio de compañías anónimas y capitales extranjeros.

Por el puerto de Carúpano se hace una exportación anual que vale un millón de pesos, consistente en café, cacao, azúcar, ron (que es muy afumado), maderas de tinte, cueros, sombreros, cordeles, loza, jabón, dulces, resinas, aceites, maíz y frutos menores en abundancia. Esta ciudad ha prosperado mucho por la agricultura, y tiene hoy unos 12,000 habitantes. Todos los vapores trasatlánticos que tocan en Venezuela llegan á Carúpano á dejar y recibir cargamentos de mercancías.

De Trinidad á Carúpano gastó el vapor en que viajábamos unas quince horas de navegación. Vinieron á bordo varias señoras, muy distinguidas por su belleza y trato elegante y culto, acompañadas de caballeros no menos distinguidos. Hubo, con tal motivo, una verdadera fiesta á bordo. El vapor abandonó el puerto ya de noche, y el capitán se mostraba tan complacido, que hizo quemar, al partir, varios cohetes y luces de Bengala de variados colores.

Otra de las ciudades notables del Estado Bermúdez y de gran comercio, es Maturín, por Caño Colorado, en el río

Guarapiche, que desemboca en el golfo Triste. Esta ciudad es de grandes recuerdos históricos, y tiene hoy unos 14,000 habitantes y creciente prosperidad. En Maturín se estrelló el furor español repetidas veces. Piar obtuvo allí, en 1813, dos victorias gloriosísimas, y en una de ellas derrotó á Monteverde, que pretendió tomar la ciudad con un lucido ejército de triple número de soldados.

Estas provincias orientales mantuvieron la guerra á muerte con un heroísmo incomparable; su resistencia, más que heroica, fue sublime. El indomable cumánés, General Bermúdez, alcanzó también en Maturín una victoria gloriosísima, en Septiembre de 1814, sobre Morales.

Después de los grandes desastres de aquel año terrible, Maturín fue tomada á sangre y fuego; sus calles, plazas y templos se tiñeron con sangre de inocentes víctimas de todo sexo y edad, sacrificadas por el furor y la crueldad de los Españoles. Como 12,000 emigrados de Caracas habían llegado á ese último asilo de los patriotas, y ancianos venerables, señoras y niños, fueron sacrificados en las casas y en los templos de aquella ciudad heroica.

Es imposible viajar, siquiera sea por las costas de estas antiguas provincias venezolanas, sin recordar el patriótico ardimiento, que en lucha tenaz y heroica, mantuvieron hasta el fin de la guerra magna, sus valientes pobladores. En el Oriente de Venezuela renacía la libertad cuando esclavizada y muerta se hallada en todas partes. La América entera debe gratitud á Maturín, Cumaná, Barcelona y Margarita, que prodigaron su sangre y sus riquezas por la causa de la emancipación colonial. Queremos, por tanto, recordar con el lector algunos otros hechos gloriosos que ilustran la historia de aquellas provincias venerandas. Hablemos de Barcelona, que es la capital del Estado Bermúdez, muy bien situada, á corta distancia de la costa, á orillas del río Neverí; tiene 12,000 habitantes y un comercio semejante al de Carúpano, Cumaná y Maturín. En la lucha de la Independencia esta ciudad sufrió los más terribles estragos. La defensa de *La Casa Fuerte* fue un hecho de armas muy notable, que revela el heroísmo de aquellos patriotas. De la descripción que hace D. Eduardo Blanco de esa batalla, tomamos los siguientes párrafos:

“El antiguo convento de franciscanos, *Propaganda fide*, edificio situado al Noroeste de la ciudad, que los republicanos habían convertido en ciudadela, y donde meses antes resistiera

Bolívar los ataques de Real hasta la llegada de Marifío, encerraba esta vez una gran parte de la población de Barcelona, á quien sorprendiera el enemigo sin haber logrado emigrar á los vecinos pueblos ó á los montes. En aquella improvisada fortaleza se habían apresurado á refugiarse numerosas familias de distinción, ancianos respetables, algunos sacerdotes, mujeres del pueblo connotadas de patriotas, niños de todas edades, soldados heridos ó enfermos, el Ayuntamiento de la ciudad y todas las autoridades, presididas por el Gobernador político. Crecido era el número de estos asilados, y si á él se agrega el de las tropas que guardaban aquella improvisada fortaleza á las órdenes de Freites, y el de no pocos prisioneros realistas encerrados en las bodegas del convento, este edificio contenía, para el 7 de Abril (1817), en que lo atacó Aldama, más de 1,400 personas.

.....  
"Al frente de poco más de 4,200 hombres, Aldama había invadido el 5 de Abril á Barcelona, y puéستose en comunicación con la escuadra española, que le provee de gruesa artillería, comienza en la mañana del día 7 aquel terrible ataque contra *La Casa Fuerte*, página sangrienta, como pocas, de las muchas que encierra nuestra historia.

.....  
"Vencida la resistencia de la tropa republicana, sobreviene el degüello, y el sanguinario Aldama, con una ferocidad que excede á la de Boves, no da cuartel á nadie. Las bayonetas y los sables de sus frenéticos soldados, á quienes azuza á la matanza, nada perdonan; los niños mueren acuchillados lo mismo que los ancianos; sobre grupos de mujeres aterradas, que imploran misericordia, se descargan los fusiles y los sables.

"La sangre inunda el piso de los claustros; en ella resbalan y se revuelcan víctimas y verdugos. ¡Horrible confusión! ¡Cuántas escenas trágicas en aquellas horas de mortal agonía, de lágrimas, de desesperación, de encono y de venganza! Horas tristes de abatimiento y degradación para la especie humana; horas terribles en que al par se subliman las almas nobles y los generosos sentimientos.

"Muchas madres parecen tratando de defender sus pequeños, que les arrebatada de los brazos la enfurecida soldadesca para estrellarlos contra las paredes ó lanzarlos al aire y dejarlos caer luégo sobre las puntas de las bayonetas.

"Conmovedoras escenas se suceden casi al mismo tiempo en todos los aposentos del desmantelado edificio. Aquí, un anciano estrecha entre sus brazos á una de sus hijas, niña de quince años, trémula de terror, y la espada que atraviesa al padre hiere dos corazones; allí, una madre al expirar, trata de esconder bajo las faldas á una inocente criatura que aún no sabe sino llorar y son-

refr; más allá se abrazan dos esposos para morir del mismo golpe; en una de las cruñas, un hombre, armado con un pedazo de espada y cubierto de heridas, defiende una mujer, que acaso sea su hermana, ó su madre, ó su esposa, de un grupo de desalmados que pretende ultrajarla; en el opuesto claustro dos mujeres, inmóviles cual si fueran de piedra, se dejan fusilar sin proferir una queja ni humillarse ante sus cobardes matadores. La esposa del Coronel Godoy (D.<sup>a</sup> Bárbara Rloja), cae con el cráneo herido de un sablazo. Otra señora (D.<sup>a</sup> Carmen Requena), queda por muerta, atravesada por una bala de fusil. En la sala capitular, una joven barcelonesa, de veintisiete años, bella y altiva como una estatua de Minerva, y por cuyas venas corre sangre de héroes, defiende con su cuerpo á su anciano padre, herido y moribundo: implora con dolorido acento, ofrece toda su sangre por el resto de vida del autor de sus días, y se arroja suplicante y anegada en lágrimas, sin apiadar á sus verdugos, que la arrojan con brutal arrebato sobre el pavimento; una espada desnuda mira pasar por sobre su cabeza; torna á verla un instante después enrojecida, y un ¡ay! se escapa del pecho del anciano. . . . Pálida, temblorosa, con los ojos sin lágrimas y los labios blancos, cual si fueran de mármol, se levanta la abatida doncella, mira el cadáver de su padre, y, volviéndose con gesto amenazante al grupo de asesinos que la contemplan con lascivas miradas: *Dios mío!* exclama, poseída de desesperación, *permíte que á estos monstruos los ahogue la sangre que derraman, y que así como me ven á mí, lleguen á ver á sus hijas.* Una bala cobarde corta la palabra y la vida de aquella criatura vigorosa, cuyas carnes, todavía palpitautes, desgarran las infames bayonetas.

“ Los realistas persiguen á sus víctimas con encarnizamiento. No hay escondrijo que no registren, ni lugar sagrado que dejen de profanar . . . .

“ Algunos espíritus valientes, combaten todavía en medio de la matanza. Entre los verdugos y las víctimas se traban enfurecidas luchas.

“ Chamberland, uno de los más denodados del piso bajo del convento, herido mortalmente y acornado después de encarnizada lucha, entre el borde de la cisterna y los matadores de todos sus soldados, se desharata el cráneo de un pistoletazo, antes que someterse á los ultrajes que le esperan. Desde el piso alto, su joven esposa, mujer de alma levantada, le ve caer y corre á socorrerle: un grupo de frénéticos la asalta y la detiene; ella resiste y los insulta; las bayonetas se bajan para darle muerte; pero acierta á presentarle un oficial realista, y prendado de la belleza de aquella intrépida mujer, se interpone, diciendo á los soldados: *Esta mujer me pertenece; ¿no miran que es muy guapa?* y como le excitasen á más grosero insulto las risas y las obscenas alusiones de

su tropa, rodea con uno de los brazos la cintura de su protegida é intenta estampar un beso en los convulsos labios de aquella desgraciada; pero ésta, abatida un instante, se rehace indignada, arrebatada del cinto del oficial una pistola y se la dispara á quemarropa, atravesándole el corazón. Eulalia Ruroz—tal era el nombre de la esposa de Chamberland—fue al punto descuartizada.

“El suicidio liberta á muchos de aquellos infelices, de infinitos ultrajes.

“Numerosas personas de todo sexo se arrojan desde las azoteas para escapar de los excesos injuriosos de sus perseguidores.

“El degüello de tantos infelices no terminó hasta que ya no hubo á quién matar. Pocosísimos patriotas lograron escaparse de la muerte: hasta los prisioneros realistas que se encontraron en la Casa Fuerte fueron pasados á cuchillo. ¡Eran venezolanos! Sólo á cuatro mujeres dieron cuartel los vencedores, y eso para condenarlas al oprobio.

“Después de este desastre, la ciudad fue entregada á saco y quedó por mucho tiempo despoblada.”

## II

Cuando estos terribles estragos sufría la causa de los patriotas, el ilustre General Piar afianzaba su gloriosa campaña de Guayana con el triunfo de San Félix.

Conviene hacer aquí algunas reminiscencias históricas que enaltecen la memoria de Piar.

Meses antes del terrible desastre de la Casa Fuerte, Piar había derrotado completamente á Morales en el sitio del *Juncal*, triunfo gloriosísimo y fecundo que ha podido evitar aquel desastre y que permitió á Piar realizar la campaña de Guayana; si ambos efectos no se produjeron, tuvo la culpa la anarquía introducida por otros jefes, y no por Piar, como es fácil probarlo. Precisamente en los momentos en que Piar vencía en el *Juncal*, el Libertador desembarcaba en Güiría con algunos elementos de guerra, y allí Mariño y Bermúdez lo desconocieron como Jefe Supremo; las tropas y el populacho lo insultaron y lo obligaron á reembarcarse, lleno de dolor y de angustia; aun se asegura que su vida estuvo en peligro. Al saber tales acontecimientos los jefes vencedores en el *Juncal*, los desaprobaron y enviaron en comisión al Doctor Zea á llamar al Libertador para encargarlo del mando. Piar no tuvo, pues, ninguna partiel-



pación en esos actos de anarquía ó insubordinación, y antes bien, se llenaba de mayores méritos por su conducta y su genio militar.

El Libertador se hallaba en Haití preparando nuevos auxilios para la guerra; regresó á Barcelona y se reconcilió con Mariño y Bermúdez, á quienes mandó llamar á Cumaná para hacer frente á las tropas realistas que avanzaban á ocupar aquella plaza. Bolívar tomó el mando de todas las tropas republicanas, y hubiera podido derretar á Aldama, si lo aguarda con el ejército reunido en Barcelona. Pero no lo hizo así; dejó encargado de ese ejército á Mariño, y se fue con una simple escolta á Guayana, comprendiendo, sin duda, todo el mérito de la campaña fecunda que había emprendido el General Piar. Al abandonar Bolívar el ejército de Barcelona, Mariño quiso volver á asumir el mando supremo, y la anarquía y el disgusto desorganizó aquel ejército y obligó á los barceloneses á combatir solos en la Casa Fuerte con un ejército enemigo cuatro veces mayor. Pero sigamos á Piar en su destino tan glorioso como desgraciado.

Después del triunfo del *Juncal*, con los valiosos elementos que había reunido, fundó en las márgenes del Orinoco base de operaciones, y reunió en un plan general de defensa los cuerpos de ejército que obraban en movimientos aislados á órdenes de Cedeño, Páez, Monagas, Zaraza, Infante y otros jefes. Esto lo consiguió en la gloriosa campaña de Guayana, que regularizó la guerra y permitió abrir campaña decisiva después de la batalla de San Félix, de la toma de Angostura y de ocupar todas las posiciones del Orinoco. Estos hechos demuestran que Piar era un gran jefe militar, muy superior á todos los demás jefes republicanos de las salangas orientales. Vencedor en San Félix, y cuando estaba para coronar la obra de su vasto plan de operaciones en Guayana y en el Orinoco, recibe á Bolívar y lo reconoce como á Jefe Supremo de la guerra. ¡Sintió su alma algún despecho porque Bolívar iba á arrebatarle las glorias del triunfo y la obra de su genio? Tal vez la emulación hirió su alma, llegamos á suponerlo; pero estas conjeturas no bastan, no pueden disculpar el crimen de su muerte. Maquinaciones de anarquía habían ocurrido, es verdad, en esos últimos meses; pero Piar no tuvo participación en ellas, como lo dejamos dicho. Los historiadores disculpan la muerte de Piar como necesario escarminio

para conservar la disciplina militar y para hacer viable la marcha triunfal de la República, pretextando más bien un temor que un acto de insubordinación de parte de Piar, quien jamás llegó á hacer lo que hicieron repetidas veces Rivas, Mariño, Bermúdez, Arismendi y otros jefes. La muerte de Piar será siempre un crimen que no se podrá justificar suficientemente ante la historia.

Aunque no tengamos el propósito de disertar sobre hechos históricos de Venezuela, son tan culminantes los que se cumplieron durante la lucha de la independencia en las comarcas orientales, y merecen tanta gratitud de los pueblos de América, que vale la pena de recordar algunos otros, contando con la aquiescencia del lector. ¿Cómo no citar, por ejemplo, la heroica é incomparable resistencia de la isla de Margarita? ¿Y cómo olvidar el degüello general ocurrido en la villa de Aragua el 18 de Agosto de 1814? Después del inmenso desastre de La Puerta, cuando el eco de la guerra obligó á emprender á los habitantes de Caracas aquella pavorosa *emigración* de doce mil personas, flor y nata de las familias patriotas que huían de la ferocidad de los realistas, Bolívar quiso interponerse entre los fugitivos y el numeroso ejército que los perseguía á órdenes del sanguinario Morales. Aceptado el combate en la villa de Aragua, un acto de insubordinación de Bermúdez—dice el historiador E. Blanco—produjo nuevo y terrible desastre; y luégo agrega:

“ Al precio de 1,000 muertos y 2,000 heridos de sus mejores tropas compra Morales la victoria, y no desmiente en la ocasión el funesto renombre de cruel y sanguinario, de que alardea con impudencia para encarecer más sus servicios á la causa del Rey. Tan luego como domina el campo de batalla, saquea el poblado, degüella los heridos, y lleva su insania hasta sacrificar á los inocentes moradores de la asolada Villa. Nadie se escapa á la venganza de semejante monstruo: sin distinción de edad ni sexo, pasa á cuchillo los ancianos, las mujeres y los niños, que amedrentados se refugian en la iglesia durante la batalla; por centenares cuéntanse las víctimas en el sagrado asilo; hasta en el ara santa corre la sangre de aquellos infelices. La matanza no cesa hasta que yá no hubo cabezas que cortar; y en tan aclago día, los muertos de uno y otro bando alcanzaron á la cifra de 4,700, todos americanos.”

III

Pero donde el patriotismo venezolano se mostró más inquebrantable, denodado y enérgico, fue en la isla de Margarita, llamada con sobrado fundamento Nueva Esparta. El primero de sus héroes es Arismendi, quien llenó la historia de su patria con hazañas inmortales. Margarita aceptó y secundó desde 1810 los movimientos republicanos, y hasta el fin de la guerra no omitió esfuerzo en favor de la independencia. Aquella Isla contaba unos 14,000 habitantes, y hubo ocasiones en que se alistaron 4,500 combatientes, que llenaron de asombro, por su valor, á sus enemigos mismos. Casi todos marinos y pescadores, sus servicios en el mar, en la Isla y el Continente fueron siempre oportunos y valiosísimos. Margarita dio auxilios á Piar cuando alcanzó sus primeros triunfos en Oriente y derrotó á Monteverde en Maturín, y cuando acudió oportuno al asedio de los sitiados con Monteverde en las fortalezas de Puerto Cabello; después, cuando las turbas enfurecidas de Boves dominaban todas las provincias del Continente, en Margarita se levantaba aún el pendón republicano, y los patriotas tuvieron allí un asilo para salvarse de la muerte de sus verdugos. Toda la Isla se preparaba á resistir á las tropas de Boves en los momentos en que arribó á la costa Morillo con su famosa expedición pacificadora, compuesta de:

“Sesenta y cinco buques de transporte y treinta barcos menores, escoltados por tres fragatas y el navio *San Pedro Alcántara*, de 70 cañones, que forman la escuadra, á cuyo bordo vienen los aguerridos regimientos de infantería, de *León*, *Victoria*, *Extremadura*, *Casadores de Castilla*, *Barbastro* y *Unión*, conocido después por *Valencay*; el batallón del General ó *Casadores*; los regimientos de caballería *Dragones de la Unión* y *Húsares de Fernando VII*; un escuadrón de artillería, con 18 piezas de campaña, dos compañías de artillería de plaza, tres más de zapadores, y un parque numeroso, provisto de todo lo necesario para sitiar una plaza de segundo orden. Total de fuerzas, 15,000 hombres, incluyendo la marinería.”

Morillo desembarca en Pampatar, puerto de la Isla, y promete perdonar á los insurgentes su rebeldía. Aplácense éstos por algunos meses, hasta que las persecuciones exacerbaban nuevamente los ánimos. *Libertad ó muerte*, grita de

nuevo Arismendi, y, *machete* en mano, toman los margari-  
teños varias fortalezas, se adueñan de toda la Isla y auxi-  
lian, con tropas y elementos de guerra, á los republicanos  
de las otras provincias. Fue entonces cuando, herido Ari-  
mendi en lo más íntimo de su alma (1), prepara el asedio  
de las fortalezas de la Asunción—capital de la Isla— y rea-  
liza aquellas portentosas hazañas que elevaron su nombre  
y el de sus heroicos compañeros á las épicas regiones de una  
fama inmortal. Sin elementos para atacar las inexpugna-  
bles fortalezas que últimamente ocuparon los realistas,  
empeñan cuerpo á cuerpo desventajosa lucha, armados de  
pocos fusiles, tomados al enemigo, y de lanzas, machetes,  
arpones, piedras y garrotes; todos los hombres acuden, y  
en ocasiones hasta las mujeres, si bien éstas y los niños  
labran la tierra y pescan en el mar para mantener á aque-  
llos. Jamás pueblo alguno se mostró más altivo y más uni-  
do para defender el amado territorio.

Arismendi, cual nuevo Epaminondas, dirige acertada-  
mente los movimientos, y una ardiente pasión lo lleva hasta  
el delirio en los combates y en las represalias.

“Usía formará una idea, decía Urreiztieta—jefe realista de  
la Isla—á Moxó—jefe del Gobierno en Caracas—del empeño y  
obstinación con que se bate esta canalla, consentida en morir tar-  
de ó temprano, cuando ocupa una ventajosa posición, con decirle  
que cuantos puntos hemos tomado hasta ahora, han sido mate-  
rialmente á bayonetazos, y ha habido insurgente que con sus ma-  
nos ha arrancado la bayoneta del fusil de nuestros soldados, que  
es á lo que puede llegar el arrojo de un hombre temerario.”

La Isla entonces bloqueada por los buques de los Espa-  
ñoles, sufría escaseces y miseria; el enemigo recibía refuer-  
zos del Continente, y los ataques frecuentes consumían las  
municiones de los insulares. Arismendi pide entonces un  
nuevo sacrificio á los insulares, el de arbitrar algunos re-  
cursos para los gastos urgentes de la guerra.

---

(1) Arismendi había perdido su esposa al principio de la guerra por las  
crueldades que ejercieron los Españoles con él y de sus hijos. Casó en  
segundas nupcias con una mujer joven y bella; y estando ésta en cinta, la  
encontraron prisionera en un castillo formidable, la causaron ultrajes, y  
con amenazas de muerte oyeron conseguir de ella que influyese en la paci-  
ficación de la Isla, y que Arismendi se entregase; pero todo fue inútil.  
Dio á luz un niño en la prisión, y se lo arrebataron de los brazos para des-  
pedazarlo sus verdugos. Esta ilustre mártir sufrió largas prisiones en la  
Guayra, en Caracas, y fue trasladada á Cádiz, conservando, en medio de  
torturas y vejaciones, su acendrada virtud.

“Pobres y ricos acuden presurosos al reclamo de la Patria, y las margariteñas, no menos generosas, se arrancan del cuello sus collares de perlas, y los entregan á Arismendi, junto con todas las joyas que poseen, para ser cambiadas por pólvora y fusiles.”

A pesar del bloqueo, una rápida flechera de los patriotas atraviesa el mar Caribe y regresa con armas y municiones. Con tales auxilios, los patriotas avivan la lucha, aun cuando los realistas han recibido refuerzos considerables, y obligan al jefe enemigo á concentrarse en las fortificaciones del puerto de Pampatar, para evacuar en seguida la Isla, no pudiendo realizar el completo exterminio de sus habitantes y de sus ciudades y pueblos por medio del degüello y del incendio, plan que fue aceptado por los jefes realistas para obligar á los patriotas á perecer de hambre, y que empezó á practicarse en el Valle del Espíritu Santo, talando é incendiando los campos y pueblos y pasando á cuchillo á gran número de sus moradores.

#### IV

Después de esta gloriosa campaña Margarita quedó libre del dominio español, sirvió de base de operaciones para las dos expediciones que trajo Bolívar de Haití, dio asilo á los patriotas, residencia al Gobierno federal que organizó el Congreso de Cariaco, y dio también contingente de tropas que condujo el mismo Arismendi á las otras provincias. Viene un año después otra campaña no menos gloriosa, que sostuvieron los margariteños al mando del General Francisco Esteban Gómez, encargado por Arismendi del Gobierno civil y militar de la Isla. Dirigió personalmente esta segunda campaña Morillo, de parte de los realistas, quien, lleno de rabia y despecho, había ofrecido cortar la cabeza á todos los insurgentes margariteños, indignado por la obstinada resistencia de Arismendi. En los momentos en que el terrible pacificador se preparaba á la venganza contra los insulares y los patriotas que continuaban en armas en la península de Paria, llega á las costas de Barcelona el célebre Brigadier Canterac, de paso para el Perú, pero con órdenes de detenerse y ayudar á la pacificación de Margarita. Al efecto, Morillo hace uso de esas fuerzas, abre rápida y sangrienta campaña contra los patriotas de Cumaná y

**Maturín, 6 invade después á Margarita con 3,000 veteranos escogidos, regidos por Canterac y Aldama. No bien hubo desembarcado en la Isla, cuando empiezan los reñidos combates que le presenta el intrépido Gómez, que apenas cuenta con 1,300 hombres mal armados. Viendo la obstinada resistencia que desde el principio presentan los margariteños, intenta Morillo halagarlos con el perdón, si se someten á las armas del Rey.**

“ De lo contrario, dice, nada habrá que detenga mis empresas, y cesando las consideraciones y las esperanzas de vuestra rendición, marcharé sobre vosotros con las fuerzas respetables que están á mis órdenes; y si los traidores de Barcelona acabaron con su miserable existencia, en esta Isla desleal no quedarán ni cenizas, ni aun la memoria de los rebeldes que despreciaron la piedad del Soberano y se empeñaron en su exterminio.”

A esta insinuación responde Francisco Esteban Gómez del modo siguiente:

“ Si V. E. fuere vencedor, se hará señor de los escombros, de las cenizas y lúgubres vestigios que quedarán de nuestra constancia y valor. Con ellos se complacerá su tiránica ambición; pero no dominar la Isla de Margarita, ni menos á sus ilustres defensores.”

Este lenguaje no es inferior al de Leonidas en las Termópilas; ni el valor, la constancia y las virtudes de los margariteños, luchando por su patria, fueron inferiores á los de los héroes que el mundo admira en la guerra meda.

“ ¡Someternos? ¡jamás!, dicen los valerosos insulares; antes convertirnos en polvo, ó sepultarnos con la Isla en los abismos del mar.”

“ Más de 4.000 personas de todas edades, sexo y condiciones, corren á la Asunción y á Pampatar á pedir armas para combatir al lado de las tropas republicanas, y no encontrando lo que pretenden, recogen piedras, que amontonan en las cumbres de los cerros, para arrojarlas luego sobre las tropas españolas; abren zanjas en todos los caminos, improvisan trincheras y se agitan afanosas en torno á los soldados republicanos, ofreciéndoles ayudarlos á despedazar al enemigo.”

Morillo temía la obstinada resistencia de los patriotas, y aunque su ejército era superior en número—pues había hecho desembarcar en la Isla otra división de 1,200 hom-

bres—temía penetrar en lo interior del país, y viajaba por la costa, al abrigo de su escuadra. Con mil precauciones decide al fin ir á ocupar la Asunción, después de reñidos é incesantes combates, y se situó en el cerro de *Matasiete*, frente á aquella ciudad. Bien presto se traba una lucha sangrienta entre los opuestos bandos; los soldados republicanos, que caen muertos ó heridos, son al punto reemplazados por otros patriotas; las mujeres llevan al propio campo de batalla toda clase de auxilios y entusiasman á los soldados á morir ó á vencer. Todos se baten con sin igual bravura; y después de siete horas de encarnizado combate, viendo ya Morillo invadido su propio campamento, suspende el combate y retira sus tropas al puerto de Pampatar, perseguido de cerca por una ligera columna de los patriotas.

Resuelve entonces Morillo ocupar otros lugares importantes de la Isla, y nuevos combates exaltan el valor y el heroísmo de los margariteños.

Morillo comprende al fin que todos sus esfuerzos son inútiles para dominar la Isla, y noticias alarmantes le llegan de las márgenes del Orinoco. La tenaz resistencia de los margariteños sirvió, pues, eficazmente á la campaña de Guayana y al incremento de las tropas de Páez en el Apure. Reunió sus tropas en Pampatar y se embarcó para Cumaná con 1,700 bajas, entre muertos y heridos. El Brigadier Canterac sigue después al Perú por la vía de Panamá, con poca tropa, pues había perdido en Venezuela la mayor parte de su lucida división.

De pie sobre las cumbres de las empinadas montañas, toda la población de la Isla invencible ve alejarse los bajos enemigos para jamás tornar á aquellas playas que dejan desoladas, al par que enrojecidas con la sangre de los soldados españoles; y un himno inmenso á Dios y á la Patria entonan los victoriosos insulares, libres por siempre del yugo de Castilla.

Así terminó la gloriosísima defensa de Margarita, cuyas épicas hazañas serán siempre, para los pueblos de América, nobles ejemplos de patriotismo y de valor.

Pero en Venezuela todo fue admirable en aquella época: no hubo región de su territorio que no se empapara con sangre de sus hijos, ni pueblo ni caudillo que no hiciera prodigios de constancia y acciones distinguidas de valor; la guerra á muerte fue allí un huracán de largos años que re-

movió los bosques, penetró en los valles profundos y en las altas cordilleras, agitó el mar de sus costas y verificó en sus grandes ríos mitológicas hazañas; las victorias y las derrotas de los diferentes ejércitos de patriotas que aparecían y reaparecían, han llenado la historia de páginas inmortales: jamás el patriotismo ha dado ni dará más sublimes ejemplos. De todos los países de América, que fueron colonias de España, ninguno sobrepujó á Venezuela en constancia y en sacrificio. Los países libertados por Bolívar le deben, en mucha parte, el galardón de la victoria. Venezuela llevó su contingente á todas las cinco repúblicas libertadas por Bolívar; y mientras que Colombia cita entre las grandes batallas de la Independencia, á *Boyacá*; el Ecuador, á *Pichincha*; el Perú y Bolivia, á *Junta* y *Ayacucho*, Venezuela puede citar á *La Victoria*, *San Mateo*, *Sitio de Valencia*, *Maturín*, *La invasión de los setecientos*, *La Casa Fuerte*, *San Félix*, *Matusiete*, *Las Queseras* y *Curabobo*. ¡Honor á la patria de Bolívar, país de los grandes sacrificios por la libertad sud-americana!

Hemos consignado estas reminiscencias históricas para amenizar en algo la simple narración de nuestro derrotero de viaje, y, principalmente, porque deseamos estimular el conocimiento de la vecina República y estrechar más, si cabe, las fraternales relaciones que con ella cultiva Colombia.

## V

De Carúpano á la Guayra el vapor en que viajábamos empleó más ó menos el mismo tiempo que de Trinidad á aquel puerto. Salimos de Carúpano como á las siete de la noche, y al día siguiente por la mañana estuvimos en la Guayra. En todo este trayecto los buques siguen la línea de la costa, dejando á uno y otro lado varias islas ó islotes que forman el Territorio Colón, perteneciente á Venezuela. Por el pasaje desde Trinidad se pagaba entonces 160 francos.

Los grandes buques fondean en la Guayra á una ó dos millas de la costa, porque el puerto es una rada abierta y tiene poco fondo. La ciudad se divisa seis ó siete millas antes de llegar, y se presenta en forma de anfiteatro, sobre la estrecha zona que sirve de base á los altos cerros de la Silla de Caracas, levantados abruptamente á 2,600 metros sobre



el mar. Al Oriente y al Occidente los pueblos de Macuto y Maquetía, coronados de palmeras, presentan alegres paisajes inundados de luz, y hacen contraste con los cerros áridos que se extienden paralelos á la costa.

El desembarco en la Guayra es incómodo y peligroso. Por la rada abierta en que fondean los buques, pasa la corriente marina que sigue hacia el Occidente, por toda la costa del mar Caribe, y esto mantiene las aguas del puerto en constante agitación. A la llegada de un vapor salen del muelle muchos botes detrás de la falda del Resguardo, en solicitud de pasajeros. Con el mar siempre agitado, los botes que llegan á la escotilla del buque están en constante movimiento, chocan unos con otros, se llenan de agua á las veces, y para no dar un salto fuerte ó errar el descenso desde la escalera del buque, hay que aprovechar el momento preciso en que la ola levanta el bote, el cual se hunde en seguida. El que no tiene precisión en los movimientos se expone á recibir un golpe ó á caer al mar, con riesgo de que se lo coman los tiburones, que no son allí escasos. Otro de los graves inconvenientes del desembarco en la Guayra es el lidiar con los *bomboteros* (dueños de botes), que piden sumas exageradas al viajero y forman, cuando se hacen competencia, altercados terribles, por el lenguaje que emplean. A las señoras el puerto de la Guayra debe de dejarles el recuerdo de una pesadilla.

A la fecha estará terminada ó muy avanzada la construcción de un tajamar, obra en que se trabajaba con ahinco, y con la cual se salvan los inconvenientes apuntados, pues las embarcaciones quedarán en un puerto artificialmente calmado.

El arribo de los botes al muelle ó á la playa, para saltar á tierra, es otra operación llena de peligros. Las olas llegan agitadas hasta la orilla de tierra, se revientan, retroceden, y generalmente los botes se llenan de agua y se voltean. Cuando la ola lo permite, se puede saltar sobre el muelle, aprovechando el momento oportuno, aunque con riesgo de errar el salto y caer al mar. Las personas menos ágiles salen en brazos de los bogas, por lo general mejadas, si la ola no les da un baño de mar.

La rutina ha hecho de la rada de la Guayra un puerto obligado para el comercio de Caracas, sin tener condiciones de tál; y aunque hay puertos naturales excelentes en esa costa, el Gobierno ha resuelto mejorar aquél artificialmente,

de un modo que satisfaga á los intereses locales y generales del notable comercio de la Guayra. Pero como el hombre vive siempre apasionado por lo mejor, la ciudad está condenada á ceder algún día su importancia, en lo cual no poca parte tendrá el suelo ingrato en que está edificada. Por ahora es el primer puerto de la República, en atención al producto de la Aduana, que alcanza, con el impuesto de tránsito, á unos catorce millones de bolívares (francos) ó sean cerca de tres millones de pesos en oro. El segundo puerto de la República, en cuanto al producto, es Puerto Cabello; pero es el primero bajo el punto de vista de las condiciones fundamentales de comodidad y abrigo para las embarcaciones.

La Guayra es ciudad de 8,000 habitantes, importante por su comercio y por el gran tráfico de la estación del Ferrocarril, que la une con Caracas. La exportación que se hace anualmente por la Guayra vale unos cinco millones de pesos, ó veinticinco millones de francos, representados en quince millones de kilogramos de café, tres millones de cacao, setecientos mil de varias clases de cueros y trecientos mil de otros varios artículos. Es de advertir que por Puerto Cabello las exportaciones de café son á veces mayores que las de la Guayra, y que son notables también las exportaciones de café de Maracalbo, Ciudad Bolívar, La Vela, Carúpano, Maturín y otros puertos, que dan una exportación total de este grano, que llega á cincuenta millones de kilogramos (1), guarismo elocuente de la riqueza agrícola de Venezuela, muy superior á la de Colombia, como es superior la de las demás industrias y la riqueza pública en general, y por consiguiente el progreso todo del país. Palsanos habrá que se asombren de esta afirmación, porque se conoce mal y se juzga peor á la vecina República. Tales errores suelen á las veces ser funestos á las naciones. Conviene siempre saber la verdad en todo.

El extenso litoral de Venezuela ha estimulado siempre el contrabando, y para impedirlo se han dictado leyes fiscales muy severas. No obstante esto, en cuanto á equipajes

---

(1) Los Gobiernos actuales de Colombia se preocupan poco de la estadística nacional, que es indudablemente el cartabón que mide la prosperidad de los Estados. La estadística es incompatible con el empirismo gubernamental.

No hay dato en las oficinas nacionales ni del café que ahora exporta el país. Por cálculos aproximativos puede estimarse en doscientos cincuenta mil sacos, ó sea la cuarta parte de lo que exporta Venezuela.

hay liberalidad. El viajero puede introducir cuanto equipaje le pertenezca, siempre que sean objetos de su uso, sin limitación de peso ni de bultos. El reconocimiento de nuestro equipaje se limitó á abrir los baúles y declarar que todo lo que llevábamos era de uso propio.

Además de los dos trenes diarios que transitan entre la Guayra y Caracas, tiene la Gnayra un servicio especial por ferrocarril á Maiquetía y Macuto, que distan tres ó cuatro millas. En Macuto hay baños de mar y de agua dulce, bien asistidos, un bonito casino, parques y paseos á la orilla del mar. Es el lugar preferido por las familias de Caracas para veranear, pues tiene comodidades y muchos atractivos.

En Macuto pasámos una noche y tuvimos el honor de conocer al señor D. Manuel M. Fernández, á quien llaman *El Sordo*, poeta jocoso y muy conocido en Venezuela por el seudónimo de *Don Simón*. Departimos con él algunas horas y quedámos asombrados de la prodigiosa memoria de *Don Simón*. Nos recitó composiciones de todos los poetas más conocidos en América y en España, muchas de las que él ha publicado y otras que tenia inéditas. Hombre de indole suave y placentera, á su edad yá madura parece saber llevar la vida con una filosofía envidiable. En aquellos días habia publicado el siguiente soneto:

#### MI SITUACION

Cercado estoy de trampas y de enredos;  
Dondequiera que voy hallo acreedores;  
Percha no tienen yá mis colgadores,  
Guantes no tengo yá para mis dedos.

Me persiguen los persas y los medos,  
Me niegan las mujeres sus favores;  
Y para completar tántos horrores,  
Su clara luz eclipsan mis quevedos.

Mas á pesar de desventura tanta,  
De tántos contratiempos y amarguras,  
El mundo cruzo con ardiente brío;

Que el destino cruel yá no me espanta,  
Pues mientras más me aprietan las costuras,  
Más del destino y su crueldad me río.

*Don Simón* debe de haber leído bastante las producciones de Colombia, pues hablaba con familiaridad de nuestros mejores escritores y poetas. Se manifestó muy decidido-amigo de los Colombianos, y con nosotros llevó su amabilidad hasta el punto de dirigirnos esta tarjeta, al día siguiente:

DESPEDIDA A GARCÉS

Vas á ver tu compañera,  
Y ajeno á dudos prolijos,  
A acariciar á tus hijos,  
De tu amor la primavera.  
Córre, sí, que ella te espera  
Anhelante de ventura;  
Y ellos en casta locura  
Te guardan en su embeleso,  
Por cada caricia un beso  
Lleno de dicha y ternura.

DON SIMÓN:

Maucato, 12 de Marzo de 1857.

VI

La Guayra, como todas las ciudades de Venezuela, sufrió estragos terribles durante la guerra de emancipación. El año de 1812 la ciudad quedó casi reducida á escombros; y fue allí en donde empezó el largo martirio del ilustre General Francisco de Miranda, la figura más culminante de la primera Asamblea revolucionaria de Caracas, reunida el 5 de Julio de 1811, *que proclamó la República federativa y declaró separadas de la monarquía española, libres y soberanas, las provincias que formaban la antigua Capitanía General de Venezuela.* Aquel eminente ciudadano tenía un nombre ilustre en Europa, y desde 1805 venía haciendo sacrificios por la libertad de su patria.

La capitulación que firmó en la Victoria, como Generalísimo de las tropas republicanas, con el primer Pacificador Monteverde, le atrajo antipatías tan hondas, que varios patriotas — y entre éstos Bolívar, quien á la sazón había tenido que abandonar las fortalezas de Puerto Cabello, custodiadas por él — lo entregaron á los Españoles en los momentos en que se preparaba á salir del país, para esperar

nueva oportunidad de libertar á su patria. ¡Infeliz, la ingratitude de los suyos causóle un suplicio de largos años, hasta perecer en el arsenal de Carrara! Aquel acto de deslealtad está aún velado por el infortunio, y sólo se explica por la ciega pasión de libertad que dominaba aquellos acerados corazones, templados en la fragua de las venganzas, que una oprobiosa dominación había encendido, como se hizo patente poco tiempo después con la declaratoria de la guerra á muerte y la enérgica lucha que sostuvieron, sin esquivar ningún género de sacrificios. La historia, sin embargo, si disculpa, no olvida, y menos acepta faltas de esa especie.

Sigamos nuestro derrotero á Caracas. Grandes emociones nos aguardan al trepar en tren las faldas escarpadas del Avila.

El ferrocarril entre la Guayra y Caracas es una verdadera maravilla y un consuelo para los países montañosos que, como Colombia, tienen sus principales ciudades enclavadas en altas cordilleras. Aquellas dos ciudades están casi en un mismo meridiano; la primera, al nivel del mar; la segunda, á 922 metros de altura, y la distancia directa entre las dos es apenas de unos 10 kilómetros. A la vista, los flancos del Avila aparecen como inaccesibles al tren y cubiertos de tierra de acarreo, frágil, como dispuesta á deslizarse con el peso sobre el declive de las rocas empinadas de los cerros. El tren parte, sin embargo, en dirección al Occidente, pasa por Maiquetía, cambia de rumbo sin dificultad, aprovechando las cañadas, las gargantas del suelo quebrado, asciende sin interrupción, y, á poco rato el espléndido horizonte del mar revela la altura prodigiosa que el tren ha remontado sin fatiga y con andar uniforme. Un ¡hurra! al progreso lanza el viajero ante aquel espectáculo, y lleno de confianza ve escalar la altura que se presenta inaccesible y abrupta. En breve el aire denso y caliente de las vegas del mar se ha convertido en las frescas brisas de la cordillera, y un bienestar orgánico refuerza la admiración que causan las obras de arte y el atrevido ingenio de los constructores de aquel ferrocarril. Curvas y contra-curvas repentinas, estrechas, hasta de 40 metros de radio; curvas compuestas y de variadas figuras para aprovechar desarrollo y ganar altura, puentes, viaductos y túneles de adaptación á los cambios de rumbo, material fijo, excelente, con rieles de 80 kilogramos por metro y contra rieles en

las curvas estrechas, cortes atrevidos, terraplenes bien calculados, todo esto hecho con ciencia y con talento. Es admirable el laborioso estudio de la línea adoptada para aprovechar todas las sinuosidades y ventajas del terreno. Sería muy difícil hallar en la misma línea una variante en detalle que fuese preferible. Pero lo que más admiración causa es el ascenso y el descenso del tren, sin la menor dificultad, por una pendiente incesante del 3 por 100 y aun del 4.5 por 100 en algunos trechos, á la vez que la vía es angosta, de tres pies, y los cambios en curvas estrechas son muy frecuentes. El material rodante es, pues, de primera calidad, de construcción norte-americana. Las locomotoras son de 30 toneladas de peso, y con frenos automáticos, servidos por vapor, que le permiten al corredor de máquina manejar el tren á su sola voluntad.

Este ferrocarril fue inaugurado el año de 1883, en el centenario de Bolívar, y hasta la fecha no sabemos que haya ocurrido ningún siniestro. Es natural que haya interrupciones en la vía, debidas á derrumbes causados por las lluvias; pero la vigilancia y el buen servicio de conservación que hay en ella impiden las desgracias y remueven los obstáculos. La vía férrea tiene 38 kilómetros, y el tren de pasajeros lo recorre en dos horas, deteniéndose diez ó quince minutos en dos paraderos. Este Ferrocarril pertenece á una Compañía inglesa que lo explota con grandes provechos. Aunque la construcción es atrevida y costosa, no creemos que haya excedido de dos millones de pesos. El Gobierno, según informes, garantiza á la Compañía 7 por 100 de interés sobre una suma mucho mayor; pero entendemos que el producto excede en mucho al interés garantizado, porque los transportes se pagan á un alto precio, que llega á 50 francos la tonelada, hasta la estación de Caracas; y aunque existe una carretera antigua que puede hacerle competencia, y que transportaba antes la tonelada á 40 francos hasta el domicilio del comerciante, el Gobierno, por favorecer el Ferrocarril, ha permitido á la Compañía una especie de monopolio muy inconveniente á los intereses del público. El Ferrocarril, construído en las condiciones indicadas, si bien es digno de admiración como obra atrevida y de gran mérito científico, ha podido construirse en mejores condiciones, buscando mayor desarrollo por la costa del Occidente, para ascender por otro valle con menores pendientes y curvas más amplias, que permitiesen á

los trenes mayor trabajo útil en la tracción, y por consiguiente, transportes más baratos, pues el alto precio de los que hoy se pagan depende en mucho, probablemente, de los crecidos gastos de conservación y vigilancia de la vía, que hacen difícil su explotación y de que los trenes apenas arrastran tres ó cuatro carros y vagones, sin poder emplear uniforme velocidad.

De Caracas á Valencia se construye otro ferrocarril, denominado *Ferrocarril central*, que, enlazado con el de Puerto Cabello á Valencia, construído ya, puede llegar á anular el ferrocarril de la Guayra por las causas apuntadas y por las ventajas de aquel puerto.

Las gratas impresiones del viaje entre la Guayra y Caracas se aumentan al llegar á esta última ciudad, llena de animación y de comodidades, atrayente por su aspecto aseado, clima suave y los vistosos paisajes que la circundan, y más aún por la fisonomía alegre y expresiva, y por el buen gusto que revela la cultura sociedad caraqueña.

## VII

En Caracas residimos apenas un mes; poco tiempo, en verdad, para apreciar en la capital el reflejo de la civilización de un país. Yá quisiéramos mayores datos para hacer más completas estas narraciones, pues en Venezuela hay mucho que admirar, mucho que aprender y muchísimo que referir de su gloriosa historia y del rápido progreso evolutivo de su población inteligente y enérgica. Después de una lucha de incesantes combates en guerras civiles, de que no hay ejemplo en ninguna otra república de América, aquel país ha entrado en un período de evoluciones políticas más de acuerdo con la civilización, llevando en su provecho enseñanzas democráticas fecundas, que la guerra dicta á los pueblos aun en medio de sus horrores; y ha podido, á pesar de incesantes disturbios, ahorrar riqueza á un grado relativamente superior al de los demás países de la América del Sur, si se exceptúan Chile, Argentina y el Brasil; pues Venezuela exporta más de un millón de sacos de café, más de setenta mil sacos de cacao y más de un millón de bultos entre veinticinco productos agrícolas diferentes, como tabaco, caoatas, sarrapia, etc., que demuestran el grado de adelanto de la agricultura, la más notable de todas las industrias.

En cuanto á la industria pecuaria, sus criaderos exceden de siete millones de cabezas; y respecto á la industria minera, en cobre y oro ha exportado minerales por valor de cinco millones al año. La moneda venezolana se reputa como de las mejores del mundo, á la par de la inglesa ó la francesa; las transacciones se hacen en monedas de oro ó plata. indistintamente, pues como abunda más el oro y los pesos de plata de cinco bolívares tienen la ley de 900 milésimos, corren á la par las monedas de ambos metales. Hasta hace unos tres años la moneda venezolana se hacía en Francia. De la Casa de Moneda de Caracas, de reciente fundación, vimos moneda tal vez superior en la forma á la que se traía antes de Francia.

El censo oficial le da á Caracas una población de 70,500 habitantes, "incluidas las parroquias foráneas"; una extensión de 4,000,000 de metros cuadrados, con 8,500 casas en su recinto, y 11,000 contando los afueras de la ciudad; tiene calles rectas, con calzadas de piedra menuda y andenes de cimientos costosos y bien conservados. Estando la ciudad á 922 metros sobre el nivel del mar, su temperatura media anual es de 21° del centígrado; pero se verifican cambios de temperatura que hacen fluctuar en más de 19° la máxima y la mínima.

Los edificios de Caracas son por lo general bajos y poco elegantes, aunque revestidos de apariencia lujosa y bien construidos. Los más notables edificios públicos son: el Palacio del Cuerpo Legislativo, el Palacio del Ejecutivo Federal, el Palacio de Artes é Industrias, la Universidad, el Templo Masónico, la Casa Amarilla, el Mercado Central, el Panteón Nacional, dos teatros, etc. Hay ocho buenos templos, varias plazas con parques y jardines, como la Plaza de Bolívar,—con una magnífica estatua ecuestre del Libertador, muy frecuentada por las damas elegantes,—la de Carabobo, la de Santa Ana, la del Panteón, etc., y paseos costosamente hechos, como el del Calvario, llamado también *Guzmán Blanco* (1).

---

1 El nombre del señor General Guzmán Blanco está íntimamente ligado á la historia contemporánea de Venezuela. Caudillo afortunado de la Federación en esa República, ha ejercido durante veinte años una influencia decisiva en los asuntos públicos, hasta el punto de reformar la legislación fundamental del país y dejar su nombre consignado en todas las leyes, decretos y aun en los actos oficiales de simple organización procedimental y administrativa del país. Como era natural, el prestigio y la fama de quien podía servirse de todas las fuerzas é inteligencias de la Nación, lo hicieron



Tiene Caracas todas las comodidades de una ciudad de primer orden: magnífico alumbrado de gas, acueducto de hierro con alta presión para distribuir el agua en todas partes, un servicio de coches y tranvías, y esmerada conservación y aseo en las calles y plazas. El teléfono se extiende á todos los barrios de la ciudad, á la Guayra y á varios pueblos circunvecinos. Aunque el servicio postal está muy descuidado en lo general del país, en el de la capital hay más esmero; lo mismo sucede con la policía y la higiene.

Hay en los alrededores de Caracas variedad de paisajes, y en las vegas del río Guayre, fértiles y bien cultivadas, hay sitios pintorescos y llenos de interés industrial.

El cementerio es espacioso, situado á una milla de la ciudad. La seriedad empleada en las ceremonias fúnebres es digna de aplauso. Los cadáveres se cubren con una sábana torrada al cuerpo—sin profanarlos con esa costumbre impropia de adoptarles vestidos á la moda,—y el acompañamiento de amigos y deudos va de la casa á la iglesia, en donde una ligera ceremonia, de cinco á diez minutos, basta para sacarlos del templo y conducirlos al cementerio. En la puerta de la iglesia los deudos se despiden de todos los concurrentes, manifestando su gratitud por el acompañamiento. Con el carro mortuario va una fila de coches hasta el cementerio, dentro de los cuales van las personas más allegadas y amigos distinguidos de la familia. No hay esas procesiones ostentosas de Bogotá.

La sociedad culta de Caracas es muy distinguida y atrayente, las damas elegantes, generalmente bellas, tienen exquisito gusto para vestirse. Proplanamente no hay lujo exagerado. La caraqueña vestida con traje de tela vaporosa se parece, por el buen gusto de los adornos y el corte, por la forina de la gorra y el calzado, á la parisiense de buen tono que pasea por el bosque de Boulogne y por los boulevares de París. Asiste á la iglesia con la misma elegancia con que asiste al teatro. Su trato es franco é ingenuo, in-

---

aparecer grande hombre de Estado, gran hacendista, gran guerrero é ilustre americano; su voluntad, por todos respetada, imperó más que la ley y se convirtió en irritante despotismo. La opinión pública condenó al fin tales proceles, y reaccionó en favor de un régimen estrictamente legal y republicano.

Las graves faltas del General Guzmán no impiden, sin embargo, reconocer que supo fomentar el crédito de Venezuela, proteger con empeño la instrucción pública, las mejoras materiales, el adelanto industrial, y principalmente, levantó el predominio civil contra el caudillaje y el romanismo.

compatible con la gazonería supersticiosa. La mujer es el tipo que mejor define el grado de civilización de un país.

Merece especial mención en Caracas la Academia Venezolana, correspondiente de la Real Española, con local adecuado, biblioteca y un núcleo de humanistas que trabaja con interés en beneficio de las bellas letras y de la literatura patria.

También merece especial mención la Universidad, como establecimiento de primer orden en la educación profesional de Venezuela. El edificio es de los mejores de la ciudad, con dos hermosas fachadas. En uno de los departamentos está la Biblioteca Nacional, que contiene más de 30,000 volúmenes, y los patios están adornados con las estatuas de Bolívar, Cajigal y Vargas, hijos ilustres de Caracas.

La educación científica tiene otros notables establecimientos, como los Colegios de Abogados, de Médicos é Ingenieros, la Academia de Bellas Artes, Colegios de Niños y una Escuela Normal. En estos establecimientos, y en más de 100 escuelas públicas que tiene el Distrito Federal, además de otros Colegios y escuelas privados, reciben educación en Caracas más de seis mil alumnos, de los cuales cinco mil corresponden á la educación primaria y más de mil á la educación secundaria y científica. Se calcula que la proporción entre los alumnos y los habitantes es de 1 por 11,4; es decir, que la educación está allí al nivel de las principales ciudades del mundo. Según esa proporción, Bogotá debería tener más de ocho mil educandos, y creemos que no alcanza á la mitad.

El Panteón Nacional merece especial mención. Es un templo consagrado á guardar los restos de los venezolanos eminentes. En el fondo del edificio—ó como si dijéramos en el altar mayor—está la tumba de Bolívar, en la cual se hallan depositados sus restos, y sobre ella se levanta un monumento bellísimo, de gran mérito artístico, como lujoso sagrario, hecho por el célebre Tenerani. Una araña de muchas luces y varios otros adornos alegóricos decoran aquel recinto, que conmueve la gratitud nacional. En el resto del edificio y en todo el pavimento las losas y lápidas muestran las tumbas de los venezolanos ilustres. En estos templos se rinde culto á uno de los más nobles sentimientos humanos: el amor patrio. El francés que visita la tumba de Napoleón I, como el venezolano que visita la tumba de Bolívar, se siente poseído de valor y de grandeza. En ellos se rinde

también culto al talento y al ingenio. Nadie ha visitado en el Panteón de París las tumbas de Voltaire, de Rousseau y de Víctor Hugo, sin sentir algún estímulo en la cultura intelectual y haber meditado ó aprendido algo útil.

La beneficencia pública está bien fomentada en Caracas por muchas sociedades puramente benéficas ó de caridad, que mantienen cuatro hospitales, un asilo de huérfanos, una casa de beneficencia y un lazareto.

Tiene también la ciudad varios Bancos. Entre ellos había dos muy respetables, el de *Caracas* y el *Comercial*, de emisión, giro y descuento, que hacían pingües operaciones, y aun uno de ellos manejaba en depósito los fondos de Aduanas, y hacía cuantiosas operaciones de crédito con el Gobierno, anticipándole fondos en los casos urgentes. Esto nos parece más racional que lo que aquí llamamos Banco Nacional, que sólo ha servido para la emisión del papel-moneda y para oscurecer las operaciones fiscales y el manejo de la Tesorería Nacional.

En fin, Caracas es una verdadera ciudad, y el viajero goza allí de muchas comodidades, de completa seguridad personal y de todos los placeres que brinda una ciudad culta y civilizada.

## VIII

Antes de concluir estas páginas haremos algunas descripciones generales de aquel país, tomadas en su mayor parte del *Anuario estadístico oficial*. Otra obra que consultamos con frecuencia, es la importante publicación que hacen cada año los señores Rojas Hermanos sucesores, con el título de *Anuario del comercio, de la industria, etc. de Venezuela*.

La Asamblea revolucionaria de Caracas decretó el 5 de Junio de 1811 la emancipación, sin ambages ni reservas, y proclamó una República federal; pero no fue sellada la independencia sino el 25 de Junio de 1821, día en que el ejército colombiano, al mando del Libertador, destruyó completamente el numeroso ejército español en el campo de Carabobo.

En 1830 se desmembró la antigua Colombia, y Venezuela ha tenido varias Constituciones; la última es de 1880, que ahora mismo estará sometida á nueva reforma, según

el espíritu de la reacción dominante, guiada con lucidez y energía por los señores J. P. Rojas Paúl y R. Andueza Palacios.

El régimen político de Venezuela está basado en los principios más avanzados del Gobierno republicano, federal, alternativo, popular, electivo y responsable. Así es que la reacción dominante, inspirada en las mismas ideas, procurará hacer efectivo ese régimen, restableciendo el imperio de la ley escrita contra los hábitos autoritarios.

Constituyen la Nación ocho Estados autonómicos en su administración interior, que son: Carabobo, Guzuán Blanco, Lara, Los Andes, Zamora, Falcón, Bolívar y Bermúdez; y además, un Distrito Federal y ocho Territorios federales, que son: Alto Orinoco, Amazonas, Junín, Caura, Goajira, Colón, Armistício y Delta, regidos por leyes y decretos especiales, más dos Colonias agrícolas, que son: Guzuán Blanco y Bolívar.

Hay tres poderes: Legislativo, Ejecutivo y Judicial. El Legislativo lo forman la Cámara de Diputados y la del Senado; los Estados y el Distrito Federal eligen un Diputado por cada 35,000 habitantes, y tres Senadores cada uno de los Estados; de manera que el Congreso, compuesto de las dos Cámaras, tiene cincuenta y dos Diputados y veinticuatro Senadores, que duran cuatro años en el ejercicio de sus funciones.

El Congreso elige de su seno cada dos años, un Senador y un Diputado por cada una de las entidades políticas de la Nación, para formar un Consejo Federal, que elige á su vez, de entre sus miembros, el Presidente de la República, que dura, como el mismo Consejo, dos años en el ejercicio de sus funciones.

El Poder Ejecutivo lo ejerce el Presidente de la República con el voto del Cuerpo Federal y en unión de los Ministros del Despacho; tiene, además, el Presidente, *atribuciones especiales*.

El Poder Judicial lo ejercen la Alta Corte Federal y la Corte de Casación, y en los Estados y el Distrito Federal hay Tribunales y Juzgados independientes para causas seccionales.

La Nación garantiza á los venezolanos y extraujeros:

La inviolabilidad de la vida;

La propiedad con todos sus atributos;

La inviolabilidad y secreto de la correspondencia;

- El hogar doméstico;
- La libertad personal, quedando abolido el reclutamiento y la esclavitud;
- La libertad del pensamiento expresado de palabra ó por escrito, y la de la prensa, sin restricción alguna que la someta á censura previa;
- La libertad de tránsito;
- La libertad de industria;
- La libertad de asociación y reunión sin armas, pública ó privada;
- La libertad de petición;
- La libertad de sufragio, sin más restricción que la menor edad de diez y ocho años;
- La libertad religiosa;
- La seguridad individual con todas las prerrogativas que no queden exceptuadas por la ley; y
- La igualdad, en virtud de la cual todos son juzgados por unas mismas leyes, y sometidos á iguales deberes; están prohibidos los títulos de nobleza, distinciones hereditarias, y todo tratamiento á las autoridades que no sea el de *ciudadano y usted*.

Las rentas públicas de Venezuela alcanzan á unos 12 millones de pesos, comprendidas las generales de la República y las seccionales.

Las rentas generales de la República son:

Aduanas. Tarifa al peso (aproximaciones) . . . §	4.500,000
Impuesto de tránsito (30 por 100 adicional) . . .	1.350,000
Estampillas . . . . .	350,000
Sal marina . . . . .	300,000
Impuestos varios, como papel sellado, multas, almacenajes, telégrafos, intereses, etc . . . .	1.500,000
Suma . . . . . §	8 000,000
Las rentas de los Estados, Territorios, y Municipios . . . . .	4.000,000
Total (aproximación) . . . . . §	12.000,000

Como el censo da dos y medio millones de habitantes, la proporción del tributo anual por persona es de \$ 4-80, inferior á la que ahora se paga en Colombia. (1)

(1) El tributo actual en Colombia es de ocho pesos por persona, mayor que el de algunos países regidos por el costoso sistema de las mo-

En el Presupuesto de Gastos las dos partidas más cuantiosas figuran en los Departamentos de Obras Públicas y de Crédito Público, que exceden de un millón de pesos cada una. Efectivamente: en Venezuela se construyen obras importantes, con especialidad ferrocarriles y carreteras; y en cuanto á la deuda, el Gobierno paga con puntualidad sus compromisos, tanto respecto de la interior como de la exterior.

La interior está dividida en dos clases: la consolidada, que gana 5 por 100 de interés anual, y la consolidable, que no gana interés; la consolidada excede de 7 millones de pesos, y el pago puntual de los intereses le da cierto crédito fiduciario importante en la circulación monetaria del país.

La deuda exterior—según últimos arreglos—asciende á algo más de 13½ millones de pesos, y el Gobierno pagaba puntualmente el 3 por 100 anual sobre esa suma. Su crédito en Europa se conservaba en muy buen pie, y lo probable es que haya continuado del mismo modo.

La instrucción primaria es gratuita y obligatoria en Venezuela, y por esto ha alcanzado un gran desarrollo: tiene 1,800 escuelas públicas con cerca de cien mil niños de ambos sexos. Los gastos federales y seccionales de la instrucción pública alcanzan á un millón de pesos.

Hay en Venezuela tres grandes centros de ilustración que irradian mucha luz en la cátedra, en la tribuna y en la

---

narquías. El empirismo y la falta de un acuerdo patriótico entre los partidos políticos nos han llevado á ese extremo, que es alarmante.

Hé aquí el cálculo en que fundamos esta aseveración:

Presupuesto nacional de rentas (aproximación).....	\$ 12,000,000
Presupuestos departamentales, más los de las provincias y distritos (aproximación).....	8,000,000
El producto de las importaciones anuales puede estimarse en trece millones de pesos, y el precio del oro en papel-moneda obliga al país á pagar una contribución adicional, ó <i>pérdida neta</i> de más de.....	12,000,000
Total.....	\$ 22,000,000

Estos treinta y dos millones que el país paga ahora, año por año, en una población de cuatro millones de habitantes, establecerían un tributo de \$ 8 por persona.

Llamamos *pérdida neta* la última partida de \$ 12,000,000, porque el país la sufre efectivamente en el alto precio de los cambios y consumos de todo género que el papel-moneda ha causado, y ni el Gobierno se aprovecha de ella. Esta paradoja puede llevarnos á un completo desastre económico si no se procura levantar el crédito, operación fácil todavía, que sólo exige asegurar, por uno de tantos medios que tienen los gobiernos, la amortización del papel-moneda, ó quitarle á éste el carácter de forzosa aceptación, para que vuelva la moneda nacional.

prensa, y son: Caracas, Valencia y Maracaibo. En todas las numerosas ciudades del país hay notable movimiento intelectual, y los escritores y estadistas surgen de todas partes. Las bellas letras tienen fervorosos cultivadores, los poetas abundan, y la literatura da constantemente sazonados frutos nacionales. Pudiéramos citar centenares de hombres sobresalientes en letras humanas, ciencias políticas y positivas y millares de jóvenes que trillan con lucimiento la senda de sus maestros. El país tiene genio propio, que lo impulsa á un rápido progreso evolutivo.

Hay en Venezuela establecimientos industriales y talleres que producen artefactos de gran consumo nacional, y de tan buena calidad como los que Colombia importa todavía del Extranjero. No se importa en aquel país un sólo par de zapatos, pues el que allí se fabrica es muy bueno, lo mismo que velas esteáricas, fósforos, sombreros y aun telas de varias clases. Hay fábrica de papel, de espejos, de pastas italianas, tenerías, fundiciones, alfarerías, etc. etc.

La riqueza de Venezuela es, pues, sólida. No la constituyen solamente los variados productos de su privilegiado territorio, sino también el verdadero ahorro nacional que acumula riqueza con el mecanismo del trabajo perseverante é inteligente de sus hijos.

El genio venezolano no teme á las innovaciones del progreso, ni al espíritu reformista de los tiempos modernos; antes bien se asimila las nuevas enseñanzas y tiende á indagarlas con ávido interés, porque ama la civilización y no lleva en su seno partidos ni sectas que abriguen temor por el descubrimiento de grandes verdades. Hay dos partidos, es cierto, pero tan liberalizados ambos, que á un colombiano no le es difícil distinguir cuál se aproxima más á lo que aquí llamamos partido liberal. Partido conservador, á semejanza del colombiano, no existe en Venezuela. Allá han desaparecido totalmente las tradiciones coloniales en asuntos de gobierno: el romanismo no tiene ciegos adeptos. La religión dominante es la católica, y la nación es esencialmente religiosa; pero el clero ejerce su ministerio bajo las cláusulas de un concordato liberal que, permitiéndole amplia libertad como cuerpo docente, de benéfica misión social, le prohíba ejercer coacción con el raro prestigio de su ministerio. Todo esto es obra del genio nacional, y á ello contribuyen todos los gremios sociales. Venezuela marcha adelante y no podrá retroceder.

# I N D I C E



	Pág.
A LOS INGENIEROS COLOMBIANOS.....	III
I—De Bogotá á Villavicencio.....	1
II—De Villavicencio á Medina.....	8
III—De Medina á Orocué.....	19
IV—De Orocué á Maypures.....	34
V—De Maypures á Ciudad Bolívar ..	71
VI—De Ciudad Bolívar al Callao.....	86
VII—Del Callao á Puerto España.....	118
VIII—De Puerto España á Caracas.....	132











3 2044 037 297 157



